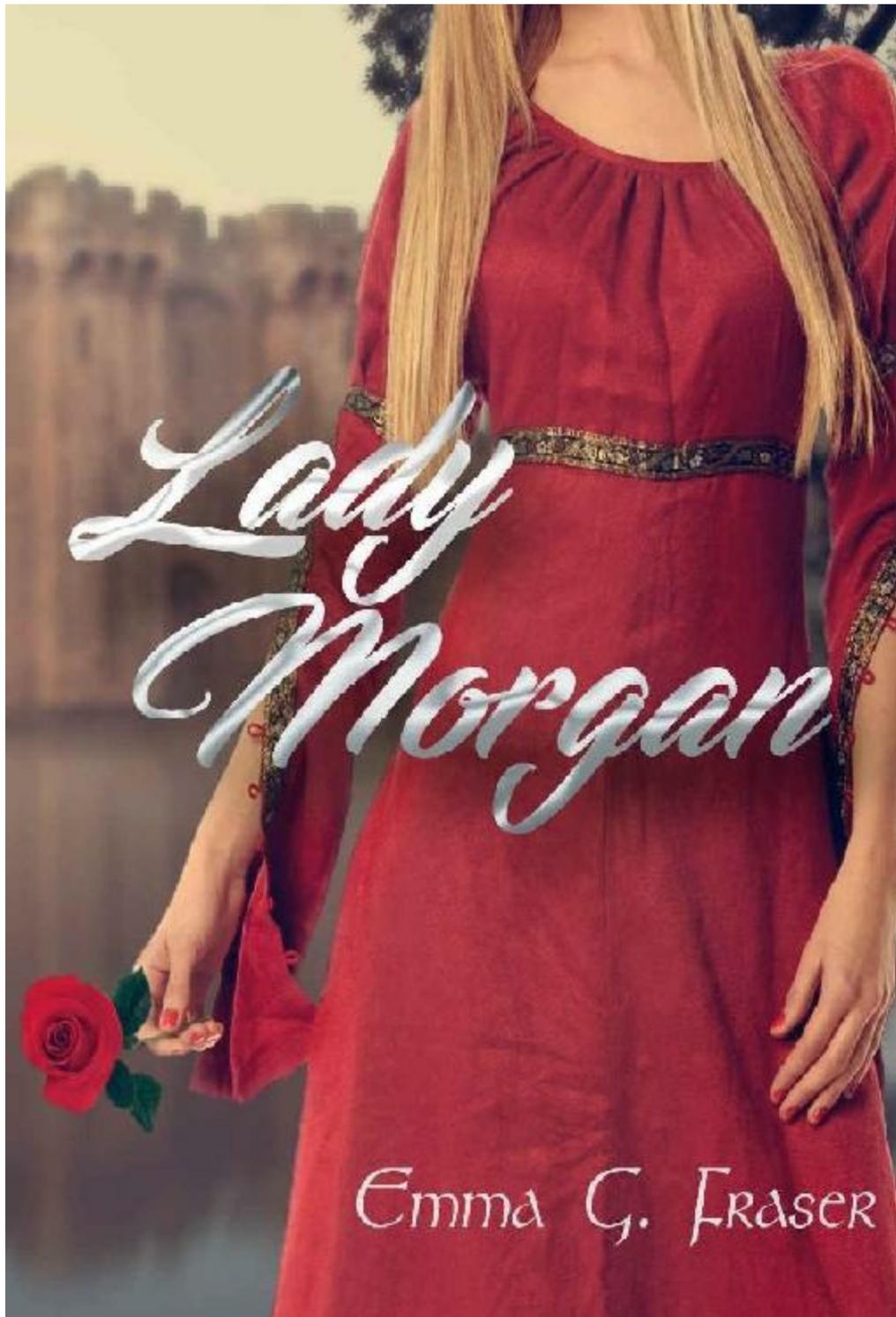


A woman with long blonde hair is wearing a red, long-sleeved, off-the-shoulder dress with a decorative gold and black belt. She is holding a single red rose in her right hand. The background is a blurred cityscape at dusk or dawn.

Lady Morgan

Emma C. Fraser



© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares

del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: Lady Morgan.

©Emma G. Fraser, 2018.

Diseño de la portada: Ana B. López.

Corrección del texto y maqueta: Ana B. López.

Imagen tomada de Depositphotos.

Contacto: anabelencorrectoradetextos@hotmail.com





Lady Morgan

Emma G. Fraser



PRÓLOGO

Año 1600, castillo Killrock, sur de Escocia

Morgan intentaba aguantar las lágrimas en sus ojos para que sus familiares no

la vieran llorar. Hacía años que no se habían vuelto a ver y esta última semana se había pasado demasiado rápida para ella. Cuando era pequeña, vivió en Escocia

solo hasta los siete años, pero Robert Beckett, su padre, soldado del ejército británico, había sido enviado a la que era su tierra natal: Inglaterra. A esa temprana edad tuvo que despedirse de las pocas amistades que había forjado, además de su inseparable prima, cuya diferencia de edad era tan solo de cuatro

días. Habían crecido muy unidas y todo, absolutamente todo, lo hacían en compañía la una de la otra. De eso hacía ya muchísimos años, y a pesar de que

Elisabeth, su madre, viajaba en incontables ocasiones a su país de nacimiento, Morgan solo pudo volver años después a visitar a esos familiares tan cercanos de

los cuales volvían a separarse para otros tantos meses o incluso años.

Por esa razón, Morgan intentaba no derramar una sola lágrima. Siempre había intentado mostrarse fuerte ante su familia y conocidos, y no estaba dispuesta a que la vieran llorar, aunque al subirse al carruaje derramara todas las lágrimas que en ese momento guardaba en lo más profundo de su corazón. A sus

veintitrés años de edad aún seguía soltera, a diferencia de su querida prima, que hacía varios años que estaba casada y un par de niños rondaban entre sus faldas.

Para su sorpresa y desagrado, Morgan fue asediada a preguntas por sus tíos y prima sobre su presentación en sociedad y los innumerables caballeros ingleses

que la habían cortejado durante meses hasta que ella, cansada y agobiada, los despachó con malas palabras para disgusto de su madre, que deseaba tener nietos

y verlos crecer.

Para el camino, la joven había decidido vestirse cómoda, usando un vestido verde totalmente liso y con corpiño de flores, que realzaba su delgada anatomía.

Su pelo rubio y rizado caía suelto como una cascada sobre su espalda, algo que

siempre había causado desagrado en su madre, que ahora no podía evitar torcer los labios al ver la vestimenta de su rebelde hija.

—Tienes más sangre escocesa que inglesa, hija mía —dijo Elisabeth mientras se encaminaban hacia el carruaje.

Morgan dibujó una sonrisa en sus labios gruesos y tentadores y se encogió de hombros.

—Ya sabe que no me interesa la moda con esos vestidos con los que apenas puedes respirar, madre —contestó la joven.

Sus ojos azules brillaron de picardía al saberse vencedora, una vez más, de la eterna batalla que libraba con su madre por culpa de la ropa, ya que Elisabeth quería ver a su hija vestida con los presuntuosos vestidos con los que las jóvenes inglesas deslumbraban a los caballeros en las fiestas.

Morgan se movía de una forma grácil y a veces infantil que parecía que flotaba sobre el suelo cuando caminaba. Derrochaba una feminidad que

despertaría los instintos más bajos de cualquier hombre que pasara por su lado.

Sin embargo, ella no deseaba casarse a pesar de que muchas amigas de su madre

la tildaban de vieja para tener hijos a pesar de contar solo con veintitrés años.

—¿Por qué no podemos venir más a menudo, madre? —preguntó al tiempo

que levantaba la mano y la sacaba por la ventanilla del carruaje para despedirse

de su familia escocesa—. O al menos déjeme venir con usted la próxima vez que

deseo ver a su familia.

—Ya sabes que los caminos son peligrosos —contestó Elisabeth con tono

cansino por enésima vez aquel día.

—Pero padre puede ponernos más protección —se quejó la joven.

Elisabeth resopló.

—Sabes que no puede prescindir de tantos hombres para un viaje como este.

Llevamos dos carruajes con protección y estos hombres podrían estar ahora en Inglaterra ayudando a tu padre. Además, conoces de sobra mis sentimientos por

mi país y si por mí fuera, viviríamos aquí como antes. Echo de menos ver estos

paisajes todos los días...

El tono triste que empleó su madre hizo que Morgan girara la cabeza en su dirección. Por primera vez en todo el viaje, había visto la amargura dibujada en

el rostro de su madre. Sabía que a Elisabeth siempre le había gustado Escocia más que Inglaterra, pero estaba al tanto de que en cualquier momento podría

cambiar de casa después de casarse con un soldado del rey.

—Madre, ¿por qué echáis tanto de menos esta tierra? ¿Qué tiene que os hace amarla más que cualquier otra?

Morgan miraba a su madre expectante deseando saciar su curiosidad y, de paso, descubrir por qué su madre estaba tan triste desde que se habían mudado a

Inglaterra.

Elisabeth retiró la mirada de su hija y observó el paisaje verde que se extendía

ante ellas. Sonrió ligeramente, mostrando las arrugas que ya habían aparecido en

su bello rostro años atrás. Morgan vio en ese momento una imagen de ella misma cuando llegara a la edad de su madre, ya que ella era la imagen idéntica

de su madre, aunque más joven.

—Hay algo que me gustaría contarte, hija. Ya tienes edad suficiente para saber algo sobre mi vida antes de que apareciera tu padre y tus abuelos nos obligaran a casarnos.

El corazón de Morgan saltó de alegría. La relación que había mantenido con

su madre era de pura cordialidad, pero esta jamás se había abierto a su hija para contarle lo que rondaba por su mente. Morgan siempre había deseado conocer más de Escocia, del lugar que la vio nacer, pero sabía que su madre sufría cada

vez que recordaba algo, y la joven decidió un día poner punto y final a sus preguntas esperando con ansia el día en el que su madre estuviera preparada para

hablarle de lo que la acongojaba.

Elisabeth se tomó su tiempo para hablar. Le resultaba realmente difícil hablarle de su juventud a su hija, pero no quería que ese secreto se fuera a la tumba con ella. Necesitaba contárselo a alguien.

—¿Lo que tienes que contarme tiene que ver con tu desaparición todas las noches desde que llegamos a Escocia? —preguntó hábilmente Morgan.

La joven esperó la reacción de su madre, que no tardó en llegar. Elisabeth sintió como sus mejillas se coloreaban de un color carmesí delante de su hija.

Apretó los puños con fuerza. Tenía miedo por la reacción que tendría Morgan ante los secretos que la habían acompañado durante años. Sin embargo, era el momento de confesar.

—Sí, hija mía —dijo lentamente—. Sé que me vas a juzgar cuando te cuente esto, pero deseo que lo sepas, pues ya eres mayor para conocer los múltiples problemas por los que atravesamos tu padre y yo desde el mismo instante de nuestro matrimonio.

Morgan asintió y, paciente, esperó el relato de su madre. Sin embargo, un ruido extraño procedente del exterior llamó la atención de ambas, provocando que desviarán su interés a lo que sucedía fuera.

El tiempo había cambiado y una ligera llovizna caía sobre el valle que atravesaban en ese momento. El bosque cercano traía el sonido de lo que parecía

ser un antiguo cuerno sonando. Morgan frunció el ceño y miró hacia el carruaje

que las seguía con toda su escolta. No obstante, la joven no pudo evitar saltar sobre su asiento cuando una certera flecha acabó atravesando el cuello del conductor del carruaje.

—¡Nos atacan, madre! —chilló Morgan asustada.

Por primera vez en su vida había visto morir cruelmente a una persona y la

imagen se repetía en su cabeza una y otra vez hasta que su madre agarró fuertemente sus manos y las apretó con fuerza.

—No tengas miedo, hija mía —intentó dar ánimos su madre—. Ellos nos protegerán.

Morgan asintió, pero unos gritos procedentes del bosque llamaron la atención de ambas, que miraron por la ventanilla para descubrir que una treintena de hombres armados hasta los dientes se dirigían hacia los dos carruajes con las espadas en alto dispuestos a atacar sin miedo.

Morgan soltó las manos de su madre, que también temblaba de miedo al verse

en minoría respecto a los atacantes. Del carruaje de atrás oyeron la primera descarga contra ellos, pero muchos erraron el tiro y solo unos pocos cayeron heridos o muertos antes de alcanzar el carruaje y luchar contra ellos con fiereza.

—¡Madre, vamos a morir! —Morgan se abrazó llorando a su madre y deseó que todo aquello fuera una pesadilla de la que quería despertar cuanto antes. Sin embargo, los gritos de dolor de los soldados de su padre eran totalmente reales y el sonido de las espadas también lo era.

—Tranquila, hija mía —dijo Elisabeth con voz serena.

Sin embargo, la mujer estaba aún más aterrada que su hija. Había conocido al instante el color del tartán de los atacantes y estaba segura de qué pretenderían ese día aciago. Elisabeth apretó con ímpetu el cuerpo de su temblorosa hija y aspiró con fuerza el dulce olor a lavanda que emanaba de la joven. Se sintió orgullosa de ella como jamás lo había estado, y supo que ese día ella no vería de

nuevo la luz de la luna.

—Hija mía —dijo contra el fino cuello de Morgan—, nunca he querido a nadie como te quiero a ti, ni siquiera a tu padre.

—¿Por qué me dices eso ahora, madre? —preguntó la joven deshaciéndose del abrazo.

Morgan miró a su madre en busca de respuestas, sin embargo, la puerta del carruaje se abrió de golpe, cortando al instante cualquier posibilidad de respuesta. Ambas dirigieron sus miradas hacia el hombre que había abierto la puerta. Morgan vio dirigirse primero a ella unos ojos negros que miraban con tanta furia que la joven sintió un escalofrío recorriendo su espalda y produciéndole tal terror que deseó poder esconderse bajo su cama y no salir hasta que todo hubiera pasado.

Sin embargo, una mirada más feroz iba dirigida a Elisabeth, que sintió cómo la traspasaban esos intensos ojos negros que ya conocía a pesar de que el hombre

llevaba la cara tapada.

—¿Qué desea, buen hombre? —preguntó Elisabeth para intentar ganar tiempo.

Los ojos del hombre disminuyeron hasta convertirse en una fina línea en la que expresaba tanto odio que incluso Morgan, que no entendía nada de lo que pasaba, dedujo que ese hombre conocía a su madre más de lo que esperaba y deseaba. La joven miraba alternativamente a uno y a otro esperando que todo acabara cuanto antes y si querían joyas, se las daría al instante. No obstante, ese hombre misterioso dio un paso atrás y levantó una pistola en dirección a Elisabeth.

Morgan se llevó las manos a la cara para intentar ahogar un grito de terror y vio, desesperado, como su madre, tras dirigirle una última mirada, se levantó del asiento y bajó del carruaje obedeciendo la orden dada por el hombre para

que saliera de allí.

Morgan observó desesperada cómo se alejaban unos pasos del carruaje. Miró

hacia todos lados intentando descubrir alguna daga oculta entre los asientos, pero no había absolutamente nada que pudiera ayudarla a salvar a su madre. Miró con

lágrimas en los ojos en dirección a su madre y vio que ese hombre la abofeteaba

y le decía algo que logró entender.

—¡Madre! —vociferó la joven.

Elisabeth, llorando, la miró y Morgan pudo leer un “te quiero” de sus labios antes de que el atacante la apuñalara ferozmente ante la mirada atónita y totalmente aterrada de la joven.

—¡No! —gritó—. ¡Madre!

La joven deseó salir del carruaje para intentar salvar a su madre, pero sus músculos no obedecían sus órdenes. Parecía estar pegada al asiento y no podía levantarse debido al intenso temblor de su cuerpo. Morgan vio caer a su madre a

los pies de su asesino sangrando intensamente de la herida que le había hecho en

el vientre. No podía despegar la mirada de su madre y los últimos instantes de aquella mujer que acababa de llevarse a la tumba el secreto que iba a confesarle

minutos antes en la tranquilidad del carruaje.

Cuando por fin logró reaccionar, Morgan vio que el asesino de su madre se giró rápidamente hacia ella. La joven, aterrada, intentó salir por la puerta contraria del carruaje para escapar de su daga manchada con la sangre de su madre. No obstante, su paso fue cortado por uno de los hombres que

acompañaba a la comitiva salida del bosque e intentó sujetarla.

—¡No! —gritó la joven.

Con una fuerza que desconocía, Morgan dio una patada en la entrepierna del hombre y corrió en dirección contraria, pero el grupo era tan numeroso que uno

de ellos logró darle alcance antes de dar diez pasos.

—¡Suéltame!

Sin piedad, fue arrastrada hacia el asesino de su madre, que dedujo que era el jefe de todos los allí presentes. Sin miramientos, la empujaron contra el suelo a los pies del jefe y a tan solo a un metro del cuerpo inerte de su madre, que intentó por todos los medios evadir la mirada para no sufrir más de lo que ya padecía.

—¿Sois la hija de esta desgraciada? —La voz ronca del hombre la sacó de su ensimismamiento y levantó la mirada para observarlo.

Vestía con tan solo una camisa y el típico tartán con los colores de su clan, aunque por desconocimiento no pudo saber a cuál pertenecía. Numerosas manchas de sangre salpicaban toda su ropa y parte del pañuelo que tapaba su rostro.

—¡Levántate! —ordenó con su particular voz ronca.

Morgan, con piernas temblorosas al creer que su destino sería el mismo que su madre, se levantó sin quitar la mirada de ese hombre que aún sostenía la daga con la que había asesinado a su madre.

La joven respiraba con dificultad, pero la mirada de odio que le dirigía no la

amedrentó a pesar del miedo que recorría su cuerpo.

—Sí, soy su hija —contestó Morgan a su pregunta—. Y estoy muy orgullosa de serlo.

La joven vio como los hombros del asesino de su madre se movían hasta que, finalmente, este comenzó a reírse de sus palabras. Risa que secundaron los que

lo acompañaban. Morgan los miró sin comprender el motivo de su carcajeo y no

pudo evitar dirigirles una mirada de auténtico odio.

—¿Estáis orgullosa de ser la hija de una maldita perra?

Morgan no contestó a su pregunta. No estaba dispuesta a regalarle otro momento de risa, por lo que se mantuvo en silencio hasta que el hombre decidió

dirigirse a los demás.

—Esperadme a la salida del bosque, donde están los caballos.

—Pero... —intentó rebatir uno de ellos.

—¡Fuera! Prefiero hacer esto solo —dijo con la mirada fija en los ojos de Morgan.

La joven vio su sentencia de muerte reflejada en él, pero el miedo estaba yéndose de su cuerpo. Ya había aceptado que su vida acababa en aquel

prado verde al lado de su madre, y solo deseó que fuera una muerte rápida y apenas sintiera dolor.

Cuando por fin estuvieron solos, el asesino se aproximó lentamente a ella al

tiempo que asía la daga con más fuerza. Morgan tragó saliva e inició la marcha

contraria, es decir, dio pasos lentamente hacia atrás, aproximándose al carruaje.

Cuando por fin este se interpuso en su camino, impidiéndole la huida, el hombre

la acorraló contra él y apoyó ambas manos alrededor de su cabeza. Tan solo un

palmo los separaba y Morgan, en un acto reflejo o de locura, levantó su mano y

bajó el pañuelo que tapaba la cara de aquel hombre misterioso, descubriendo el

rostro más bello y atractivo que había visto jamás, tan solo afeado por una cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda.

Este, al verse sorprendido, retrocedió sin ser capaz de dar fin con la vida de

aquella joven valiente que ese fatídico día se había cruzado en su camino. El joven huyó del prado donde se encontraban dejando sola a una asustada Morgan,



que no podía creer que su vida no tendría fin aquel día, y que tampoco olvidaría

jamás el rostro del joven más atractivo que había visto en toda su vida.

Tras un par de horas llorando la muerte de su madre en aquel valle, Morgan se

levantó y con el vestido manchado de sangre se dirigió hacia los caballos que tiraban de los carruajes. Desató a uno de ellos y, antes de echar una última mirada a la masacre ocurrida esa mañana, deshizo el camino para buscar ayuda

en el castillo de sus tíos.

El camino, que habían recorrido en tan solo un par de horas, se le hizo eterno a pesar de cabalgar tan deprisa que en menos de una hora ya estaba cruzando el

pequeño puente sobre el río que la llevaría al patio del castillo. Apenas fue consciente de la belleza del paraje como había hecho días atrás cuando llegó con

su madre. Tampoco vio la cara de estupefacción que pusieron los guardias apostados en las torres que flanqueaban la puerta de entrada al patio del castillo.

Morgan pasó como una exhalación y estuvo a punto de pisar con el caballo a uno de los hijos de su prima que jugaba en el patio con una espada de madera.

Dejó el caballo cerca de las cuadras para que lo alimentaran y dieran de beber,

pues lo había azuzado tanto que el pobre animal estaba a punto de desfallecer, como ella.

Debido al revuelo que se había montado con su regreso, su prima Myriam salió al patio para ver qué pasaba. Cuando vio el estado de nervios de Morgan y

la ropa manchada de sangre, descubrió que no había ocurrido nada bueno

para ella. Y el hecho de haber vuelto ella sola le confirmaba que era la única superviviente.

—¡Myriam! —Morgan se abrazó a su prima llorando y temblando. Por fin se sentía protegida en el que había sido su hogar cuando era pequeña.

—¿Qué ha ocurrido, prima? —preguntó con miedo de conocer la respuesta.

James, el marido de Myriam, llegó justo a tiempo para escuchar la terrible respuesta de la joven.

—Los han matado a todos, prima, a todos.

Las palabras se quedaban atascadas en la garganta de Morgan, que debido al terror pasado apenas podía poner en orden sus pensamientos para contar lo acontecido en el valle.

—Vamos al salón —dijo James—. Será mejor que te calmes antes de hablar.

Morgan asintió y siguió como una niña pequeña los pasos de su prima y su marido hacia el salón en el que horas antes habían reído con las anécdotas de su

madre. Su vida había dado un giro total y, aunque aún le quedaba su padre, estaba segura de que no podría vivir una vida tranquila en Inglaterra sin que su

padre la instara a casarse una y otra vez.

Durante el corto camino hacia el salón, Morgan se dio cuenta de cómo sería su vida a partir de ahora sin el apoyo de su madre. Le habían arrancado una parte importante de su vida y le preocupaba no poder llevar con dignidad la existencia

que aún le quedara.

—Nos atacaron cerca de un bosque —comenzó la joven.

Se dirigió hacia el calor del fuego para intentar calmar el temblor que sentía, aunque no era frío lo que recorría su cuerpo, sino el pánico vivido una hora antes.

—¿Quiénes? —preguntó James.

—No sé. No los conocí, pero creo que mi madre sí porque me dio la sensación de que reconoció el emblema y los colores del tartán.

—¿Y os han robado?

Morgan negó con la cabeza lentamente.

—No, creo que solo querían matarnos a todos.

—Pero ¿por qué? Alguien no ataca para matar sin una buena razón —refutó James.

—Lo sé, pero nunca lo sabremos. —Los ojos de Morgan se llenaron de lágrimas—. La han matado delante de mí. La han matado, prima.

La joven se llevó las manos al rostro para dar rienda suelta a sus lágrimas. La situación podía con ella y aún no podía creer lo que había pasado delante de sus

ojos. Sin embargo, al cerrar estos veía una y otra vez la escena en la que su madre era apuñalada por aquel desgraciado al que había visto su rostro. Su rostro...

Morgan levantó la mirada hacia James y le dijo:

—Lo he visto. Le he visto la cara a uno de ellos, creo que era el jefe.



—¿Y qué ha pasado, se ha dejado ver?

—No, cuando se dirigió a mí para matarme, le bajé el pañuelo con el que protegía su identidad.

—¿Sabrías reconocerlo en cualquier lugar?

Morgan apretó los labios con rabia.

—Jamás lo olvidaré.

Cuando Morgan entró de nuevo en la que había sido su habitación, lanzó un suspiro. Su alcoba se encontraba en una de las torres del castillo, justo en el lado contrario a la entrada del mismo. Se dirigió hacia la ventana para mirar el paisaje y calmarse. Poco a poco, su mente había ido aceptando su nueva situación y se

sentía más capaz de sobrellevarlo. Lanzó una mirada al agua que rodeaba por completo el castillo y deseó poder desnudarse y nadar sobre esas aguas tan frías

para intentar quitarse el polvo del camino y la sangre del rostro.

Unos nudillos llamaron a la puerta y cuando esta se abrió, Morgan esbozó una

pequeña sonrisa al ver la tina que traían un par de criados y las jarras de agua caliente que echaban sobre esta cuando la depositaron junto al fuego de la estancia.

Cuando por fin se quedó sola, no lo dudó un instante. Se quitó la ropa con

rapidez y se metió en el agua, lanzando un suspiro en cuanto su cuerpo estuvo sumergido por completo. Entonces, de forma relajada, se dedicó a mirar a su alrededor. Con la alegría de haber regresado después de tantos años, apenas había reparado en la decoración de su habitación, la cual estaba tal y como la habían dejado a su marcha. Una cama con dosel blanco presidía la estancia y contrastaba con las sábanas marrones de fina tela que su madre había comprado

a un rico comerciante.

Un espejo alto, junto a un tocador vacío, le devolvía su reflejo. Se quedó horrorizada al verse. Tenía salpicaduras de sangre en toda la cara y parte del cuello. Parecía que había sido ella misma la que había llevado a cabo el asesinato de su madre. Retiró la mirada al instante, no quería ver esa imagen de

sí misma. No quería verse en el espejo hasta que estuviera completamente limpia. De hecho, no quería volver a mirarse al espejo hasta que el asesino de su

madre pagara lo que había hecho...

Dirigió su mirada al único baúl que quedaba en la alcoba. Estaba segura de que los hombres de James traerían sus baúles con toda su ropa, pero hasta entonces decidió ponerse uno de los vestidos que había dejado como regalo para

su prima.

Cuando por fin estuvo limpia, Morgan salió de la tina y se secó con rapidez.

Se vistió y se peinó sin tan siquiera mirarse al espejo, tal y como se había prometido a sí misma minutos antes, y se dirigió sin pensar a la mesa que había

justo al lado de la ventana. Cogió un pergamino, pluma y tinta para escribir una

carta a su padre. Pero ¿qué debía poner? ¿Cómo podía decirle a su padre que habían asesinado vilmente a su querida esposa? ¿Qué palabras debía usar para que su padre no enloqueciera al saberse viudo?

Finalmente, con una paciencia que no sabía de dónde salía, comenzó a escribir la carta, intentando aparentar una calma que realmente no sentía. No obstante, en solo diez minutos había plasmado sobre el pergamino todo lo acontecido en el valle, aunque le prometió contarle todo al detalle cuando iniciara su viaje a Escocia para esclarecer lo sucedido.

Mientras soplaba a la tinta para que esta se secase, llamaron tímidamente a la puerta. La cabeza de Myriam apareció y esta dibujó un rictus serio.

—Morgan, James ha vuelto.

La joven asintió comprendiendo lo que sus palabras querían decir. El marido de su prima había traído de vuelta el cadáver de Elisabeth. Morgan esperó durante unos minutos para serenarse antes de levantarse y seguir los pasos de su

prima, que la miraba de reojo para saber cómo se encontraba.

Los apresurados pasos de Morgan la llevaron a cruzar el castillo en pocos minutos. Los carruajes se encontraban cerca de las caballerizas, pero el cuerpo de su madre había sido llevado a una sala retirada de las miradas indiscretas de

los criados. La joven respiró hondo antes de adentrarse en la estancia y cuando

vio el cuerpo de su madre tendido sobre una cama sin ningún rastro de sangre,

por un momento pensó que aún seguía viva. Pero la quietud de su pecho le aseguró que no era así.

La dejaron sola para tener un rato de intimidad con su madre antes de despedirse definitivamente de ella, ya que sería enterrada en el panteón familiar a tan solo unos metros del castillo. Morgan se aproximó lentamente a la cama sin

quitar la mirada del bello rostro de su madre. Cuando estuvo a su altura, le dijo:

—Sé que quería confesarme algo antes de morir, y estoy segura de que algún día lo descubriré, madre.

Parecía que sus palabras resonaban en la habitación como si hubiera eco, y tan

solo el silencio fue la única respuesta que tuvo la joven.

—No me importa si se equivocó en algo en su vida, madre. Eso ya no me interesa.

Morgan apretó los puños con fuerza.

—Pero voy a jurarle solo una cosa más antes de... —Se sentía incapaz de decir aquellas palabras—. No voy a parar hasta encontrar al desgraciado que acabó con su vida.



CAPÍTULO 1

Año 1602, castillo de Killrock, sur de Escocia

Hacía ya más de dos años desde que Morgan había perdido a su madre en aquel fatídico día, y desde entonces no había parado de buscar al asesino. Junto a su padre, habían recorrido gran parte de Escocia intentando encontrar a ese hombre, facilitando sus rasgos, pero no había conseguido más que desesperación

y perder el tiempo. Su padre había perdido la esperanza de encontrarlo, sin embargo, Morgan no se daba por vencida, ya que había otra gran parte del país

que no habían recorrido y estaba segura de que ese hombre estaba más cerca de

lo que pensaba.

Morgan hizo un gesto de dolor cuando se bajó del caballo. Desde muy

pequeña había probado su destreza como amazona y desde entonces no había vuelto a bajarse de los caballos. No obstante, jamás había estado durante

tantas

horas sobre uno. Acababan de regresar al castillo de su familia materna después

de una intensa búsqueda y sentía como si tuviera todos los músculos del cuerpo

estuvieran agarrotados, pero no se daba por vencida.

—Padre, debemos ir al oeste. Allí...

—Ya basta, Morgan —la cortó su padre con evidentes signos de cansancio—.

Hemos buscado por todos los lugares de este maldito país, y no hemos

encontrado nada. Ese hombre habrá dejado Escocia.

Morgan negó en rotundo con la cabeza.

—Padre...

Robert se giró enfadado hacia su hija. Estaba cansado y sucio del camino, además de hambriento, y no podía dar un paso más si no descansaba. Sus cincuenta años pesaban sobre su espalda como una losa, y la muerte de su mujer

no había ayudado a llevar el paso del tiempo con la misma entereza que antes.



—¡Ya está bien, hija! —vociferó en el patio del castillo llamando la atención

de los sirvientes allí presentes—. Llevamos dos años de búsqueda y no hemos encontrado ni una sola pista en donde poder buscar. Ese hombre ha dejado de existir.

Se aproximó a su hija y la agarró por los hombros.

—Te juro que si hubiera una mínima posibilidad de encontrarlo, iría yo mismo para matarlo, pero no la hay, Morgan. Acéptalo ya. Acepta que tu madre

está muerta e intenta buscar a un hombre que cuide de ti para el resto de tu vida.

Yo no estaré siempre aquí para hacerte compañía. Olvida los fantasmas del pasado.

Morgan se deshizo de las manos de su padre con fiereza.

—No pienso hacerlo, padre. Jamás olvidaré la imagen de madre muriendo ante mis ojos. Y me sorprende ver que se da por vencido tan pronto. Creía que

amaba a madre más de lo que está demostrando.

Con lágrimas en los ojos, Morgan pasó junto a su padre y se dirigió hacia sus aposentos. Necesitaba quitarse de encima el polvo del camino antes de bajar a cenar esa noche junto a sus primos y recibir al nuevo señor de Kirklog, un castillo que estaba próximo a Killrock y con los que siempre habían mantenido

una buena amistad todos los miembros de su familia.

Myriam abrió la puerta del dormitorio de Morgan justo cuando esta se

encontraba recogiendo su pelo aún húmedo en una larga trenza. Parecía otra persona desde que su madre había muerto. Ya no usaba colores claros en sus vestidos, ni siquiera adornos que realzaran su figura como años atrás. Ahora

la

joven usaba colores oscuros e intentaba ocultar su rostro de cualquier hombre que pudiera interesarse en ella. Se juró que dedicaría su vida de pleno a la búsqueda del asesino de Elisabeth, y hasta ahora estaba cumpliendo su palabra a

rajatabla.

—¿Por qué no te ayudas del espejo para peinarte, Morgan? —preguntó su prima extrañada.

—Hace dos años que no veo mi reflejo en un espejo, Myriam —contestó con voz seca.

Su prima torció el gesto. Apenas quedaba nada de la que había sido su querida prima dulce y amable con todo el mundo. Ahora Morgan se había convertido en

una mujer dura, antipática y malencarada. Casi no era capaz de mantener una conversación normal que no fuera por el camino que ella deseaba, que no era otro que el asesino de su madre. Muchos de los que vivían en el castillo le habían dado de lado debido a su nuevo carácter. Y Morgan se encontraba más sola que nunca.

—¿Por qué no miras hacia adelante?

—No puedo avanzar sin resolver el pasado.

—Eso pasó hace dos años, prima. Debes olvidar. Haz caso a tu padre y busca a un hombre que sepa hacerte olvidar lo que ocurrió.

Morgan se levantó airada de la silla.

—¿De verdad crees que puedo olvidar eso? ¿Sabes qué es lo único que veo cuando cierro los ojos por la noche? Veo a mi madre muriendo una y otra vez

ante mis ojos. Y el rostro del hombre avanzando hacia mí para matarme. No puedo olvidarlo.

—No quiero que olvides lo que ocurrió, pero al menos vivir con ese recuerdo.

Estás enterrada en vida, prima. Te lo digo porque estoy preocupada por ti.

Myriam abrazó a Morgan con cariño. Apreciaba de corazón a su prima y no quería verla en ese estado en el que se encontraba, sino que volviera a ser tal y como ella era hacía años, con la frescura y la afabilidad que la caracterizaban.

—Te lo agradezco, Myriam, pero no puedo dejarlo. Después de dos años no puedo dejarlo.

Su prima asintió e intentó cambiar de tema. Sonrió y se dirigió hacia la ventana del dormitorio de Morgan. Esta la siguió con la mirada y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Sabes que hoy tenemos visita, ¿no?

—Sí, el nuevo señor de Kirklog —respondió Morgan sin entender.

Myriam siguió mirando por la ventana con una sonrisa boba en los labios.

—Se rumorea que todas las mujeres de su castillo suspiran por él. Al parecer, es tan guapo que ha causado más de un desmayo a su paso.

Morgan puso los ojos en blanco y se puso al lado de su prima junto a la



ventana.

—¿Qué pasa, que James ya no te gusta?

Myriam abrió los ojos desmesuradamente y negó varias veces.

—¡No! No es eso, yo quiero mucho a James, pero ya sabes que me gusta mucho cotillear. Y si un caballero que está a punto de entrar a este castillo es tan guapo... me gusta comentarlo... Nada más.

Morgan levantó una ceja.

—¿No querrás que me fije en él?

—No, el amor es algo que se siente dentro de ti. Nadie puede obligarte a amar

a una persona, prima. Yo, por ejemplo, quise a James desde pequeños. Y él a mí.

Morgan sonrió tristemente.

—Me alegro de que puedas guardar dentro de ti un sentimiento tan bonito, Myriam.

—Ya lo albergarás tú algún día, prima —dijo poniéndole la mano en el hombro.

Después se alejó y se despidió de Morgan, no sin antes recordarle que debía bajar antes de media hora para recibir en el salón al nuevo señor de Kirklog.

Justo media hora más tarde, cuando estaban a punto de abrirse las puertas del castillo para la recepción, Morgan entró como una exhalación en el salón. Se llevó una mirada de reprimenda de su padre, pero cuando dirigió la mirada hacia

Myriam, esta le guiñó un ojo y le hizo saber lo nerviosa que estaba por ver al señor de Kirklog.

Morgan se colocó en el lugar que le correspondía, al lado de su padre. Unió sus manos con nerviosismo y soltó todo el aire contenido cuando las puertas del

salón se abrieron. A pesar de que no estaba interesada en ningún hombre, no pudo evitar la curiosidad que su prima había desprendido minutos antes en la privacidad de su alcoba y deseaba ver el rostro del famoso señor.

El capitán del castillo se adelantó al invitado y lo presentó.

—Señores, Ray Logan se presenta ante ustedes, dueño y señor de Kirklog.

Señaló con la mano hacia la puerta, por donde apareció, efectivamente, el hombre más atractivo, musculoso y varonil que Morgan había visto jamás. Era de pelo moreno y corto, cara cuadrada y mandíbula apretada, señal del nerviosismo que sentía. Morgan se fijó en sus ropajes y vio que llevaba el típico tartán escocés, aunque con colores diferentes a los de su familia materna. Toda

costura de sus ropajes estaba rellena de músculo bien trabajado, de hecho, Morgan pensó que en cualquier momento sus exagerados brazos rasgarían la fina

tela de la camisa. La joven necesitó carraspear para intentar enfriar el acaloro que de repente sentía en su cuerpo al admirar la belleza de ese hombre.

De repente, Ray miró en su dirección y Morgan estuvo a punto de

desmayarse, pero no por la belleza del joven, sino porque esos ojos negros eran

imposibles de olvidar. Ray enseguida giró la cara y se aproximó a la mesa principal, donde aguardaban su prima y James. Sin embargo, Morgan no podía quitar la mirada de la espalda de Ray. Lo habría reconocido en cualquier otra parte. Ese rostro no lo olvidaría jamás.

La joven comenzó a respirar con dificultad y necesitó agarrarse a la mano de su padre para poder sostenerse en pie. Estuvo a punto de salir del salón corriendo o bien dar la voz de alarma para que lo apresaran y ajusticiaran allí mismo. Sin

embargo, por deferencia a su prima intentó serenarse para no llamar la atención

de Ray Logan y provocar que huyera del castillo antes de que lo apresaran.

—¿Estás bien, hija? —le preguntó su padre preocupado.

Morgan respiró hondo e intentó esbozar una sonrisa.

—Sí, padre, pero me gustaría hablar con usted en cuanto termine la cena.

Robert asintió sorprendido por la seriedad de su petición y, después de las presentaciones oportunas, todos los allí presentes se sentaron en sus sillas para disfrutar de la excelente y abundante cena que tenían ante ellos.

Durante todo el convite, Morgan apenas podía probar bocado. Sentía que se le

había cerrado el estómago y a pesar de las peticiones de su padre para que comiera algo del excelente asado que habían preparado, la joven declinó la oferta una y otra vez sin apartar su mirada de Ray. Este era consciente de que alguien en la sala lo miraba fijamente, pero le parecía de mal gusto girar su cabeza una y otra vez para averiguar quién tenía tanto interés en su persona.

Además, James no hacía más que hablarle de los actos a los que debía asistir

ahora que se había convertido en el dueño y señor de Kirklog tras la muerte de

su padre.

Preso del nerviosismo y las ganas de venganza, Morgan asió del brazo a su padre y lo instó a salir del salón durante unos minutos para comunicarle algo importante.

—Hija, no podemos salir ahora que estamos a punto de terminar la cena. Si deseas hablar de algo, espera a que todos se vayan a dormir y entonces hablaremos tranquilamente.

Morgan resopló enfadada y apretó con más fuerza el brazo de su padre.

—Padre, se trata del asesino de madre —dijo mirándolo a los ojos.

—¿Sigues con eso, hija? —preguntó alterado Robert—. Creí que te lo había dejado claro en el patio. No voy a buscar más.

Morgan se acercó a su padre para hablarle en voz baja.

—No hace falta que busque más, padre. Está aquí.

Robert se incorporó ligeramente y necesitó beber algo de vino de su copa antes de seguir analizando las palabras de su hija. Su corazón latía con fuerza y un sudor frío comenzó a recorrer su cuerpo. ¿Tendría razón su hija? ¿Había reconocido al asesino de su madre después de tanto tiempo? ¿Acaso era alguno

de los allí presentes?

Carraspeó antes de asentir e indicarle con la cabeza la salida.

—Es mejor tratar este tema fuera antes de que nos oigan.

Intentando ser lo más silenciosos posibles, Morgan y su padre se levantaron de sus asientos y se dirigieron hacia la salida sin ser conscientes de que una

mirada oscura estaba puesta en ellos fijamente.

—Es él, padre —dijo en voz queda Morgan cuando por fin estuvieron libres de miradas indiscretas.

—¿Quién? No te entiendo, hija.

—Ray Logan, el señor de Kirklog.

Robert frunció el ceño al tiempo que miraba anonadado a su hija.

—Es una acusación muy grave, Morgan. No podemos señalar al señor de un castillo solo por un recuerdo.

—Padre, es un recuerdo que lo tengo grabado a fuego en mi cabeza. Si usted no hace nada, ya haré yo algo antes de que se marche.

Morgan estaba dispuesta a marcharse de allí sin volver al salón para



despedirse de los allí presentes, pero la mano de su padre la detuvo antes de que pudiera dar un paso más.

—Está bien, hija. Te creo.

A Morgan se le iluminó el rostro al saber que su padre haría algo para detener al asesino de su madre.

—¿Y qué haremos?

—Tú, nada.

La joven no pudo evitar una mirada de sorpresa y odio.

—¿Cómo que nada? No voy a quedarme en mi alcoba hasta que esto se resuelva.

—Hija, si ese hombre estuvo a punto de matarte, no quiero que te expongas al

peligro. Déjame a mí. La cena está a punto de concluir, ahora iré a llamar a mis hombres y cuando todo el mundo se haya marchado del salón, detendremos a Ray Logan.

—Pero...

—Prométeme que no harás nada que interfiera en mis planes.

Morgan abrió la boca para rechistar, pero finalmente asintió y abrazó a su padre.

—Gracias, no se imagina lo importante que es para mí poner fin a esto después de dos años.

—Lo sé, hija. Ahora, regresa al salón.

Morgan asintió y con un esbozo de sonrisa se dirigió de nuevo al lugar que le correspondía en su mesa mientras su padre iba al patio a avisar a sus hombres para que esperaran en la puerta del salón.

Tan solo media hora después, los primeros comensales se levantaron de sus asientos para marcharse. Morgan estaba tan nerviosa que no podía parar de mover la pierna. Su nerviosismo era tal que incluso había llamado la atención de

su prima, que le preguntaba con la mirada qué demonios le ocurría para estar de

aquella manera.

Cuando por fin quedaron Morgan, Myriam, James y Ray, las puertas del salón se abrieron de nuevo para dar paso a diez de los hombres de Robert y a este mismo. James se sorprendió al verlos entrar de aquella manera tan beligerante y,

levantando la voz, preguntó:

—¿Qué es esto, Robert?

El susodicho miró a su hija y, carraspeando, contestó:

—Este hombre está acusado de asesinato. —Señaló con la cabeza a Ray, que levantó una ceja irónicamente.

—¿Y puedo saber a quién he matado? —preguntó con voz ronca a Robert, aunque sin quitar los ojos de Morgan, que le devolvía una mirada airada y triunfante.

—A mi madre —contestó ella adelantándose a su padre.

Myriam lanzó una exclamación de sorpresa mientras James dirigió su mirada interrogante a Ray, que no podía creer lo que escuchaban sus oídos.

—Le aseguro, señora, que he matado a hombres, sí, pero jamás a ninguna mujer. —Dio un paso hacia Morgan al tiempo que apretaba los puños—. Aunque

ahora no me importaría hacerlo, se lo aseguro.

—¡Apresadlo! —vociferó Robert—. Además de asesinar a mi esposa, ha amenazado delante de mí a mi hija. ¡Llevadlo a las mazmorras!

Los soldados ingleses se adelantaron y agarraron a Ray, que no se resistió en

ningún momento a ser despojado de sus armas y a ser llevado a las mazmorras,

aunque antes de salir del salón, le dirigió una última mirada de odio a Morgan,

jurándole por lo más sagrado que le haría pagar por la acusación que había lanzado contra él.

Cuando las puertas se cerraron, Morgan exhaló todo el aire contenido en los pulmones. No podía creer que al fin había acabado lo que comenzó dos años atrás y por fin podría descansar tranquila.

—¿De verdad es él, prima? —preguntó aún sorprendida Myriam.

—Esa cara no la olvidaría nunca. Llevo buscándolo dos años, prima — respondió en un hilo de voz—. Al fin el alma de mi madre reposará tranquila.

—¿Y si te has equivocado? —preguntó James—. He hablado con él durante toda la cena y me ha parecido un hombre de honor, no un asesino.

—Ese hombre mató a mi madre —rebató Morgan—, y no hay más que hablar.

La joven se marchó de allí enfadada. Le dolía que su familia no confiara en su

buena memoria para las caras. Estaba segura de que Ray Logan era el asesino de

su madre, esa era la cara que la había atormentado durante dos años todas y cada

una de las noches en cuanto cerraba los ojos.

Nadie del castillo la haría cambiar de opinión respecto a ese hombre. No pararía hasta verlo colgado de una soga en medio del patio, ni siquiera la voluntad de su padre, que parecía haber olvidado el amor que sentía por Elisabeth.



CAPÍTULO 2

Ray caminaba de un lado a otro de la celda en la que lo habían metido a traición. Las palabras de la joven que había en el salón y que lo había acusado de asesinato aún resonaban en su mente una y otra vez. Su voz melodiosa lo azotaba continuamente al tiempo que repetía que él era el culpable de la muerte

de su madre.

A pesar de ser la primera vez que veía a esa joven, tenía la extraña sensación de haber coincidido con ella alguna vez en su vida, pero estaba seguro de que una belleza así la recordaría.

A medida que pasaban las horas y nadie bajaba a las mazmorras para darle la explicación que merecía por ser acusado injustamente, la ira de Ray se

incrementaba hasta tal punto de darle un puñetazo en la pared para desahogar lo

que lo carcomía por dentro.

Como señor de su castillo, conocía la ley de principio a fin y sabía que si, finalmente, aquella joven volvía a afirmar que era el asesino de su madre, acabaría colgado de una soga. No le habían dejado ni siquiera defenderse, ni le

habían mostrado alguna prueba más que el dedo acusador de la joven, que parecía tremendamente segura de lo que hacía.

Resopló enfadado al no poder regresar a su castillo tal y como había

prometido a Archie, su mejor amigo, que lo esperaba en la espesura del bosque.

Apretó los puños con fuerza alrededor de los barrotes que impedían su libertad y, en un vano intento por salir de allí, tiró de ellos con la esperanza de arrancarlos y marcharse de ese castillo para siempre, aunque no sin antes hacerle pagar a la joven la afrenta por acusarlo de algo que jamás se le habría pasado por la cabeza.

Su padre, fallecido recientemente, siempre le había inculcado el respeto por las

mujeres y, al contrario que otros hombres, jamás tocar un pelo de una mujer, a no ser que fuera para acariciarlo con ternura. Su padre siempre había creído que las mujeres eran un regalo de Dios para compartir los días de su vida y las cuitas

que le causara su puesto de *lord*. Y él siempre había seguido los sabios consejos de su padre, pues, al igual que él, también pensaba que debía cuidar a las mujeres. Sin embargo, en aquel momento en el que se veía privado de libertad por culpa de esa joven de extraordinaria belleza, dudaba sobre si debía seguir lo que siempre le había dictado su corazón o vengarse de ella por culparlo injustamente.

En eso se encontraba cavilando cuando el sonido de los goznes de una puerta que chirrió intensamente y unos pasos lentos y pesados que se aproximaban a la

celda llamaron su atención, inundando con la luz del candil el estrecho pasillo, y haciéndole ver por primera vez el lugar en el que se encontraba metido.

No pudo evitar una mueca de asco al ver la mugre y la suciedad que inundaban las paredes y el suelo. Un *lord* como él no se merecía ese trato de unas personas a las que había ido a presentar sus más sinceros respetos.

Miró hacia el pasillo para intentar vislumbrar a la persona que se acercaba a él. A través de la luz del candil pudo ver el rostro del que había deducido era el padre de la joven y marido de la mujer por cuyo asesinato lo culpaban. Esperó

pacientemente a que estuviera a su altura para comenzar a hablar, sin embargo,

en sus movimientos podía notarse el nerviosismo y el enfado que lo recorrían por dentro.

—¿Por qué demonios me tenéis encerrado? —vociferó—. Yo no he matado a su mujer.

Robert lo miró en silencio intentado adivinar si lo que decía era totalmente real o solo intentaba engañarlo con aquella mirada desesperada. Ray le sostuvo

la mirada impasible, intentado calmar la tormenta que recorría sus venas, sin embargo, no pudo evitar dar un manotazo sobre los barrotes.

—¿Por qué no me contesta? Si hubiera asesinado a su mujer, no habría venido

a presentar mis respetos a este castillo, me habría marchado a otro país.

Robert tragó saliva. El joven que tenía ante él tenía toda la razón, y eso era precisamente lo que había intentado transmitirle a su hija durante todo este tiempo. Sin embargo, la seguridad con la que Morgan había señalado a Ray era

tal que Robert dudaba sobre lo que debía hacer a partir de ahora.

—Confío plenamente en mi hija —comenzó diciendo Robert—. No obstante, quiero darle el beneficio de la duda y la posibilidad de defenderse y encontrar la manera de explicar por qué mi hija lo ha reconocido al instante. En caso de no

encontrar nada para defenderse, será condenado a la horca lo antes posible.



—No necesito presentar nada ante los que me han señalado y condenado sin tener en cuenta quién soy.

—Hasta los más nobles cometen errores en su vida. Que usted sea el nuevo señor de Kirklog no lo hace libre ante la ley. Si usted llevó a cabo, junto a sus hombres, el asesinato de mi mujer y el de su salvaguardia con toda frialdad le aseguro que me dará igual el apellido y los títulos que posea. Será ajusticiado como cualquier hombre.

Ray se separó ligeramente de los barrotes y, con tono irónico, le dijo:

—Le presento mi palabra. Jamás he matado a ninguna mujer. —Esbozó una sonrisa de lado y levantó el mentón con orgullo—. Aunque he de decirle que

a

su hija sí le daría unos azotes por culparme.

Robert frunció el ceño y apretó los puños.

—¿Está amenazando a mi hija, Logan?

Ray se mantuvo impasible y se cruzó de brazos mostrando, por primera vez ante él, la potencia de sus músculos y su fuerza.

—¿No piensa decir nada para salvarse?

—No tiene salvación quien ya está condenado. —Ray lo miró intensamente a los ojos—. ¿O me equivoco?

Robert no pudo sostener la mirada de ese hombre, aunque antes de dedicarle sus últimas palabras lo miró y, con voz casi rota, dijo:

—Mañana será ajusticiado en el patio del castillo. Espero que su última noche

en este mundo sirva para pedir perdón por sus delitos.

—Quien no ha cometido delito no necesita pedir perdón —dijo con voz ronca y susurrante.

Robert sintió que un escalofrío le recorría la espalda, así que se dio media vuelta y se marchó de allí, dejando completamente solo y a oscuras a un Ray que

no encontraba la manera de salir de allí con vida.

Morgan era incapaz de dejar de dar vueltas alrededor de su dormitorio. Se sentía como un león enjaulado sin posibilidad de poder bajar a las mazmorras para sacarle información al que había reconocido como asesino de su madre.

A

pesar de que habían pasado varias horas, seguía pensando que Ray Logan era el culpable de la desdicha por la que había pasado durante esos dos largos años. No

quería que todo quedara finalmente en nada y sentía pánico al pensar que su padre sería demasiado benévolo con él y no le daría el castigo que merecía.

Aún llevaba puesto el elegante vestido con el que había bajado a cenar, ya que

se veía incapaz de ponerse el camisón y dormir a pierna suelta como

seguramente haría su padre.

Arrugó con nerviosismo la fina tela de su vestido cuando una idea alocada cruzó por su mente. Estaba segura de que ella podría hacer que Ray Logan confesara después de que ella le contara con pelos y señales lo que él y sus hombres hicieron aquella mañana en el valle. Sin embargo, había algo que le impedía coger un candil y bajar a las mazmorras: el increíble atractivo de Ray.

La fiera mirada negra que el joven desprendía le producía un cosquilleo que, en

un principio, había achacado a los sentimientos de venganza que le había inspirado su presencia. Pero no. Sabía que había algo más en ese sentimiento, algo que le resultaba imposible de descubrir, pues era la primera vez en su vida

que le ocurría.

Se sentó en la jamba de la ventana de su dormitorio y se dedicó a mirar el cielo estrellado durante unos minutos. Rezó para pedir fortaleza y valentía para

intentar encontrar la mejor decisión a sus preocupaciones. Y cuando estuvo lista

y se sintió capaz de entablar una conversación como aquella, la joven se levantó, agarró un candil y se deslizó fuera de su habitación.

Morgan intentaba hacer el menor ruido posible en el frío pasillo del castillo.

La escalera estaba a unos pocos metros de la puerta de su alcoba, pero tenía miedo de que su padre escuchara sus pasos y saliera a su encuentro, impidiendo

que pudiera llevar a cabo su cometido autoimpuesto.

Con lentitud, pero con pasos firmes, bajó las escaleras de piedra que tantas y tantas veces la habían visto reír a carcajadas y disfrutar de la vida, aunque desde hacía dos años habían compartido únicamente amargura y malas palabras.

La soledad fue la única que la recibió en el piso inferior. No podía escuchar absolutamente nada a lo largo del corto pasillo que la llevaría hacia las escaleras que bajaban a la mazmorra. Dio gracias mentalmente por la suerte de no cruzarse

con nadie, ya que a veces había escuchado a James tratar sobre algún tema importante del castillo a altas horas de la noche.

Morgan hizo un mohín de contrariedad cuando los goznes de la puerta de la mazmorra se quejaron a su paso. Sin embargo, tras unos instantes en los que contuvo la respiración para intentar escuchar algún sonido en el resto del castillo que le indicara que había sido descubierta, comenzó a bajar las escaleras. La luz del candil iluminaba pobremente el lugar, impidiéndole ver más allá de unos pocos metros por delante de ella.

Inspiró aire profundamente cuando localizó la primera celda a tan solo un par de metros de donde ella se encontraba. El corazón parecía querer salirse de su cuerpo y las manos comenzaron a sudarle tanto que pensó que el candil se le

caería de las manos en cualquier momento. Tragó saliva ruidosamente. Aquel era

el momento que había estado esperando durante tanto tiempo, pero sus pies no querían moverse del sitio en el que se encontraba. Miraba la celda una y otra vez deseando encontrar de nuevo las fuerzas y la valentía que la habían animado a bajar a ese lugar tan lúgubre que no estaba preparado para los ojos de una dama

como ella.

No obstante, la joven dio un primer paso dubitativo, al cual le siguieron una docena más hasta que se situó frente a los barrotes que privaban de libertad al que había intentado asesinarla años atrás. Con el candil intentó iluminar pobremente la celda y, tras unos instantes en los que sus ojos se acostumbraron a la luz, logró ver el cuerpo tendido del culpable.

Ray se encontraba acostado boca arriba y mantenía los ojos cerrados como si la ligera luz que entraba a la celda no fuera con él ni lo molestara.

—Finalmente te he encontrado, asesino —dijo Morgan en voz baja, aunque lo

suficientemente alto para que Ray la escuchara.

Sin embargo, la celda le devolvió el silencio que reinaba en todo el castillo.

Ni siquiera podía escuchar el sonido de la respiración del condenado, que estaba

a solo metro y medio de distancia de los barrotes.

Pensando que Ray estaba dormido, Morgan dio un golpe fuerte en los barrotes

para llamar su atención al tiempo que le decía:

—¿Qué pasa, no tiene la suficiente valentía para enfrentarse de nuevo a mí?

¿Ya no recuerda que estuvo a punto de matarme, señor de Kirklog? —
preguntó

con ironía.

Pero el silencio fue de nuevo su respuesta. Morgan frunció el ceño. Nunca le
había gustado que la ignorasen, y odiaba que aquel hombre en cuestión fuera el

primero en años que le devolviera el silencio por respuesta. Con la luz del
candil iluminó otra parte de la celda para intentar averiguar qué era lo que
estaba

ocurriendo allí. Sin embargo, no vio nada interesante y se centró de nuevo en
la figura inerte de Ray.

Con manos temblorosas, iluminó el suelo que rodeaba al encarcelado y no
pudo evitar una expresión de sorpresa:

—¡Qué demonios!

Alrededor del cuerpo de Ray había un pequeño charco de sangre, que se
hacía

más grande a medida que pasaban los minutos. De la sorpresa pasó a la ira y,
enfadada por no ver morir a aquel hombre como realmente deseaba, corrió
hacia

el lugar donde estaban colgadas las llaves de las celdas.

—¿Cuál será? —preguntó en voz baja intentado averiguar la llave de la
primera celda.

Finalmente, descubrió que cada una llevaba impreso el número de la celda,
por lo que agarró esa llave y fue corriendo hacia los barrotes. Estuvo a punto

de caer cuando las faldas del vestido se le enredaron en las piernas, pero el deseo que saber qué había ocurrido con el preso la hizo incorporarse aprisa y abrir, sin tener en cuenta el ruido que pudiera hacer, la puerta de la celda.

Con pasos inseguros, Morgan se acercó al cuerpo de Ray. Ahora vio la sangre de cerca y comprobó que el muy insensato se había hecho un corte en el costado,

ya que la mancha de su camisa indicaba que la sangre manaba de esa zona de su

cuerpo. A un lado vio tirada una daga con restos de sangre aún sin secar, por lo

que dedujo que el corte hacía relativamente poco tiempo que se había hecho.

Supuso que nadie había revisado en los ropajes del joven cuando lo llevaron a la celda, por lo que se juró a sí misma que no pararía hasta encontrar al insensato que lo había llevado hasta allí sin quitarle todas las armas.

—Maldito seas —dijo en voz baja la joven dirigiéndose a Ray.

No sabía qué hacer. Dudaba sobre si debía subir a dar la voz de alarma para que intentaran hacer lo que fuera posible para salvarle la vida a aquel hombre y

pudiera, finalmente, confesar su crimen o dejarlo ahí tirado en el suelo para que su padre lo encontrara al día siguiente cuando fueran a por él para llevarlo a la horca.

Una gota de sudor frío le recorrió la base del cuello hasta bajar lentamente por

su espalda para perderse entre la tela del vestido, cuyas costuras le parecía que habían encogido drásticamente, pues le costaba respirar debido al nerviosismo que sentía en ese momento.

Morgan se agachó hasta quedar a pocos centímetros de la cara de Ray. Lo miró profundamente y le dijo:

—¿Por qué mataste a mi madre? —preguntó con lágrimas en los ojos—.
¿Qué

te había hecho para matarla tan salvajemente aquel día?

La joven apretó los puños con fuerza. Se levantó de golpe y dijo, aun a sabiendas de que nadie le contestaría:

—Esto no va a quedar así. No voy a permitir que te vayas de este mundo sin haberme respondido antes a unas cuantas preguntas, malnacido.

Morgan volvió a agarrar el candil para marcharse a pedir ayuda al primero con el que se cruzara en el castillo. Sabía que se enfrentaría a la ira de su padre, y seguramente la castigaría durante largo tiempo después de aquello. Sin embargo, el deseo por conocer la verdad de aquello que le había agriado el carácter podía más que cualquier reprimenda que pudiera caerle por parte de su

padre.

La joven dio un paso atrás sin quitarle la mirada al cuerpo de Ray y no pudo evitar pensar, durante un segundo, que incluso moribundo estaba terriblemente atractivo.

Se maldijo a sí misma por tener tales pensamientos sobre esa persona y comenzó a hacer el movimiento para darse la vuelta y marcharse de la celda. Sin

embargo, no logró dar ni dos pasos hacia adelante cuando una mano fuerte, poderosa y rabiosa frenó su marcha y tiró de ella para hundirla con él en las tinieblas de la mazmorra.



CAPÍTULO 3

El grito que salió de la boca de Morgan fue ahogado por la mano de Ray, que apretó con tanta fuerza que, por un momento creyó que le rompería la mandíbula. La joven comenzó a temblar de miedo y rabia por haber caído en la

trampa del escocés y haberse dejado llevar por los sentimientos de venganza antes que por la cabeza. Se maldijo por no haber salido corriendo en busca de ayuda antes de haber decidido entrar en la celda sin ningún tipo de protección.

Recordó con enfado la daga que siempre llevaba encima cuando salía del castillo, pero esa noche había preferido dejarla en su dormitorio y no llevarla durante la cena de honor a Ray.

La poca iluminación que le había brindado el candil minutos atrás ahora dibujaba sus sombras sobre la pared contraria y la joven podía ver su silueta pegada a la de Ray. Solo en ese momento fue consciente de la proximidad del cuerpo de su enemigo, y sintió contra su espalda las contracciones de los músculos del poderoso pecho del señor de Kirklog. Notó la dureza de su piel

y

un ligero olor a almizcle que penetraba por sus fosas nasales y aturdió sus sentidos.

—Mantenga la boca cerrada si quiere salir de aquí con vida. —La voz ronca de Ray tan cerca de su oído, además de la mano derecha de este que cruzaba su

vientre para mantenerla sujeta contra él provocaron una maraña de sentimientos

contradictorios en Morgan.

La joven nunca había estado tan unida al cuerpo de un hombre como esa noche. Los ingleses con los que había hablado hasta entonces habían mantenido

las distancias y nunca se habían propasado. Sin embargo, aquel rudo escocés que

estaba acusado del asesinato de su madre se permitía, sin su consentimiento, pasar las manos por su cuerpo, aunque solo fuera un intento por acabar con sus

patadas y sofocar sus gritos.

—Créame, no me importaría hacerle pagar por acusarme falsamente de asesinato, mi lady.

Morgan, consciente de su inferioridad, dejó de forcejear para intentar que las manos de Ray dejaran su cuerpo en paz. En ese momento, el joven la obligó a girar la cara para mirarlo y vio de cerca la negrura de sus ojos y la cólera que lo recorría. Morgan se perdió durante unos segundos en aquella mirada que podía

ser aterradora, pero que a ella le inspiraba una mezcla de ternura y rabia por saberse prisionera en sus manos.

Un intenso temblor comenzó a recorrerla. Deseaba saber qué haría después el señor de Kirklog. Supuso que querría salir de ese castillo cuanto antes, pero no

estaba segura de cuáles serían sus condiciones.

—Aunque ahora huyas, te encontraré de nuevo —escupió la joven

imprimiendo en sus palabras todo el veneno que pudo reunir cuando consiguió

apartar unos milímetros la mano de su captor.

Ray esbozó una pequeña sonrisa de lado y achicó los ojos sin quitarle ni un segundo la mirada, lo cual le dio un aspecto demasiado atractivo a su rostro.

—¿Quién ha dicho que tú te vas a quedar aquí?

Morgan abrió los ojos aterrada. Ahora sí que comenzó a sentir miedo de verdad al saber que no solo la había utilizado para que abriera la puerta de la celda, sino que sus intenciones eran muy diferentes.

La joven comenzó a resistirse de nuevo en los brazos de Ray, por lo que la mano de este regresó a la boca de Morgan para impedir que pidiera ayuda y todo

el castillo se presentara en las mazmorras antes de que él hubiera abandonado las tierras de los Beckett.

Con una fuerza que llamó la atención de Morgan, Ray la elevó unos

centímetros del suelo y la arrastró hacia el pasillo de la mazmorra. Sin embargo, justo cuando atravesaban los barrotes, Morgan recordó la herida del costado de

Ray que él mismo se había infringido, por lo que llevó su mano hacia la herida y

presionó con toda la fuerza que pudo reunir.

—¡Ah! Maldita sea —se quejó al tiempo que aflojaba la presión sobre el cuerpo de la joven y esta pudo apartarse para intentar huir.

No obstante, Ray se recuperó pronto de la artimaña de Morgan y tiró de su brazo para atraerla de nuevo hacia él.

—Mi lady —dijo con un deje irónico en la voz—, no sea mala.

Ray, a sabiendas de la estricta educación que recibían las mujeres como Morgan, apretó su cuerpo contra el de la joven para intentar infringir más miedo

del que realmente deseaba. Cuando esta abrió desmesuradamente los ojos e intentó apartarlo con todas sus fuerzas, Ray esbozó una sonrisa de lado y le dijo:

—Mi lady, no olvide que ha sido usted la que ha venido a buscarme de madrugada...

Y del interior de sus ropajes sacó la daga con la que sabiamente había logrado

hacerse la brecha para llamar su atención. Se la enseñó a Morgan y, apuntándola

con ella, le dijo:

—Ahora, mi lady, va a ser buena y me va a enseñar el pasadizo que lleva al

bosque para salir de este castillo sin ser visto por los guardias que custodian el patio.

—Ni lo sueñe, señor de Kirklog —contestó con ironía intentando mostrar una

valentía que se escapaba de sus manos por momentos.

Ray volvió a sonreír, esta vez mostrando una dentadura totalmente blanca y alineada.

—Una inglesa con valentía... —Y asintió al tiempo que recorría con la mirada descaradamente su cuerpo—. Me gusta.

Tiró de Morgan hacia él y le tapó de nuevo la boca. Después le señaló con la punta de la daga el pasillo.

—¿Por dónde debemos ir, mi lady? —Agitó la daga ante sus ojos—. No olvide escoger el camino correcto.

Empujó suavemente a Morgan por el pasillo y esta obedeció a sabiendas de que no podría hacer nada por pedir auxilio en ese momento sin ser agredida por

aquel escocés.

—Seguro que conoce dónde están los guardias, así que si quiere seguir tomando el té con su prima, intente rodearlos.

Morgan apenas era consciente de hacia dónde lo dirigía. Sabía que había un pasadizo, cuya puerta estaba escondida entre las piedras del castillo, que llevaba a la espesura del bosque. Su madre le contó una vez que había sido construido al

mismo tiempo que el castillo para guiar a los que vivieran dentro de él a través

del bosque sin ningún contratiempo, sin embargo, el nerviosismo que le producía

la sensual voz de Ray contra su oído provocaba que su piel se erizara por momentos, aunque su razón quiso obligarla a creer que la culpa de aquello la tenía el frío de las mazmorras, que penetraba por los pliegues de la ropa.

Al mismo tiempo que le indicó por dónde debía ir, el sonido de la respiración jadeante de Ray llegó a sus oídos y un escalofrío recorrió su cuerpo. Tan intenso lo sintió que incluso Ray fue consciente de ello.

—Debió ponerse más ropa, mi lady. —La sonrisa de Ray se hizo más grande y con la punta de la daga recorrió la piel de su cuello casi sin tocarla, provocándole a la joven otro estremecimiento—. Uno nunca sabe cuándo va a salir apresurado de su casa.

—¡Váyase al infierno! —contestó entre dientes.

—De ahí es precisamente de donde estoy huyendo ahora mismo gracias a usted.

Cuando estaban a tan solo un metro de la puerta disimulada en la pared que llevaba al pasadizo, un estruendo pudo escucharse en el piso de arriba, ya que la joven había dejado la puerta entreabierta para intentar escuchar los posibles sonidos provenientes de ahí y salir airosa si la descubrían visitando al preso.

Al instante, Ray volvió a tapar la boca de Morgan con fuerza, y haciendo uso de la hoja de la daga la obligó a guardar silencio hasta que todo volvió de nuevo a la normalidad.

—¿Tan tarde os retiráis a dormir en este castillo? ¿Qué pasa, que vuestros hombres no desean estar con sus mujeres en la cama? —preguntó irónicamente.

—Eso a usted no le importa.

—Bueno, si todas son tan... amables como usted, no me extraña.

Morgan escuchó un resoplido burlón e intentó de nuevo desasirse de los brazos de Ray.

—Es usted un grosero. No sabe cómo tratar a una dama.

—¿La dama es usted? —preguntó burlonamente—. No quisiera imaginarme cómo son las inglesas que no han tenido la suerte de crecer entre algodones...

—¿Siempre es así con las mujeres?

Ray tardó un segundo en contestar y después, con una atractiva sonrisa, dijo:

—No, a mí me gusta llevarlas a mi lecho directamente. Le aseguro que es la primera mujer con la que mantengo una conversación de más de cinco minutos.

Le concedo ese privilegio.

Morgan abrió la boca para contestar, pero Ray señaló con la daga hacia la pared, impidiendo así continuar con esa conversación.

—Y ahora, no me haga perder más tiempo, mi lady...

Enfadada por haber sido descubierta en su empuje por ralentizar su huida y

desear que alguien bajara a las mazmorras para comprobar el estado del preso, Morgan se deshizo del amarre de sus brazos y se dirigió hacia una piedra que había en la pared y que servía de llave para abrir el pasadizo. La empujó con suavidad y, a los pocos segundos, se abrió una puerta a solo un par de metros de

donde ellos se encontraban.

Morgan miró hacia las escaleras en un último intento por llamar

silenciosamente a sus familiares. Sin embargo, la fuerte mano de Ray agarró su

brazo y tiró suavemente de ella hacia el pasadizo, impidiendo que pudiera dar la

voz de alarma en el último momento.

Cuando anduvieron unos pasos hacia adelante, Ray miró hacia atrás y

comprobó que la puerta seguía abierta, por lo que acorraló a Morgan contra la fría y húmeda pared de piedra y le dijo:

—¿Cómo se cierra la puerta? —exigió saber.

Morgan miró hacia la susodicha y tragó saliva ruidosamente.

—No se puede cerrar —dijo con apenas un hilo de voz.

Ray levantó una ceja y ladeó la cabeza para observarla con detenimiento.

—¿Me está mintiendo, mi lady?

Chasqueó la lengua en señal de desaprobación y acercó su rostro al de Morgan hasta que estuvo a solo unos pocos centímetros de su boca.

—Si no me lo dice por las buenas, tendré que sonsacárselo por las malas...

El aliento de Ray penetró por boca, ya que la tenía entreabierta por la sorpresa

de volver a tenerlo tan cerca, y para colmo a solo unos centímetros de ella.

—Yo... eh... —tartamudeó sin entender el intenso calor que le recorría desde el pecho hasta el bajo vientre.

—Se acaba el tiempo, mi lady.

Morgan cerró los ojos. No quería ver el rostro de Ray tan cerca del suyo, ya que el nerviosismo que le provocaba no le resultaba grato. Prefería mantenerse fría y calculadora como en los últimos años y no mostrar ni un ápice de

sentimiento hacia cualquier situación, especialmente hacia una tan deshonrosa como aquella.

—Es esa piedra —contestó señalando un guijarro mojado por la humedad del ambiente que estaba justo detrás de Ray.

—Buena chica —contestó él.

Cuando la puerta por fin se hubo cerrado, Morgan no pudo evitar quedarse petrificada mirando hacia esta con la vana esperanza de que se abriera y detrás

de ella apareciera su padre junto a todos sus hombres. Sin embargo, lo único que

consiguió fue un pequeño empujoncito de Ray, que se impacientaba al ver que el

tiempo corría en su contra y no avanzaban nada.

El silencio fue la única compañía que ambos tuvieron durante casi todo el recorrido por el pasadizo. Ray había conseguido encender una de las muchas antorchas que podían encontrarse por el pasadizo y la débil luz consiguió que pudieran marchar con más rapidez y no tropezarse con los guijarros que estaban

sueltos.

Cada uno caminaba con los pensamientos en cosas diferentes. Morgan echaba

un vistazo cada poco tiempo hacia atrás, pero la esperanza que guardaba en su corazón se estaba desvaneciendo por momentos. Por otro lado, Ray estaba

preocupado por su amigo Archie. Deseaba que siguiera esperándolo en la espesura del bosque. Seguro que a esas alturas debía suponer que algo malo le había ocurrido entre aquellas paredes.

—Por cierto, mi lady, ya que va a pasar un tiempo en mi castillo, me gustaría conocer su nombre. Anoche no nos presentaron.

—No le importa mi nombre. Y no se preocupe, que mi tiempo en su castillo será limitado. Si es que llego a pisarlo...

Ray sonrió de lado, pero no se giró para contestarle. Aumentó la velocidad de sus pasos, tirando aún más del brazo de Morgan, que, debido a la cantidad de tela de la falda de su vestido, trastabilló con una piedra y terminó dando con sus rodillas en el frío y escurridizo suelo del pasadizo.

—¡Maldito sea! —gritó después de quejarse debido al dolor que le produjo la caída.

—No deja de sorprenderme, mi lady. Habla como un hombre.

Morgan no hizo caso alguno a sus palabras, aunque, con mucho disimulo, agarró la misma piedra con la que había tropezado y la guardó en uno de los bolsillos que había entre los pliegues de su falda.

Sonrió victoriosa al ser consciente de que Ray no se había dado cuenta de su nueva treta para escapar. Ni siquiera le dio las gracias al joven cuando la ayudó a levantarse y reanudar la marcha. No quería hacer nada que le hiciera sospechar

que estaba tramando algo contra él. Aceleró el paso hasta ponerse casi a la altura del joven. Durante unos segundos, lo miró de reojo y comprobó que estaba demasiado metido en sus pensamientos y a ella no le hacía caso. Por

eso, decidió

ser, o al menos intentarlo, algo más amable con él para despistarlo.

—Morgan —dijo en voz baja, aunque lo suficientemente alto para que él lo oyera—. Me llamo Morgan Beckett.

Ray giró la cara brevemente para mirarla. En su rostro podía leerse la sorpresa

y estupefacción por haberle revelado su nombre cuando menos lo esperaba.

Morgan vio que el joven frunció el ceño intentando encontrar las palabras exactas para poder contestarle. Finalmente, le dijo:

—Tiene usted un nombre muy bonito, lady Morgan.

Enseguida se maldijo por haberle dicho esas palabras, ya que un hombre no debía fijarse en lo bonito o feo de un nombre, sino que tenía que preocuparse de

luchar. Le pareció haber escuchado esas palabras de la boca de su padre, pero nunca llegó a entender por qué un hombre no podía fijarse en pequeños detalles.

Morgan lo observó una vez más y cuando comprobó que no sospecharía de ningún movimiento de ella, agarró con fuerza la piedra y la sacó de su bolsillo.

Su corazón latía como nunca lo había hecho, le sudaban las manos y volvió a sentir un escalofrío recorriendo su espalda, esta vez de un pánico extremo por estar dispuesta a hacer lo que había pasado por su mente.

Con fuerza, Morgan elevó el brazo y dirigió la piedra hacia la cabeza de Ray, que estaba más pendiente del poco camino que les quedaba por recorrer que de

la joven supuestamente indefensa a la que arrastraba por aquel pasadizo.

Morgan hizo un gesto de arrepentimiento cuando escuchó el sonido de la piedra al chocar con la cabeza de Ray. Este cayó al suelo, inerte, y con una brecha de considerable tamaño de la que salía un hilo de sangre que horrorizó a

Morgan.

—Lo siento —susurró la joven mirándose las manos sin llegar a creer lo que había hecho.

Creyéndolo muerto, se apoyó durante unos instantes en la fría pared y respiró hondo para armarse de un valor que la había abandonado desde que entró en la celda de Ray.

Con cuidado de no pisarlo, se agachó para coger la antorcha que hasta hacía unos segundos había estado en manos de Ray, y, tras echarle un último vistazo al

cuerpo de su secuestrador, recorrió los pocos metros que la separaban de la salida al bosque. La joven prefirió seguir por ese camino en lugar de regresar por el pasadizo, ya que temía que la puerta del mismo no se abriera cuando apretara

de nuevo la piedra.

La soledad y la negrura de la noche la recibieron. Un viento fresco y erizante penetró por la escasa ropa que llevaba. Sin lugar a dudas, aquel vestido no era el más apropiado para llevarlo en una noche como aquella fuera del calor de las chimeneas del castillo.

—¿Y ahora por dónde es? —se preguntó a sí misma.

Cuando era pequeña, su madre le había hablado de aquel pasadizo y le había mostrado lo que debía hacer para entrar en él, pero jamás le había contado

cómo

debía regresar al castillo o qué camino tomar cuando apareciera, como aquella noche, en medio del bosque.

Tras mirar hacia su izquierda y derecha, se decidió por ir hacia la izquierda.

Pensó que aquel sería el mejor camino para regresar al calor del hogar y avisar a su padre del percance sufrido a manos de Ray. A cada paso que daba, la llama de

la antorcha ondeaba cada vez, amenazando con apagarse en cualquier momento

y dejarla sola y sin ayuda en un lugar desconocido.

Sin saber hacia dónde se dirigía, la joven anduvo lo que le pareció una eternidad, pero en ningún momento logró vislumbrar un camino que la ayudara a

ubicarse. Tras varios minutos esperando de pie a encontrar una solución, bajó la

antorcha derrotada. Se encontraba totalmente perdida y no sabía hacia dónde dirigir sus pasos cuando, de repente, se dio cuenta de que a su izquierda se encontraba la misma abertura por la que había salido hacía una eternidad.

—No puede ser. —Lanzó un quejido de rabia cuando fue consciente de que había caminado en círculos y había regresado al lugar de partida.

Resopló con fuerza, enfadada por no verse capaz de regresar a casa por sí misma. Nunca le había gustado decepcionarse, pero en ese momento no pudo sino darse por vencida. Caminó hacia una piedra que había a unos metros de ella

y se dejó caer sobre ella intentando aguantar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. No quería mostrar debilidad ni siquiera cuando estaba sola. Sin

embargo, sentía miedo al creer que algún animal del bosque pudiera atacarla durante la noche.

No obstante, en ningún momento imaginó que ese lobo estaba a tan solo unos pasos por detrás de ella y la observaba con los ojos envueltos en rabia.

—¿Está perdida, lady Morgan? —preguntó una voz dura y encolerizada tan cerca de su oído que no pudo evitar un respingo y levantarse de la piedra como si fuera movida por un resorte.

Morgan giró la cabeza asustada y dio un paso hacia atrás. Sin embargo, el pánico que sintió en ese momento le impidió correr a través del bosque, que era

el pensamiento que había cruzado por su mente, aunque sus músculos no eran capaces de llevar a cabo la acción.

Horrorizada, comprobó a través del rayo de luna que atravesaba los árboles el rostro sangriento de Ray, de cuya herida, que ella misma le había infringido en el pasadizo, seguía manando un hilo de sangre.

El escocés dio un paso lento hacia ella, sabedor de que la joven no sería capaz

de volver a su casa ni de orientarse por los caminos. La miraba como un lobo observa a su presa antes de devorarla, y ella lo sabía. Morgan no podía creer lo

que veían sus ojos. Estaba segura de haberle dado con tanta fuerza en la cabeza

que debería estar muerto en el pasadizo, no allí en medio del bosque a punto de

matarla. La joven estaba segura de que esa vez no escaparía de él como lo había

hecho dos años atrás en el valle, e intentó quemar el único cartucho que le quedaba.

—Si me hace algo, mi padre irá a por usted. —Intentó aparentar calma, aunque el ligero tartamudeo la delató.

Ray esbozó una sonrisa de lado, que lo único que provocó fue que Morgan tragara saliva con más fuerza. Y dio un nuevo paso hacia la joven. El silencio fue su única respuesta, y aquello estaba matando de nerviosismo a Morgan.

—Soy Lady Morgan Beckett, descendiente de los primeros moradores de Killrock —gritaba al tiempo que caminaba hacia atrás—. Por mis venas corre sangre escocesa, como la suya, y no crea que le tengo miedo.

Tras acabar, con el aliento aún contenido, apretó los puños con fuerza intentando demostrar la fortaleza de la que tanto había presumido durante los últimos años. Sin embargo, la risa que se escapó de la garganta de Ray derrumbó

los muros que había construido con tanto ahínco.

—Haré lo que sea para acabar con usted, señor de Kirklog —dijo con ironía.

—¿En serio? —Su voz ronca provocó en Morgan un escalofrío—. Déjeme comprobarlo.

Ray acertó la distancia que los separaba e intentó agarrar su brazo, sin embargo, la joven lanzó su puño derecho sobre el mentón de Ray y, antes de comprobar su reacción, corrió en dirección contraria. La joven no estaba dispuesta a quedarse allí para comprobar si le había hecho alguna herida en la cara.

Las faldas de su vestido se le enredaban en las piernas, haciéndola trastabillar, por lo que las agarró con fuerza y se subió la tela hasta las rodillas. A su espalda escuchaba los pasos apresurados de Ray, que corría tras ella. Una sonrisa cruzó

el rostro de Morgan, que siempre había presumido de ser una de las mujeres más

veloces de su familia, tal vez debido a las incontables veces en las que, siendo

pequeña, debía huir de sus primos.

Durante un segundo, echó la vista atrás para ver si aún la seguía Ray, ya que había dejado de oír sus pasos, pero al instante, un cuerpo demasiado pesado para

ella apareció detrás de un árbol y la empujó contra el suelo.

—¡Desgraciado! —gritó cuando sintió como una piedra se clavaba duramente en su costado.

—Qué lengua tiene usted, lady Morgan.

La joven levantó la mirada y lo vio allí, justo encima de su cuerpo y apretándola contra el frío y duro suelo.

—Así no se trata a una dama —gritó.

—Tiene razón —dijo muy serio—, pero usted no me ha demostrado serlo...

Levantó las manos de la joven por encima de su cabeza y las apretó contra el suelo, impidiendo así la libertad de movimientos de Morgan, que luchaba con las

renovadas fuerzas que la rabia por verse atrapada le había dado.

—¡Suélteme!

La joven intentó darle un mordisco en el brazo, pero se vio atrapada por la masa de músculos que poblaba el impresionante cuerpo de Ray. El joven se

había dejado caer sobre ella para que de una vez por todas dejara de patear e

intentar mordisquearlo.

Morgan abrió desmesuradamente los ojos, aunque durante un momento dudó

sobre si lo hacía por la postura poco decorosa a la que estaba siendo sometida o por haber sentido sobre su vientre cierta parte de la anatomía de Ray que se estaba endureciendo por momentos.

—Ni se le ocurra tocarme un pelo o...

—¿O qué, lady Morgan? —le cortó Ray—. ¿Me va a colgar de una soga en el patio del castillo? Ya pensaba hacerlo antes de esto...

Ray bajó la mirada desde los ojos de Morgan hasta el escote demasiado pronunciado del vestido de la joven, que no sabía qué hacer para intentar tapar la carne de sus pechos, que pugnaba por salirse de entre las telas. Ahora se maldecía a sí misma por no haber hecho caso de su padre y haberse puesto otro

vestido menos llamativo para la cena de aquella noche.

—Además —continuó Ray—, déjeme decirle que no es mi tipo... Apenas tiene carne con la que llenar ese vestido.

—Será... —La joven no encontraba palabras para insultarlo, por lo que se mantuvo callada.

Ray se incorporó, llevando con él las manos de Morgan y tirando con fuerza para levantarla del suelo.

—Ahora espero que se mantenga callada y se porte bien, lady Morgan, o me veré obligado a amordazarla.

Y antes de esperar una contestación por su parte, que estaba seguro de que llegaría, dirigió sus manos hacia la cintura de la joven para comenzar a quitarle el delicado cinturón que apretaba la tela contra su cuerpo. Morgan, pensando que

sus intenciones eran otras, intentó apartarlo de un manotazo, pero la mirada aterradora que le dirigió Ray la hizo callar al instante. A los pocos segundos, supo qué pretendía hacer el joven con su cinturón.

—Dese la vuelta —le ordenó.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó intentando ganar tiempo.

Tras un soplido de enfado, Ray, en silencio, agarró su mano y la empujó para darle la vuelta. La joven se sobresaltó cuando sintió las manos de Ray apretando

las suyas para después pasarle a través de ellas la cuerda que hasta hacía unos minutos había decorado la cintura de su vestido.

—Así le resultará más difícil intentar asesinarme con una piedra —dijo Ray a un centímetro de su oído.

La joven cerró los ojos cuando un nuevo escalofrío la recorrió, pero los abrió de golpe cuando su secuestrador apretó con demasiada fuerza la cuerda alrededor de sus muñecas.

—Me hace daño —se quejó.

—Y a mí me duele la cabeza —contestó con sequedad—. Andando...

Ray la agarró del brazo y tiró de ella hacia la espesura del bosque, desvaneciendo así la única esperanza de huida que había mantenido la joven desde que salió del pasadizo.

Morgan caminaba tan deprisa como su vestido le dejaba y, a pesar de

trastabillar en más de una ocasión, la fuerza que ejercían las cuerdas contra sus muñecas la hacían seguir adelante, aunque no pudo evitar echar una última mirada hacia el pasadizo con la vana esperanza de que su padre saliera a través

de él para buscarla. La joven estaba segura de que aquella sería la última vez que estaría tan cerca de la que había sido su casa los últimos años. Sin embargo, el

destino tenía preparado algo muy diferente a lo que ella e incluso Ray esperaban...



CAPÍTULO 4

A pesar de que solo habían andado durante media hora, los incómodos

zapatos de Morgan no estaban hechos para caminar por el bosque, a la joven le

parecía que llevaban media noche dando vueltas en la misma dirección. Le dolían los pies, tenía hambre, pues no había cenado nada durante la recepción en

el castillo, y tenía tanto sueño que por momentos pensaba que caería al suelo dormida. Además, la temperatura bajaba tanto por momentos que no podía dejar

de tiritar.

—¿A dónde vamos? —preguntó la joven intentado descubrir cuánto quedaba hasta llegar a un lugar donde guarecerse de la fría niebla que los rodeaba.

Ray la miró muy serio y descubrió los incontrollables espasmos que tenía Morgan debido al frío de la noche. Ella lo miró durante unos segundos, pero no

pudo aguantar la intensa mirada que le dedicaba, pues no quería mostrar la debilidad que sentía en el cuerpo.

Tras un largo suspiro, Ray se quitó la tela del tartán que le cruzaba el hombro y casi con mimo rodeó los hombros de Morgan para ponérsela encima. La joven

levantó sorprendida la mirada y se cruzó con los ojos negros de Ray a tan solo

unos centímetros de los suyos, y no pudo evitar perderse en aquel abismo oscuro

que guardaba tantos y tantos secretos. Sin pensar, Morgan llevó sus ojos a los gruesos labios de Ray, que parecían llamar su atención una y otra vez.

Morgan jamás había estado tan cerca de unos labios como aquella noche y se preguntó, olvidando de quién se trataba, cómo sería probar la dulzura y candor

de esa boca entreabierta.

Parecía que el tiempo se había detenido para ambos. Ninguno sentía el frío de

la noche. La temperatura de ambos había subido por momentos, y en la mente de

los dos cruzaban pensamientos que ni uno ni otro deseaban tener. Finalmente, Morgan apartó la mirada y la dirigió hacia el suelo, arrepentida y avergonzada

por su comportamiento hacia el que había asesinado a su madre y ahora la secuestraba.

Sentía su corazón a través de la tela del vestido. Latía como nunca lo había hecho. No tenía miedo a pesar de su situación, apenas sentía nada que no fueran

aquellas irresistibles ganas de besarlo como si fuera su último día sobre la tierra.

No obstante, la mente de la joven le decía una y otra vez que aquello no era más

que el fruto del miedo por haber sido secuestrada y no por aquello que había escuchado continuamente en las fiestas a las que había asistido con amigas ya casadas: el deseo. Morgan siempre había pensado que aquello no era más que un

parche que sus amigas inventaban para tapar lo infelices que eran en sus matrimonios. Sin embargo, si el deseo no existía, ¿qué era eso que había sentido

hacía unos segundos y que ahora la reconcomía por dentro sin parar? Si no era

deseo, ¿de qué se trataba?

—Será mejor que nos vayamos —dijo Ray visiblemente incómodo.

Morgan, al escuchar sus palabras, parpadeó repetidamente para volver a la realidad. Se había sumido en una especie de trance en el que le era imposible salir de la negrura de los ojos de su secuestrador. Se maldijo a sí misma por

aquel comportamiento. Se había jurado hacía años que no se fijaría jamás en un

hombre, ya que no deseaba acabar como sus amigas, amargada en un

matrimonio de conveniencia en el que habían dejado de ser ellas mismas. Y para

colmo, ella había puesto sus ojos durante unos instantes en el asesino de su madre.

Resopló enfadada y volvió a caminar un par de pasos por detrás de Ray, aunque este, teniendo en cuenta que no se fiaba de ella, prefirió esperarla y caminar más despacio, pues sabía que la joven no estaba acostumbrada a andar

en la espesura del bosque de madrugada.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó, aunque se arrepintió al instante cuando vio que en los labios de Ray se formaba una sonrisa pícaro.

El señor de Kirklog pensó durante unos segundos la respuesta y, finalmente, viendo la desesperación de Morgan, contestó:

—Buscar justicia.

Morgan se detuvo de golpe y lo miró fijamente. Su corazón había comenzado a latir apresuradamente. No sabía cómo interpretar las palabras de Ray, aunque

después de haberlo señalado como asesino, podía hacerse una ligera idea de lo que pretendería él una vez llegaran a su castillo y Ray se amparara bajo su techo.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó casi tartamudeando.

—Usted me acusó falsamente de asesinato, mi lady. Pienso demostrar que no lo soy, y después le haré pagar por haber tachado mi nombre.

Ray la agarró fuertemente del brazo. Su expresión había cambiado radicalmente a una de enfado. Ya no quedaba nada de la sonrisa pícaro de hacía

unos segundos. Ahora se encontraba con un hombre que sabía lo que hacía, serio, justo y vengativo. En su mirada podía ver odio, un odio que solo había visto una vez en su vida: el día que asesinaron a su madre. Y reconoció, de nuevo, aquel rostro resentido al que había jurado vengarse cuando lo encontrara.

Sin embargo, la jugada se había vuelto en su contra y ahora su vida estaba a merced de él.

Tembló de miedo al pensar en un juicio. Por un lado, tenía la certeza de que su padre daría con ella antes de que la ajusticiaran, pero, por otro, se sentía tremendamente pequeña ante una persona tan segura de sí misma y con tanta sed

de sangre y venganza como Ray.

Morgan miró disimuladamente a su alrededor y vio que su escapatoria era la misma que cuando salió del pasadizo. Estaba totalmente perdida en el bosque sin

saber dónde se encontraba su hogar. Sin embargo, había memorizado el camino

que habían atravesado y estaba segura de volver para intentar regresar por el pasadizo.

Tragó saliva al tiempo que intentaba armarse del valor ya perdido y buscó entre su corpiño el aro que se había escapado de la tela. Dio gracias al tartán

que la cubría porque así tenía más libertad de movimiento sin que Ray fuera consciente de sus intenciones.

Cuando por fin lo encontró, lo agarró con fuerza y tiró de él. La punta del aro

le hizo un pequeño corte en la mano, pero se alegró de saber que sería suficiente para cortar la pequeña cuerda que ataba sus manos. Morgan frotó con disimulo

las manos. Se impacientó cuando descubrió que no sería tan fácil como pensaba,

pero cuando dirigió la mirada hacia sus manos, vio que había cortado más de la

mitad de la cuerda.

—Ya hemos llegado.

La voz de Ray la sobresaltó y la sacó de su ensimismamiento. Volvió la mirada hacia él y después hacia una cabaña que no había visto jamás a pesar de

haber recorrido los bosques junto a su padre.

Con disimulo, volvió a meter el aro entre la tela del corpiño para que Ray no viera lo que había conseguido.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —preguntó al tiempo que descubrió la existencia

de dos caballos al otro lado de la puerta de entrada.

Con el sobresalto no se había dado cuenta de que salía humo de la pequeña chimenea situada en el lado izquierdo la puerta de entrada. La cabaña estaba hecha en piedra y su techo estaba cubierto de paja. Una sola ventana decoraba la

fachada de la cabaña, y a través de ella pudieron ver la silueta desdibujada de

un hombre.

—Aquí nos espera un amigo —dijo Ray con seriedad.

—Entonces su amigo lo ayudará a partir de ahora, ¿no? Yo ya no le hago falta. —Morgan dio un paso hacia atrás, pero la mano fuerte de Ray la detuvo con una fuerza tremenda.

—Su espada nos protegerá de cualquiera que ose interponerse en nuestro camino, pero usted vendrá con nosotros, lady Morgan.

La joven apretó los dientes con fuerza y se resignó a caminar los pocos metros

que los separaban de la puerta de la cabaña.

—¡Archie! —dijo Ray con decisión.

Después se escuchó solamente el silencio hasta que, tras unos segundos de incertidumbre en los que Ray frunció el ceño, pudieron escuchar el sonido de una silla arrastrándose por el suelo de madera y unos pasos cansados

dirigiéndose hacia la puerta. Esta se abrió poco a poco hasta que un rostro enfadado y desconfiado apareció tras la puerta. Morgan lo observó durante unos

instantes y frunció el ceño cuando lo que vio no le gustó en absoluto. Se trataba de un hombre que vestía un kilt de diferente color al de Ray, aunque con la oscuridad del bosque no supo cuáles eran los colores que portaba. A pesar de que

ser bastante musculoso, no llegaba a superar a Ray en fortaleza, pero sí en años.

Estaba claro que Archie era unos diez años mayor que su secuestrador, ya que las arrugas que surcaban su rostro mostraban a una persona que había vivido demasiado. El fuego de la chimenea provocaba que el cabello del hombre pareciera que también formaba parte de esa llama, al igual que la

barba que poblaba gran parte de su rostro adusto.

Morgan recibió con alegría el calor que desprendía el interior de la cabaña, aunque esa sensación la abandonó cuando el hombre se adelantó un paso y dio

un fuerte puñetazo a Ray, que no lo vio venir y acabó tirado en el suelo.

Después, dirigió su mirada hacia la joven, que no sabía si temer por su vida o ver aquello como una macabra broma entre amigos. Miró hacia el cuerpo tendido de Ray, que sacudía la cabeza para despejarla del golpe recibido. Y después volvió a mirar a Archie, que dio un paso hacia ella, y después otro.

Sin mirar las consecuencias, Morgan tiró el tartán que la cubría y dio media vuelta. Corrió hacia el bosque sin mirar atrás por el mismo camino que los había

llevado hasta la cabaña. Escuchó tras ella unos pasos apresurados, pero no miró

hacia atrás. Ya era la segunda vez que debía huir corriendo esa misma noche, y

esta vez no quería acabar arrastrada por la hierba.

Cuando la espesura de la niebla se levantó de repente, Morgan se detuvo en seco horrorizada. Sintió un escalofrío de pánico y escuchó que los pasos que la

seguían también se detenían al instante. La joven dio un paso hacia un lado para

huir por otro lado, pero la voz seca de Ray le llegó por detrás.

—No se mueva —dijo muy despacio.

Morgan miró de reojo y vio que tanto Ray como Archie estaban a unos pasos

justo detrás de ella tan quietos que parecían estatuas. Después devolvió la vista hacia el lobo que estaba a unos pocos metros ante ella. Este mostraba unos colmillos que brillaban con la luz de la luna, además de una gran cantidad de babas que chorreaba por su hocico. La sed de sangre y comida era más que evidente en el rostro de ese animal que se había cruzado en su camino y esperaba

cualquier movimiento apresurado para atacarla.

—Si no se mueve, el lobo se irá a otra parte —dijo Ray con voz calmada.

—No me voy a quedar aquí para comprobarlo —contestó Morgan dando un paso hacia un lado.

El lobo, al ver su movimiento, aulló y le mostró sus fauces con más rabia aún si cabe.

—¡Quieta, Morgan! —insistió Ray tuteándola por primera vez.

La aludida lo miró de nuevo con lágrimas en los ojos.

—¡No pienso morir en sus manos, Logan! Prefiero mil veces a morir en las fauces de este lobo.

—¿Quién ha dicho que va a morir? —preguntó sin entender.

—Usted ha dicho que buscará justicia. Y sé que me matará por haberlo



acusado.

Ray abrió la boca para contestar, pero vio el movimiento del lobo hacia Morgan y, junto a Archie, sacó la daga del cinto y se dirigieron con rapidez hacia el animal. Cuando Morgan fue consciente del peligro del animal, dio un paso hacia atrás, pero no pudo levantar la tela de su vestido y cayó sobre la hierba.

Apenas fue consciente de la muerte del animal, ya que Archie y Ray acabaron con él antes de que se diera cuenta. Cuando estos se apartaron del lobo, Morgan

no pudo evitar dirigir la mirada hacia él, pero las náuseas que le produjeron la visión de la sangre la obligaron a mirar hacia otro lado.

La joven tiró con fuerza de la cuerda que aún ataba sus manos y terminó por romperla y liberarse. Sin embargo, la alegría por verse libre le duró poco, ya que las botas de Ray aparecieron ante sus ojos, obligándola a levantar la mirada hacia él.

—No voy a acabar con el cuello pendiendo de una soga —le dijo con rabia.

—¿Pero yo sí debía terminar así por vuestro capricho? —contestó Ray.

Morgan no tuvo palabras para contradecirlo, solo agachó la mirada y se resignó a su destino. Ray resopló y la ayudó a levantarse. Después, puso su mano sobre la barbilla de la joven para obligarla a mirarlo. El contacto de la mano caliente de Ray le produjo una extraña sensación dentro de su pecho, pero

intentó centrarse en lo que sus oídos estaban a punto de escuchar.

Ray sintió el mismo hormigueo entre sus dedos, como si el rayo de una fiera tormenta atravesara su brazo y todo su cuerpo, sin embargo, la miró a los ojos y

le dijo muy serio:

—Estará bajo mi protección hasta que descubra qué ocurrió con su madre, lady Morgan. Esa será mi forma de buscar justicia.

La joven lo miró sorprendida y sin palabras.

—Solo deseo limpiar mi nombre —continuó Ray.

La joven lo miró dudando y abrió la boca para decirle:

—¿Lo dice en serio?

—Yo nunca miento —sentenció el joven.

A pesar de la promesa que le había hecho Ray sobre descubrir lo que ocurrió con su madre, Morgan seguía desconfiando de los hombres que la custodiaban por el camino hacia el castillo de Kirklog. La joven cabalgaba en el mismo caballo que Ray, cuyos brazos le rodeaban la cintura para agarrar con fuerza las

riendas.

Hacía más de dos horas que habían dejado atrás la cabaña en medio del bosque y estaban cada vez más cerca del castillo. Por lo que había podido escuchar, justo a la hora del amanecer llegarían a Kirklog. Sin embargo, sus huesos pedían reposo y sus ojos clamaban desesperadamente por cerrarse y dormir, pero la joven no quería perder detalle alguno del viaje y quería guardar

en su memoria el camino que habían tomado para, de esta manera, regresar por

él en cuanto tuviera una oportunidad.

Morgan seguía pensando que el joven que cabalgaba detrás de ella era el verdadero asesino de su madre y solo quería ganar tiempo para idear un plan y

escapar de las garras del padre de la joven. No obstante, había algo en Ray que

hacía dudar a Morgan, algo que recordaba a la perfección y que había guardado

en un cajón de su memoria. Algo que no deseaba sacar de ahí porque su corazón

deseaba fervientemente enterrar el fantasma de su madre y la fatídica experiencia vivida aquel día en el que perdió su inocencia y bondad. Es por ello, por lo que

no deseaba dirigir su mirada hacia el cuello del joven, ya que esa marca en él ponía en tela de juicio a sus propios pensamientos y recuerdos.

Ray y Archie se habían sumido en un profundo silencio desde que habían salido del bosque. Morgan miró de reojo a Archie y descubrió que este también

la miraba en silencio y a escondidas. Sin embargo, su mirada no era fruto de la

curiosidad, sino más bien escondía un profundo odio hacia ella que la joven no

lograba determinar el porqué, aunque podía imaginar que los ingleses no eran muy bien recibidos por ciertos escoceses, una inglesa que para colmo había señalado como culpable de asesinato a sangre fría a su amigo.

La joven volvió su mirada hacia el frente, ya que los ojos de Archie la atravesaban y la hacían sentir incómoda. En ese momento, el graznido de un cuervo la sobresaltó y la puso en alerta. No obstante, la pesadez de su cuerpo,

debido a la cantidad de emociones vividas desde la llegada de la noche, hizo que

poco a poco se fuera relajando y soltando los músculos de su cuerpo para dejarse

caer, ya dormida, sobre el firme pecho de Ray, que la miró sorprendido por el contacto electrizante de la joven.

La cabeza de Morgan cayó sobre el hombro de Ray, que aprovechó para admirar las bellas facciones de la joven mientras dormía. Con el rostro relajado, era aún más bella de lo que había imaginado. En ese momento, no quedaba nada

de ese ceño fruncido que la acompañaba desde que la había conocido, ni ese mohín contrariado en los labios. Tan solo tenía ante él la imagen de lo más parecido a un ángel que había visto jamás.

—¿Me estás escuchando?

La voz de Archie penetró por sus oídos y al instante lo miró intentando recordar las últimas palabras dichas por su amigo. No obstante, había estado tan

metido en sus pensamientos y en ese rostro angelical que reposaba cerca de su cuello que no había oído absolutamente nada.

—¿Decías? —preguntó intentando aparentar normalidad.

Archie levantó una ceja y resopló enfadado.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—En nada.

—Ray, nos conocemos desde que éramos niños. No intentes engañarme... —

Lo miró directamente a los ojos—. Estabas pensando en esa *sassenach*. — Esa última palabra la dijo con tal desprecio que Ray no pudo evitar sentir

cierto rechazo hacia su amigo por primera vez en su vida.

—Solo intentaba adivinar el motivo por el que me señaló como asesino de su madre, nada más.

Ray se movió inquieto sobre el caballo, lo que provocó que el rostro de la joven quedara pegado a su cuello, haciéndole sentir un cosquilleo cada vez que

Morgan soltaba el aire de sus pulmones.

—He visto esa mirada antes sobre otras mujeres, amigo. No era una mirada de

incertidumbre, sino de curiosidad por ella.

—¿Has interrumpido mis pensamientos solo para decirme eso? —intentó cambiar de tema.

Archie sonrió de lado.

—Allá tú, amigo, pero no olvides que es inglesa. —Dejó unos segundos de silencio mientras intentaba retomar sus pensamientos hasta que, finalmente, dijo

—. Te preguntaba si es verdad eso de que vas a intentar averiguar lo que ocurrió

con su madre.



Ray tardó en contestar. La verdad es que lo había dicho casi sin cavilar, ya que solo había pensado en vengarse por esa acusación falsa, sin embargo, había

descubierto en aquella joven el ferviente deseo de encontrar al asesino, y vio en el fondo de su alma tal inocencia y amargura que no se lo pensó dos veces.

—Sí. Su padre me había condenado a morir en la horca mañana, así que lo único que puedo hacer es limpiar mi nombre. No voy a dejar que el apellido de

mi padre se manche de algo que es mentira.

—¿Y tienes alguna idea de por dónde empezar?

Ray inspiró hondo y lo miró directamente a los ojos.

—Esta joven me señaló como asesino desde el primer momento en que me vio... ¿Tú qué crees?

Archie se sorprendió de sus palabras y arrugó la expresión por la contrariedad que le habían producido sus palabras.

—Yo también creo lo mismo —dijo en voz baja—. Sabes que estoy contigo en esto a muerte, amigo.

Ray asintió y agradeció el gesto de su amigo con una sonrisa. Después miró al

cielo, que ya estaba despertando por el horizonte y deseó fervientemente que la

idea que rondaba por su mente fuera un error. No obstante, era una idea tan fuerte que estaba seguro de que era real, aunque le costara mucho asimilarlo...

Efectivamente, con la llegada del alba, Ray divisó por fin su adorado castillo, el lugar que lo había visto crecer y convertirse en señor de Kirklog. Atrás dejaban un intenso camino de huída hacia lo seguro para escapar de la muerte que lo acechaba en Killrock.

A medida que se iban aproximando al castillo, Ray sintió la necesidad de despertar a Morgan para que admirara la belleza del hogar en el que había crecido. La joven seguía apoyada cómodamente sobre su pecho y respiraba lentamente. Ray la observó durante un momento y volvió a admirar, ahora de día, ese rostro virginal. Con la luz del día le parecía aún más bella, pero volvió a sentir sobre su nuca la mirada reprobatoria de Archie y carraspeó incómodo para

recolocarse sobre el caballo, ya que Morgan había despertado en él ciertos pensamientos y cierta parte de su anatomía.

Con la vibración del pecho de Ray, Morgan despertó lentamente. Durante un momento pensó que estaba durmiendo cómodamente sobre su lecho, sin

embargo, la realidad la golpeó de lleno y la obligó a abrir los ojos de golpe. Un sentimiento de absoluta vergüenza la recorrió cuando se dio cuenta de que estaba

apoyada sobre el pecho de Ray, en una postura tan atrevida que hasta sus amigas

de Inglaterra la desterrarían del grupo en cuanto supieran de su desliz.

La joven se incorporó de golpe como movida por un resorte y miró hacia adelante. Sintió que sus mejillas ardían por la turbación y vergüenza al saber que había sucumbido al sueño en lugar de intentar aguantar estoicamente. Carraspeó

para intentar desviar las miradas de los jóvenes que la acompañaban hacia otro

lugar que no fuera ella. Y fue entonces cuando se fijó en el admirable castillo

que había ante ellos. Este se encontraba sobre un pequeño islote en medio de un

lago. Durante un segundo dudó sobre si se encontraba frente al castillo Eilean Donan. Sin embargo, no era así. Este era más pequeño, pero guardaba una belleza impresionante dentro de un paraje excepcional.

Para acceder al castillo desde la orilla del lago había un pequeño puente de piedra que atravesaron en tan solo unos segundos. El olor a tierra mojada penetró por la nariz de la joven, que solo pudo inspirar y expirar varias veces para llenarse de ese aire tan limpio. Sin saber por qué, en ese momento se acordó de

su viaje a Londres años atrás, donde un olor pestilente los había recibido y no los había abandonado hasta que decidieron regresar al norte de Inglaterra. Deseó que

su madre hubiera estado allí para admirar aquella belleza y ese olor, y fue ese recuerdo lo único que ensombreció su llegada a Kirklog, pues en ese momento ni

siquiera recordaba que iba acompañada de dos hombres que la habían secuestrado y podrían matarla en cualquier momento.

Ray observó el perfil del rostro de Morgan. No sabía por qué su corazón necesitaba una aprobación por su parte y, cuando vio la sorpresa que expresaba

su cara, se sintió agradecido y orgulloso de ser el dueño y señor de ese lugar tan precioso.

Tras pasaron la puerta de hierro en silencio y fueron recibidos por varios sirvientes del castillo. Dos de ellos se llevaron a las cuadras los caballos de ambos y una mujer los recibió con el cariño que suele tener una madre para sus

hijos, pero su vestimenta le confirmó a Morgan que se trataba de una mujer

del

servicio. Después del abrazo, la mujer miró primero a Morgan y después a Ray

con una interrogación en el rostro.

—Claire, le presento a lady Morgan. —La mujer hizo una reverencia al escuchar el estatus de la joven—. Es nuestra... invitada.

Claire la miró de arriba abajo. Incomodada por su mirada, Morgan miró de reojo su precioso vestido, aunque ya nada quedaba de lo que había sido la noche

anterior. No pudo evitar un gesto de sorpresa al ver que estaba manchado de barro y la tela rasgada en gran parte de la falda. La joven apretó los puños con

fuerza. Jamás se había mostrado con la vestimenta de aquella manera ante nadie,

ya que su madre siempre le había enseñado a estar perfecta para cada ocasión.

Ahora parecía más una fulana en lugar de la heredera de una gran fortuna en Inglaterra.

—Lady Morgan, si me acompaña, puedo prepararle una tina con agua y un vestido para asearse.

En ese momento, la joven olvidó por completo la vergüenza sentida al verse

de aquella guisa. Con una sonrisa en los labios, asintió y se aproximó a la sirvienta para ser llevada a uno de los aposentos.

—Si al señor le parece bien, le ofreceremos el dormitorio de su hermana —

dijo Claire.

Ray asintió conforme. Desde que su hermana se había casado aquella

habitación había estado vacía. Incluso aún conservaba muchos de los vestidos que solía usar antes de casarse, por lo que le pareció una idea perfecta.

El joven vio a ambas mujeres marcharse hacia el gran portón del castillo. A su

lado aún estaba Archie, que llamó su atención poniendo una mano sobre el hombro de su amigo.

—¿Qué pretendes, que viva en este castillo hasta que encuentres a quien ella desea? ¿Y su padre? ¿Crees que no vendrá a buscarla? Al amanecer se habrá dado cuenta de tu marcha y de la ausencia de su hija.

—Lo sé, amigo. Pero tengo la esperanza de solucionar todo esto antes de que vengan a por mí.

Archie apretó con fuerza el hombro de Ray.

—¿Y no crees que ella intentará escapar?

—Sí, pero te tengo a ti, amigo —dijo Ray sonriendo.

—¿A qué te refieres? —preguntó temiendo saber la respuesta.

—Quiero que seas su sombra, Archie. Que la vigiles, que estés en su puerta a



todas horas y que no la dejes salir a menos que yo lo ordene.

—¿Entonces está retenida?

Ray pensó la respuesta durante unos momentos.

—Sí, no quiero que intente nada extraño que entorpezca mis pesquisas.

—¿Y por qué no le encomiendas a otro que sea su criada? —preguntó alzando

el tono.

—Porque no confío en nadie tanto como en ti, amigo.

Ray dejó a Archie resoplando en el patio, aunque antes de entrar por el portón del castillo, lo miró y lo instó a subir a la alcoba de la que había sido su hermana y, durante unos días, sería lugar de cobijo de Morgan.

Morgan suspiró de placer cuando se metió en el agua caliente de la bañera.

Por fin había conseguido desprenderse de su sucio y roto vestido y podía asearse.

Sentía la piel demasiado reseca. Agradeció que la sirvienta le dejara junto a la tina un tarro con aceites de lavanda para suavizar la piel.

La chimenea desprendía un intenso calor que sirvió para que el agua tardara unos minutos más en enfriarse. Durante esos momentos, se dedicó a observar la

decoración de la alcoba. Lo que estaba más cerca de ella era la chimenea, que estaba rematada en piedra y de ella pendía un telar que mostraba una escena costumbrista.

El resto de las paredes también eran de piedra, lo cual le confería a la estancia una sensación de frío, pero contrastaba con la exquisitez de los muebles. Un gran tocador ocupaba gran parte de la pared, y sobre él aún reposaban muchos de los

útiles de belleza que seguramente usaría la hermana de Ray para atraer a los

hombres. Morgan sintió un dolor en el pecho al verlos, pues su madre siempre los había usado, pero ella jamás se había interesado por acicalarse tanto como ella o cualquiera de sus amigas.

Cinco candiles pendían de las paredes para dar luz cuando la noche se cernía sobre el mundo y otros dos telares más decoraban las frías paredes de piedra.

Lo que más llamó su atención fue la cama que presidía la estancia. Jamás había visto una cama tan grande para una sola persona. La cama que ella usaba

en Inglaterra era más pequeña que esa y no tenía ese precioso dosel de terciopelo



rojo que colgaba de las viguetas de madera. Sin poder dejar de mirar la cama, deseó tumbarse sobre ella y descansar. Sus doloridos huesos pedían a gritos un

descanso más que merecido después de toda una noche cabalgando, sin contar que el día anterior había cabalgado sin descanso junto a su padre para buscar al

asesino de su madre.

Morgan terminó de lavarse rápidamente. Necesitaba urgentemente reposar,

aunque solo fuera un par de horas. Por eso, tras quitarse todo el polvo del camino y volver a ver su piel limpia de suciedad, Morgan se levantó de la tina y

agarró un paño para secarse. Sin tan siquiera secarse el pelo al lado del fuego

de la chimenea, la joven retiró las sábanas y se tumbó completamente desnuda, lanzando un largo y sonoro suspiro tras sentir el colchón y las sábanas limpias bajo su cuerpo.

—Solo un rato... —dijo para sí.

Sabía que dentro de poco debía bajar para tomar el almuerzo, de hecho, su estómago rugía pidiendo ser alimentado, sin embargo, la joven se quedó dormida

antes de que sus músculos obedecieran las órdenes de su estómago. A pesar de

que su intención era quedarse en la cama descansando un rato, la joven estaba tan agotada que pasaron las horas y siguió durmiendo hasta bien entrada la noche.

Cuando Morgan por fin logró despertar del profundo y reparador sueño en el

que se había sumido desde la mañana anterior, fue consciente de que las horas habían pasado sin darse cuenta. Por un momento, pensó en lo descortés que había sido al no bajar a almorzar y cenar junto a Ray, pero supuso que si él deseaba compartir mesa con ella, la habría hecho llamar al instante.

Se encontraba recostada del lado izquierdo, como siempre le había gustado, pero sentía los músculos tan entumecidos en esa parte del cuerpo que se giró intentando encontrar una postura más cómoda. Justo en ese momento, sintió que

no se encontraba sola en el dormitorio. Su corazón comenzó a latir con fiereza

presa del pánico. Por un lado, deseaba saber quién se encontraba con ella en aquella estancia, pero, por otro, temía abrir los ojos para descubrirlo y ser violada o asesinada.

La joven tragó saliva y finalmente decidió que lo mejor sería abrir los ojos para descubrir la identidad de la persona que había osado entrar en la

habitación sin su permiso.

Tras girarse completamente, Morgan abrió los ojos y descubrió que Ray estaba sentado junto a ella observándola en silencio en la oscuridad de la noche.

La miraba con tanta intensidad que Morgan quiso durante unos instantes salir de

la cama y correr fuera del dormitorio en busca de ayuda. Sin embargo, la presencia del joven allí le causó más enfado que sorpresa, por lo que se incorporó de golpe en el cómodo colchón.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí?

La fiereza con la que la joven se había sentado en la cama había provocado que las sábanas se resbalaran por la suavidad de su piel, descubriendo la desnudez de su cuerpo. Morgan tardó unos segundos en darse cuenta de su situación, pero cuando agarró las sábanas para taparse ya era demasiado tarde y

Ray había podido contemplar los turgentes pechos que Morgan escondía a la vista de todos con sus vestidos.

La joven agradeció la oscuridad que le proporcionaba la noche, ya que así Ray no pudo ver el intenso rubor que había acudido a sus mejillas con ese despiste. No obstante, la mirada de Ray, que aún estaba posada sobre sus pechos

ya escondidos entre las sábanas, intensificó la vergüenza por haber descubierto por primera vez su cuerpo ante un hombre.

Morgan se alejó de él y su mirada lasciva llevando con ella parte de la ropa de

cama que la había abrigado durante gran parte de la noche.

—¿Hace falta que le repita la pregunta?

Morgan levantó el mentón, tal y como siempre hacía cuando su orgullo estaba

ligeramente herido y necesitaba mostrarse altiva ante cualquiera que quisiera humillarla.

Ray pareció reaccionar por fin. Dirigió su negra mirada hacia Morgan

intentando olvidar lo que sus ávidos ojos habían visto hacía solo unos segundos.

El joven carraspeó y se mojó los labios con la lengua, gesto que Morgan interpretó como lujurioso, aunque su mente la traicionó al desear sentir sobre ella la calidez de aquella lengua.

—Solo quería saber si se encontraba bien —mintió descaradamente con la garganta completamente seca aún por la impresión—. La esperé para cenar, pero

no bajó.

Morgan soltó todo el aire contenido y agachó la cabeza avergonzada.

—Lo siento, quise descansar durante unas horas, pero me quedé totalmente dormida. Le pido disculpas.

Ray asintió, aunque su mente estaba lejos de seguir aquella conversación.

Finalmente, frunció el ceño y dijo:

—He estado dándole vueltas a su... problema, y me ha surgido una duda que me gustaría aclarar.

Morgan copió el gesto de su rostro y contestó:

—¿Y tiene que ser ahora, de madrugada? ¿No puede esperar a preguntarme cuando llegue el alba?

Ray negó rotundamente.

—Si quiero librarme de la soga que su padre ha preparado para mí en el patio de Killrock, debo investigar con rapidez.

—Está bien —cedió la joven intentando taparse más con las sábanas—. ¿Qué desea saber?

—La verdad —sentenció Ray—. Tengo la impresión de que hay algo que oculta, lady Morgan.

—¿Me está llamando mentirosa?

—No. No creo que mienta, solo que oculta algo más que no quiere contar sobre el día en el que murió su madre. —Ray levantó ligeramente la voz, aunque

enseguida intentó calmarse para no asustarla.

Morgan abrió la boca, pero la cerró enseguida. Realmente, había algo que la inquietaba desde que había visto de cerca a Ray, pero debido a su orgullo no quería retractarse de las palabras de acusación vertidas sobre él. Su padre, después de tanto insistirle, no estaría dispuesto a escuchar sus nuevas palabras, por lo que prefirió callar, al menos de momento.

—No sé a qué se refiere —dijo casi tartamudeando.

Ray elevó una ceja. Después de tantos años entrenando, había aprendido a descubrir a los mentirosos, y estaba seguro de que Morgan estaba mintiendo en

ese momento.

—Yo creo que sí lo sabe, lady Morgan —dijo lentamente y aproximándose a

ella para intimidarla—. ¿Acaso no hay algo en mi rostro que le hace dudar de la

verdadera identidad del asesino de su madre?

Morgan se maldijo a sí misma. ¿Acaso era tan evidente lo que rondaba por su cabeza? Tragó saliva con fuerza y carraspeó, ya que un nudo en la garganta le impedía hablar con claridad. Hubiera dado parte de su fortuna para poder salir de aquella habitación sin mirar atrás, pero de nuevo buscó el orgullo en su corazón

y levantó el mentón.

—Ya le he dicho que no sé a qué se refiere. Estoy segura de que no encontrará

nada que lo absuelva de la pena de muerte.

Ray dio un sonoro golpe contra el cabecero de la cama, justo en el lado derecho de la cabeza de Morgan, que dio un respingo al temer por su propia vida.

—Se me está acabando la paciencia, lady Morgan —dijo entre dientes.

—Ya le he dicho que no sé nada, así que será mejor que se vaya de este dormitorio ahora mismo —dijo altiva—. No es de recibo que esté en mi

recámara a esta hora de la noche. Cualquiera podría pensar lo que no es, señor.

—Me sorprende que le preocupe más lo que piensen mis sirvientes que su propia vida —dijo irónicamente—. No voy a irme de este dormitorio hasta que

me lleve la información que deseo.

Morgan, en un intento por echarlo de la estancia antes de que le sonsacara información, agarró con fuerza una de las almohadas sobre la que estaba

apoyada y la lanzó contra la cabeza de Ray, que logró apartarla a tiempo tras descubrir sus intenciones.

—¡Váyase de aquí o gritaré!

Después de ver que Ray había sido más rápido que ella, Morgan se incorporó más e intentó arañarle la cara, pero cometió el error de soltar las sábanas y dejar de nuevo a la vista su cuerpo desnudo, pero en ese momento lo que más le preocupó fue la presencia de Ray en la alcoba, por lo que se puso de cuclillas sobre el colchón para intentar acertar con su intención.

Ray solo vio que el cuerpo más bonito que jamás había visto se lanzaba sobre él completamente desnudo, y su mente solo pudo reaccionar levantando las manos para parar el certero golpe que iba dirigido hacia su cara. Sujetó con fuerza las manos de Morgan, que se debatía, ahora sí, por la vergüenza a verse

tan expuesta ante Ray. Los pechos de la joven se agitaban al compás de sus movimientos para liberarse de su amarre. Sin embargo, Ray, que estaba

comenzando a sentir cómo su deseo despertaba con la visión tan perfecta que había ante él, trastabilló y cayó hacia la cama encima de Morgan, que se quedó

paralizada por el miedo y por algo que no lograba descifrar.

Los rostros de ambos quedaron a la misma altura y a solo un palmo. Morgan respiraba agitadamente, por lo que su pecho desnudo chocaba una y otra vez contra el musculoso torso de Ray, que también vio cómo su respiración se agitaba por el deseo irrefrenable de besar aquellos labios que lo insultaban una y otra vez.

Con fuerza, sujetó los brazos de Morgan contra las sábanas por encima de la cabeza de la joven, que apenas podía tener libertad de movimientos debido al peso del cuerpo de Ray. Durante unos instantes, Morgan sintió cómo su

entrepierna se humedecía sin saber por qué y deseaba frotarla contra la protuberancia del cuerpo de Ray hasta saciarse.

Cuando por fin se rindió a la fuerza del joven señor de Kirklog, dejó de mover

las piernas para intentar liberarse y fue en ese momento cuando Ray no pudo aguantar más las ansias que lo recorrían entero desde que había visto por primera vez el cuerpo desnudo de Morgan. El joven acortó la poca distancia que los separaba y unió sus labios a los de Morgan, que, sin entender por qué, lo recibió gustosa, disfrutando por primera vez del beso íntimo de un hombre. Abrió la boca para recibir la lengua juguetona de Ray, que ya había comenzado a frotar su

cuerpo contra el de la joven para buscar su propio placer.

No obstante, durante un momento, la mente de Ray volvió al entendimiento y se separó de Morgan como si la piel de la misma quemara. El escocés se levantó

de la cama y le dio la espalda a Morgan mientras esta volvía a taparse con las sábanas.

Morgan lo escuchó maldecir en voz baja, y ella misma también lo hizo por haberse dejado llevar por el primer beso de su vida en lugar de conservar la dignidad que su madre siempre le había inculcado. Se sintió sucia y creyó haber

fallado a su madre por primera vez en su vida.

—¿Qué pretendías? —preguntó Ray tuteándola—. ¿Pretendías seducirme

para que me olvidara de la investigación, para que no siguiera preguntándote por

aquello que no quieres contar? ¿Querías seducirme para escapar e ir en busca de

tu padre?

Morgan sintió cómo la ira recorría por entero su cuerpo desnudo.

—¿Yo? ¡Has sido tú el que se ha tumbado sobre mí en la cama! ¿Acaso querías violarme? ¿Buscas vengarte así de mí por haberte acusado?

—Me has empujado contra la cama —vociferó—. Desde ahora le digo, lady

Morgan, que no voy a caer en su tela de araña —le dijo volviendo a tratarla con

respeto—. Usted no es el tipo de mujer que me gusta.

Morgan se sintió herida en su orgullo, por lo que irguió la cabeza y le dijo:

—No era eso lo que parecía hacía tan solo unos minutos, lord Ray, señor de

Kirklog —escupió con ironía—. Y descuide, a mí tampoco me gustan los

hombres toscos, maleducados, orgullosos, brutos, mentirosos y con tan poca clase como usted. ¡Ah! Se me olvidaba un pequeño detalle, tampoco me gustan

los hombres que no saben cómo se debe besar a una mujer.

La joven había levantado tanto la voz que solo entonces se dio cuenta de que estaba vociferando con todas sus fuerzas.

—¿Que no sé cómo...? —Ray apretó con fuerza los puños.

Durante unos segundos, pensó en demostrarle de nuevo cómo besaba un

hombre de verdad para que la joven tuviera que tragarse sus palabras, pero estaba tan enfadado que prefirió dirigirse hacia la puerta y zanjar el asunto.

—Espero que reflexione sobre la pregunta que le hice al comienzo de nuestra

conversación —dijo con frialdad—. Será mejor que la deje sola y me vaya a mi

cuarto para reflexionar.

Morgan se sintió de nuevo herida en su orgullo al ver que la conversación acababa ahí sin haber soltado toda la ira que guardaba dentro, por lo que agarró

otro cojín y lo lanzó contra él, aunque no llegó muy lejos.

—¡Por mí como si se tira por la ventana!

Cuando por fin se encontró sola en la alcoba, Morgan se dejó caer sobre las sábanas llorando a lágrima viva. Siempre pensó que la primera vez que un hombre la besara sería bonito y romántico, pero todo había sido al contrario. Y

para colmo, la joven había sentido algo que jamás pensó que existiera y que aún

mojaba su entrepierna: un deseo irrefrenable por hacer lo mismo que sus amigas

contaban en la intimidad que le ofrecían los encuentros para tomar el té de la tarde.



CAPÍTULO 5

Morgan se levantó más que descansada a la mañana siguiente. Ya no sentía su

cuerpo dolorido por la cabalgata de la noche anterior y, por primera vez en mucho tiempo, había dormido como nunca. Su mente parecía seguir volando entre los sueños que había tenido a lo largo de la noche. Durante unos instantes, pensó que el beso con Ray pertenecía a uno de esos sueños, sin embargo, su cuerpo y sus labios le confirmaron que, efectivamente, aquello había formado parte de la realidad.

Llevó su mano derecha lentamente hacia los labios, aún incrédula por lo que su cuerpo había sentido hacia su secuestrador. ¿Cómo no había podido ser capaz

de dirigir la situación y parar cuando debía? ¿Acaso su madre le había enseñado

esa clase de modales en los que no era capaz de dominar su propio cuerpo?
No

obstante, aunque su mente hubiera querido, su cuerpo no habría sido capaz de separar a Ray cuando la lengua de este penetró en su boca.

Se sonrojó al recordar la intimidad con la que el joven la había besado, lo experto que Ray parecía en el arte de amar, algo de lo que ella había huido siempre por miedo a enamorarse y sufrir.

Aún podía sentir las manos de Ray recorriendo con suavidad sus brazos y sujetando con fuerza sus muñecas. Durante unos segundos, deseó poder volver a

sentir el cuerpo del escocés sobre el suyo, los músculos duros y fuertes de Ray

contra su pequeño y esbelto cuerpo, aunque esta vez sin ropa.

Volvió a sonrojarse aún más por tener esos sentimientos tan impuros y

libertinos, sin embargo, su cuerpo no parecía arrepentirse de profesar esos pensamientos sobre algo que debería ser normal entre las personas: el deseo.

Al tiempo que Morgan se ponía un vestido limpio que había encontrado en uno de los baúles que habían pertenecido a la hermana de Ray, la joven se dedicó

a pensar en si el escocés había sentido lo mismo que ella cuando se besaban, si

había podido apreciar la descarga que le había recorrido el cuerpo por completo.

Deseó que así fuera, no obstante, la razón le indicó que olvidara ese acto que había acontecido pocas horas antes sobre el lecho en el que ahora ella se sentaba para calzarse los zapatos.

—Sí, es mejor que lo olvide —se dijo a sí misma al tiempo que se levantaba de la cama para dirigirse al espejo.

Sin embargo, Morgan sintió de repente un pánico que pretendía paralizarla.

Cuando se miró al espejo y vio el rubor que se había instalado en sus mejillas, se dio cuenta de que durante esa mañana se cruzaría con Ray por algún pasillo del

castillo y estaba segura de no saber cómo reaccionar y comportarse en ese primer encuentro después del beso de ambos.

Se dirigió con paso apresurado hacia la puerta de la habitación, sin embargo, el nerviosismo que la corroía por dentro provocó que parara de repente.

Morgan respiró hondo durante unos segundos. Necesitaba recuperar el control

que siempre había tenido sobre su mente y, especialmente, sobre su cuerpo. No

quería que Ray descubriera que lo ocurrido durante la noche anterior la alteraba

de tal manera que no era capaz de pensar con claridad por primera vez en su vida.

Cuando por fin recuperó la serenidad perdida, Morgan dirigió su mano al picaporte de la puerta y la abrió de golpe. Estaba decidida a salir de allí con la cabeza alta e intentando demostrar que nada la alteraba. Sin embargo, un brazo

musculoso la detuvo, impidiendo la salida de la joven de su alcoba.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó Morgan sorprendida por el brazo de Archie.

El amigo de Ray se interpuso entre la joven y el extenso pasillo. El cuerpo musculoso de Archie ocupaba casi todo el hueco de la puerta, por lo que Morgan

no tenía escapatoria, a menos que el joven se apartara y la dejara marchar.

—Lady Morgan, no puede salir del dormitorio sin permiso.

La joven levantó ambas cejas al tiempo que comenzaba a sentirse encolerizada, aunque prefirió respirar hondo e intentar apartar los pensamientos

que cruzaban por su mente, ya que, por el rostro de Archie, sabía que para el joven tampoco era de agrado estar allí entorpeciendo su paso.

—¿Sin permiso? ¿Permiso de quién? Ray dijo que soy una invitada, y las invitadas podemos salir de nuestras habitaciones sin el permiso de nadie.

Archie parecía cada vez más incómodo y nervioso.

—Lo siento, señorita, son órdenes del señor.

—¿Y dónde está el señor? —exclamó enfadada—. Si no me dejas salir de aquí es porque estoy secuestrada. Que venga él y me explique por qué necesito

un permiso para salir a desayunar.

—Lo siento, pero el señor está ocupado, lady Morgan.

Morgan no estaba dispuesta a quedarse todo el día encerrada solo porque Ray no quisiera verla por el castillo. Estaba segura de que aquella orden la había dado solo porque tras el beso de la noche anterior no quería encontrársela de nuevo. Sabía que Ray se había marchado enfadado, y reconocía que ella también

estaba enojada, más consigo misma que con Ray, pero aquello no estaba dispuesta a tolerarlo.

—Archie, apártate —dijo con voz calmada, aunque contenida.

El aludido carraspeó nervioso, pero negó con la cabeza y se mantuvo en su sitio sin moverse ni un solo centímetro.

—Lo siento, ya le he dicho que no puede salir.

Morgan se adelantó un paso con cara de pocos amigos intentando amedrentarlo, aunque internamente sabía que no podría convencerlo para apartarse, ya que su lealtad por Ray era inquebrantable.

—Y yo te he dicho que te apartes.

Archie abrió la boca para contestar, pero una voz atronadora se hizo escuchar en el largo pasillo.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

Cuando Archie se apartó de la puerta para mirar a su amigo, Morgan logró ver

la cara enrojecida de Ray. El joven miraba fijamente a Morgan, aunque su pregunta iba dirigida exclusivamente a su amigo.

—Lady Morgan quiere...

—¡Quiero salir de aquí! —cortó al joven.

—He dado la orden para que no salga de la alcoba, al menos por hoy.

—¡Dijiste que era una invitada, no que estaba secuestrada! —vociferó

Morgan—. ¡Me mentiste!

Ray se adelantó unos pasos hasta quedar a tan solo medio metro de la joven.

—Sigue siendo mi invitada, lady Morgan —explicó Ray.

—¿Así trata el señor de Kirklog a sus invitados? Mi padre le hará pagar todo el daño que me haga. No se imagina el poder que tiene.

—Ese poder lo tiene en Inglaterra. Le recuerdo que está en Escocia, aquí las leyes son diferentes. Y también le recuerdo que su padre intentó matarme sin juicio alguno y sin posibilidad de defenderme.

—Ojalá lo hubiera hecho en cuanto le dije que es un asesino.

—No soy un asesino —dijo entre dientes.

Morgan lo miró directamente a los ojos y levantó la barbilla.

—Sigue sin convencerme su respuesta a mi encierro —dijo la joven cambiando de tema—. ¿Qué pasa, que después de lo de anoche no quiere cruzarse conmigo por su castillo, señor de Kirklog? ¿Tanto asco le doy?

Ray inspiró hondo y apretó la mandíbula con fuerza. No deseaba pelear como si fueran una pareja delante de Archie. Agarró el brazo de Morgan y le dijo:

—Mi lady, si desea seguir siendo mi invitada, deberá comportarse como tal.

No me obligue a tratarla de forma menos... agradable.

—¿Menos aún? —Intentó soltarse, sin éxito—. ¿Y qué va a hacerme? No creo

que haya algo menos agradable que mantenerme encerrada en esta habitación.

Ray sonrió de lado misteriosamente y tiró de ella hacia él, acercándola tanto

que Morgan pudo sentir sobre su rostro el aliento del joven.

—Créame, lo hay.

Con la sonrisa aún en la boca, Ray tiró de su brazo y la condujo hacia el pasillo. Morgan intentaba soltarse por todos los medios. Pataleaba con la intención de darle en algún lugar doloroso e incluso manoteaba con fuerza, pero

en ninguno de los casos logró su objetivo, soltarse.

—¡Déjeme en paz! —gritaba—. Mi padre sabrá cómo me ha tratado y colgará

de una soga antes de que acabe el día.

—Querida, tu querido padre está ahora camino del norte. Envié a un emisario con una información falsa, y ahora él y todos sus hombres van camino de Inverness.

Morgan lo miró estupefacta. No estaba segura de si debía creer las palabras de

Ray, pero las había pronunciado con tanto énfasis y seguridad que se convenció

de que su padre había sido engañado respecto a su paradero.

—Si cree que voy a comportarme como una niña asustada y a obedecer en todo lo que me diga, déjeme decirle que busque a otra.

Ray amplió su sonrisa y siguió caminando.

—Nunca he pensado eso. Me gustan los retos, y calmar a las fieras entra dentro de ellos...

Ray la condujo hacia una escalinata que se encontraba al final del pasillo del

piso inferior, cerca de la despensa y la cocina y apartadas del foco más vivo del castillo, el salón y las estancias adyacentes a este.

—¿A dónde vamos? —preguntó Morgan con un hilo de voz cuando descubrió

la oscuridad que había escaleras abajo.

—Si la dama no está a gusto en la espléndida habitación que se le había preparado exclusivamente a ella, deberé acomodarla en otro lugar más acorde con usted, lady Morgan.

La joven abrió desmesuradamente los ojos cuando vio las antorchas encendidas que pendían de las paredes una vez bajaron todas las escaleras.

Morgan desvió la mirada hacia el resto del oscuro pasillo y vio que ambos lados

del mismo no había habitaciones, sino oscuras y mugrientas celdas en las que un

par de ratas pululaban a su antojo intentando encontrar algún resto de comida que el inquilino anterior hubiera dejado tirado por el suelo.

—No puede ser —dijo casi sin voz.

—Usted dice que está secuestrada, mi lady —empezó diciendo Ray—.

Entonces no puede disponer de la comodidad de los aposentos del castillo.

—Ni se te ocurra dejarme aquí. —La joven olvidó seguir tratándolo con el mismo respeto que hasta entonces y decidió tutearlo.

—No estoy dispuesto a aguantar insultos o desprecios por su parte, lady Morgan —comenzó Ray—. Usted misma ha sido quien ha querido esto.

—Tengo sangre noble, maldito escocés —escupió la joven.

Ray soltó una carcajada.

—Señorita, está dejando atrás esa educación tan exquisita. Qué lengua tan sucia guardaba bajo esa fachada de distinguida.

Morgan intentó soltarse y huir por las escaleras, pero Ray apretó los dedos alrededor de su brazo, provocándole un guiño de dolor cuando estos se clavaron duramente sobre su carne y fue conducida hacia la primera de las celdas.

La puerta se abrió haciendo un tétrico sonido que le erizó el bello de los brazos. Jamás pensó que acabaría metida en un lugar como aquel, y no estaba dispuesta a hacérselo fácil.

Morgan llevó su mano libre hacia el rostro de Ray e intentó arañarlo. Durante unos segundos, tuvo oportunidad de clavar las uñas en el cuello del joven, pero

este fue más rápido que ella y le sujetó también esa mano para impedir más movimientos no deseados.

—Se va a quedar en esta celda hasta que finalmente confiese todas las mentiras que ha vertido sobre mi persona y confiese quién es el verdadero asesino de su madre, lady Morgan —dijo muy serio al tiempo que la empujaba

suavemente contra una de las paredes del calabozo y la miraba fijamente.

—No tengo nada que decir. Mira cómo me tratas. Eres completamente culpable.

Ray acercó su cara a la de la joven.

—¿Está segura? ¿No cree que el asesinato de su madre lo llevó a cabo una persona parecida a mí? ¿No hay algo en mi rostro que le hace dudar de su decisión?

Morgan lo miró dubitativa. Abrió la boca un par de veces para decir algo, pero finalmente se mantuvo en silencio y desvió la mirada hacia la pared contigua.

—Está bien, señorita —asintió Ray—. Usted misma ha decidido que prefiere estar en esta sucia celda que en la cómoda habitación de mi hermana.

Ray se separó de ella sin mirarla y dio media vuelta para dirigirse hacia los barrotes para atrancar la puerta y evitar así la huida de la joven.

—Le recuerdo que permanecerá encerrada hasta que decida hablar con sinceridad.

Morgan lo miró con lágrimas en los ojos. Se acercó a los barrotes e intentó decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y solo pudo acertar a vislumbrar cómo Ray se marchaba por el estrecho pasillo rumbo a la escalinata, dejándola completamente sola y en la más estricta oscuridad.

La joven dejó entonces que las lágrimas corrieran por su rostro. Se sentía



desolada, humillada y abandonada por un padre que había decidido creer la misiva de un hombre que le había mentado descaradamente. Morgan se dejó caer

al suelo. Poco le importaba si manchaba aquel espléndido vestido que había pertenecido a la hermana de Ray. Solo podía pensar una y otra vez en la escena

del crimen de su madre. El rostro que la había acompañado durante dos años

todas las noches sin descanso. Eso rostro no lo había olvidado, y jamás diría lo

contrario: el rostro que la perseguía continuamente era el de Ray, pero había algo que debía estar y en el rostro del joven no podía ver:

—La cicatriz... —dijo en un susurro.

La cicatriz que le cruzaba las facciones al asesino de su madre. Ray tenía una cicatriz en el cuello, pero no en la cara, por lo que desde que lo había visto por primera vez tan de cerca la duda la carcomía por dentro y no era capaz de hablar

ni de decir la verdad. Sentía miedo de volver a fallar a su madre y a sí misma.

No quería volver a la incansable búsqueda que la mantenía enterrada en vida durante tanto tiempo. Morgan tenía la necesidad de volver a su anterior vida y enterrar ese asunto tan espinoso y desagradable. No obstante, su orgullo le impedía decir la verdad ante Ray...

Cuando Ray subió las escaleras, se encontró de frente con Archie, que los había seguido a una distancia prudente y había decidido mantenerse al pie de la

escalera para evitar que la humillación de Morgan fuera mayor para la joven.

—¿Te ha dicho algo? Pensé que armaría un buen escándalo cuando viera las celdas llenas de mugre. Una señorita como ella no estará acostumbrada a eso —

dijo irónicamente.

—No, pero ya sabes lo que el orgullo puede hacer en una persona. No está dispuesta a hablar y a mí se me acaba el tiempo. ¿Cuánto crees que tardará Robert en darse cuenta de que lo hemos engañado? Estoy seguro de que habrá puesto guardia cerca de nuestro castillo para comprobar si sigo aquí o es cierto

que he huido al norte. No podemos seguir así mucho tiempo, amigo.

—Lo sé, por eso he adelantado trabajo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ray sin entender.

Archie suspiró intentando aparentar calma, aunque internamente deseaba que



su amigo no se enfadase por adelantarse a él.

—Verás, tengo un par de amigos que me deben un favor. —Levantó la mano

para cortar a Ray, pues este había abierto la boca para decir algo—.

Tranquilo,

son de mi completa confianza. Les he pedido que vayan a buscar... ya sabes a

quién... y persigan su rastro hasta encontrarlo. Me dijeron que habían tenido noticias de él hacía un mes, por lo que no debe de estar muy lejos.

—Si está tan cerca es porque busca algo o porque quiere terminar lo que empezó hace dos años.

Archie asintió.

—Tal vez ha escuchado que la hija lo está buscando y quiere vengarse, pero

¿qué le ha hecho esa inglesa para querer asesinarla?

—Lo averiguaremos pronto, amigo, pero primero necesitamos la colaboración

de la chica.

Morgan había dejado de llorar hacía unos minutos, aunque las lágrimas aún mojaban parte de su bello rostro. La impotencia que sentía le había hecho patear la puerta de la celda con la esperanza de que los oxidados goznes cedieran y pudiera salir de allí para regresar a su casa.

La joven podía escuchar ruidos de extraña procedencia, lo que le hacía pensar que las ratas que en un principio había visto pululando por los pasillos aún seguían entre los barrotes. Morgan encogió aún más los pies para resguardarlos

bajo los pliegues de su falda. La ira la acompañaba para aumentar aún más la sensación de que una persona de su estatus social no merecía estar allí encerrada si no había hecho absolutamente nada.

—Maldito escocés —dijo entre dientes para intentar liberar algo de la furia que le atenazaba la garganta.

A pesar de que llevaba poco tiempo en aquella celda, había perdido la noción del tiempo y no sabía con exactitud cuántos minutos habían pasado desde Ray se

llevó la última brizna de luz a través del pasillo. Aquella oscuridad la agobiaba.

El hecho de no saber qué había a su alrededor la angustiaba. Y las lágrimas pugnaban de nuevo por derramarse a través de sus mejillas. Pero intentó aguantar estoicamente la situación, manejarla como siempre había hecho desde

que sus padres se lo enseñaran, tal y como hacían en muchas de las fiestas a las que acudía y se sentía rara entre toda aquella gente a la que no conocía.

Morgan suspiró y se enderezó. Agudizó los oídos cuando escuchó un sonido que parecía provenir de lo alto de la escalinata por la que habían penetrado en

las mazmorras. Cuando vio aparecer poco a poco la luz al final del estrecho pasillo,

Morgan se levantó del suelo y, sin pensar, alisó su vestido y comprobó que su pelo estaba en orden. Se maldijo a sí misma por preocuparse por esas nimiedades, pero una parte muy honda de su ser deseaba estar presentable ante

Ray.

Lentamente, unos pasos decididos y fuertes se fueron aproximando a la celda, llevando consigo una estela de luz que proyectaba la antorcha recién encendida.

Morgan se apartó ligeramente de los barrotes y dio un par de pasos hacia atrás

sin perder de vista la luz.

El eco que seguía a las pisadas era estremecedor, pues se escuchaba y retumbaba entre las paredes de las mazmorras, provocando escalofríos en

Morgan, que intentó ocultar ese miedo incipiente con orgullo levantando la barbilla.

—¿Habéis pensado ya algo, lady Morgan? —La voz ronca de Ray sonó atronadora en el silencio del pasillo.

La aludida lo miró directamente a los ojos, aunque Ray desvió rápidamente la mirada para dirigirla al cerrojo que impedía la salida de la joven.

—Ya sabe mi respuesta, señor de Kirklog.

Ray sonrió y la miró de reojo.

—¿Sabe? Siempre me han gustado las mujeres valientes y atrevidas, como usted. —Morgan sintió cómo se aceleraba su corazón—. Sin embargo, siempre

he odiado a las que carecen de inteligencia.

—¿Me está llamando tonta? —preguntó Morgan entre sorprendida y enfadada.

—No, la considero bastante inteligente, aunque no lo demuestra. Sé que sabe que el verdadero asesino de su madre está fuera de estos muros y podría encontrarse con él en cualquier momento. Y tal vez... ese hombre desee acabar

lo que empezó aquel día.

Morgan tragó saliva con fuerza. No había pensado en la posibilidad de que ese hombre estuviera buscándola de la misma forma que ella lo buscaba a él. Sin

embargo, la joven negó con la cabeza y le dijo:

—No me va a convencer de lo contrario. Usted es el asesino.

No obstante, el ligero tartamudeo con el que Morgan pronunció aquellas palabras fue la gota que colmó el vaso de Ray, que entró como una exhalación a

la celda, acorralando a Morgan contra la pared contraria a los barrotes.

—Se ha agotado mi paciencia, Morgan —dijo tuteándola—. Esto no es ningún juego a los que estás acostumbrada en tus fiestas de nobles en Inglaterra.

Esto es Escocia, y aquí las cosas son diferentes.

Morgan intentó pegarse a la pared todo lo que podía, pero la distancia que había con el cuerpo de Ray era mínima, por lo que podía sentir demasiado cerca

el aliento del joven, que respiraba con fuerza mientras le dedicaba una mirada acusadora.

—Quiero escuchar de tu boca que no soy el asesino de tu madre.

—Jamás —contestó Morgan levantando la barbilla con orgullo.

Morgan hizo en ese momento un mohín con los labios que llamó la atención de Ray. Este dirigió la mirada a los carnosos labios de la joven y su mente divagó entre los pensamientos que lo atormentaban desde la noche anterior cuando vio el cuerpo desnudo de Morgan y probó la delicia de sus labios.

La joven fue consciente de la distracción de Ray y decidió aprovechar ese momento para beneficio propio. Morgan levantó ligeramente su falda para

propinarle una fuerte patada a Ray en la entrepierna. Cuando el joven se dobló

de dolor, Morgan lo rodeó e intentó huir hacia el pasillo, sin embargo, la enorme cantidad de tela de ese vestido la hizo trastabillar y perder un tiempo valioso para escapar.

La joven estuvo a punto de caer al suelo de no ser por Ray, que la interceptó antes de que llegara a la fría superficie, agarrándola del brazo y tirando de la joven hacia él, que chocó contra el musculoso pecho de Ray.

—¡Solo quiero una confesión, por Dios! —vociferó Ray.

Morgan no se amedrantó e intentó volver a escapar de nuevo, pero el joven ya

estaba preparado para otro ataque, por lo que fue muy fácil reducirla.

—¡No hay por qué hacerlo difícil, Morgan!

—¡No estoy dispuesta a morir! —gritó la joven asustada.

En otro nuevo intento por escapar de Ray, Morgan pisó la parte trasera de su vestido, provocando que la joven cayera hacia atrás, seguida de Ray, que no pudo mantener el equilibrio y cayó encima de la joven.

—¡Suéltame! —gritó Morgan.

Pero Ray no la escuchaba, estaba obstinado en conseguir la confesión de Morgan de sus labios. Sin saber por qué, necesitaba escuchar de los labios de la

joven que se había equivocado, que él no era a quien buscaba. Agarró ambas manos de Morgan y las posicionó por encima de la cabeza de la joven, lo cual le

llevó a recordar la escena de la noche anterior en la que, en aquella misma posición, besó aquellos labios carnosos que ahora se encontraban contrariados en

pleno mohín.

—Solo son unas palabras por tu parte.

Pero Morgan no escuchaba. Estaba demasiado pendiente de escapar de sus manos, por lo que Ray tuvo una idea para hacerla confesar. No eran los mejores

métodos para usarlos con una mujer, pero si quería una confesión, debía arrancarla como fuera.

Ray dirigió una de sus manos hacia los pliegues de la falda de Morgan y tiró

de ellos hasta levantar la tela por encima de los tobillos de la joven. Morgan abrió desmesuradamente los ojos al verse a merced de aquel bruto escocés y, cerrando los ojos con fuerza, inspiró profundamente y se armó de valor.

—¡La cicatriz! —gritó asustada—. ¡No tienes su cicatriz!

Eran las palabras que Ray necesitaba escuchar de sus labios. Al instante, sus manos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y el joven se incorporó ligeramente para observar el rostro de Morgan. Este estaba lleno de lágrimas y la joven apretaba los ojos con fuerza, como si esperase algún golpe por su parte.

—¿Qué cicatriz? —quiso saber más, aunque sus sospechas se acababan de confirmar.

Morgan abrió poco a poco los ojos y lo miró. Ray estaba más cerca de su rostro de lo que le hubiera gustado en ese momento. Fue ahí cuando comprendió

la treta del joven al aparentar querer violarla. Y durante unos segundos, sin entender por qué, quiso reír. Supuso que los nervios que atacaban su cuerpo en

ese momento querían estallar de esa manera. Sin embargo, a pesar de todo, Morgan sintió un gran alivio en su pecho al haber confesado la verdad sobre Ray

y lo confusa que se encontraba al haber descubierto que Ray no poseía la cicatriz con la que tantas noches había soñado.



CAPÍTULO 6

—La cicatriz de su rostro —dijo la joven aún sofocada—. Cuando el asesino de mi madre se acercó a mí aquel día, vi una cicatriz que le cruzaba la cara, pero tú no la tienes. ¿Por qué?

Ray se separó de ella definitivamente y se levantó. Morgan echó de menos el calor que le proporcionaba el cuerpo del joven en aquel momento en el que su propio calor corporal parecía haberla abandonado.

Morgan hizo lo propio y también se levantó del frío y duro suelo. Alisó la falda de su vestido y miró a Ray en busca de una respuesta. Le acababa de hacer

una pregunta y Ray parecía no querer contestarla. Carraspeó para llamar su atención, pero Ray seguía sumido en las profundidades de sus pensamientos.

El joven se giró hacia ella y la miró. No deseaba contarle aún que el que había

asesinado a su madre era su hermano gemelo. Sus peores temores se hacían realidad. Siempre se habían llevado bien hasta hacía dos años, y fue en ese preciso momento, en el que Morgan le contó la verdad, cuando descubrió que su

hermano finalmente había llevado a cabo la venganza que tenía en mente. Ray entendió en ese momento todo lo ocurrido con su hermano desde hacía dos años.

El joven se llevó las manos a la cara cuando unos nuevos pensamientos se hicieron eco dentro de su mente. Aquella discusión con su gemelo había sido mortal para la relación entre ambos. Ray aún no podía creer que llevara sin ver a su hermano dos años, pero ahora comprendía la rápida marcha del joven de ese

mismo castillo, y cómo su padre enfermó después de eso.

Dos años atrás, Ray se encontraba en su dormitorio después de darse un baño en la tina para quitarse el polvo y el sudor del entrenamiento al que su padre lo sometía desde que era un niño. Era el sucesor y debía aprender las obligaciones que tendría el nuevo señor del castillo. Aún no había terminado de vestirse cuando su hermano gemelo Elliot entró como una exhalación a su dormitorio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ray alarmado—. ¿Hay fuego?

Elliot, que era exactamente igual que su hermano, salvo por una cicatriz en la cara fruto de una pelea en su juventud, miró a los ojos de su hermano, y este logró entender que algo grave le había ocurrido a Elliot o bien a alguien de la familia.

—¿Padre está bien? —acertó a preguntar.

Elliot apretó con fuerza los puños y comenzó a pasearse por la habitación como un león enjaulado.

—¿Ese malnacido hijo de perra? —escupió—. Sí, está muy bien. Demasiado

bien diría yo.

—¿A qué te refieres, hermano? —intentó tranquilizarlo Ray poniendo una mano sobre el hombro de Elliot.

Sin embargo, su hermano se deshizo del gesto. En ese momento, sentía tanta rabia que habría hecho cualquier cosa para intentar sofocarla. Pero no quería pagar su frustración con Ray, siempre habían mantenido una buena relación y no quería que esta se enfriase más de lo que ya estaba desde que su padre lo eligió a él como su sucesor.

—Padre no es digno de todo lo que tiene —dijo entre dientes sin poder controlar la rabia—. Merece pagar por lo que ha hecho.

Ray se llevó una mano a la cabeza sin entender lo que estaba pasando. Su hermano estaba siendo demasiado misterioso con lo que estaba ocurriendo y sentía que el tema se le estaba escapando de las manos.

—Espero que madre, allá donde esté, no vea al mentiroso con el que ha estado viviendo engañada toda su vida.

—¿Qué has visto, hermano, que te tiene tan encolerizado? ¿Qué tiene que ver

madre en esto?

Elliot por fin se detuvo cerca de la puerta de la habitación y se giró hacia su gemelo, que esperaba impaciente una respuesta por su parte. Finalmente, Elliot suspiró y le confesó lo que había descubierto hacía tan solo unos minutos:

—He descubierto a padre con una mujer retozando como perros en su dormitorio —escupió con rabia.

Ray frunció el ceño contrariado, no podía creer las palabras de su hermano,

pues su padre parecía estar sumido en una depresión desde hacía muchos años, y Ray siempre había creído que era porque su madre había muerto cuando ellos

vinieron a este mundo.

—¿Estás seguro de eso, hermano? ¿No te habrás confundido?

Elliot miró de reojo a su hermano y le dijo:

—Ambos estaban desnudos y fornicando en la cama de nuestra madre como animales en celo, Ray.

—¿Y padre qué explicación te ha dado?

—Ninguna. La puerta del dormitorio estaba entreabierta y he entrado porque he escuchado unos ruidos extraños. Me ha repugnado ver esa escena ante mis ojos, hermano.

Elliot volvió a pasearse de un lado a otro de la estancia. Se le veía visiblemente nervioso y angustiado.

*—Tal vez si le decimos algo a padre nos dé una explicación, Elliot —
intervino Ray.*

El aludido rió irónicamente.

—Claro, nos va a explicar cuándo la conoció y cómo folla la muy puta.

—¿Has logrado descubrir la identidad de la mujer? ¿Es de por aquí?

—La he escuchado decir algo, y por su acento parece que es mitad escocesa, mitad inglesa. Tal vez lleva varios años viviendo en Inglaterra. Además, ha dicho algo de su hija y el castillo Killrock. Parecían conocerse de toda la vida, Ray.

El joven miró a su hermano y lo vio al borde del llanto. Elliot siempre había sido una persona muy inestable emocionalmente, pues siempre había echado en

falta una presencia materna, por lo que aquel descubrimiento estaba poniéndolo al límite de sus fuerzas.

—Será mejor que olvidemos este incidente, Elliot —intentó mediar Ray—.

Padre es libre de hacer lo que desee.

—¿Que lo olvide? ¿Y la memoria de nuestra madre? —gritó encolerizado—.

No pienso dejar pasar esta afrenta hacia ella, Ray.

El futuro señor de Kirklog apretó la mandíbula. Sabía que cuando se le metía una idea en la cabeza a su hermano era muy complicado quitársela, pero debía

hacer lo que fuera para intentar que aquello quedara en nada antes que tener que pagar un precio muy alto.

—Elliot, será mejor que lo dejemos como está. Padre se ha equivocado, pero podemos hacerle ver que está mal lo que ha hecho y que se arrepienta de haber engañado a madre.

Elliot negó con la cabeza al tiempo que apretaba con fuerza los labios.

—Ya lo creo que se va a arrepentir, hermano —dijo antes de darse la vuelta y

salir del dormitorio de Ray como una exhalación.

—¡Elliot! —lo llamó Ray—. ¡Elliot!

Sin embargo, sus gritos fueron en vano. Su hermano no acudió a su llamada

y, tras dos días desaparecido, su gemelo regresó al castillo únicamente para recoger sus cosas apresuradamente. Y sin dar explicación alguna a su familia, volvió a desaparecer para siempre.

Ray desde entonces pensó que su padre había enfermado debido a la marcha repentina de Elliot, pero Morgan, sin saberlo, le había dado la clave para entender los dos últimos años de su vida y el verdadero motivo de la muerte de

su padre: la pena por la pérdida de su amante. No podía creer que su vida y la de Morgan estuvieran ligadas por un asesinato, y en parte sentía vergüenza por ella

y su familia. ¿Cómo iba a contarle a la mujer que tenía delante que su madre había engañado a su padre durante tantos años? ¿Cómo iba a explicarle que Elliot la asesinó porque los había visto retozar como animales? No podía cambiar la imagen que la joven tenía de su madre, y menos ahora que estaba muerta y no podría defenderse o al menos explicarle los motivos por los engañó

a su marido.

Morgan seguía esperando una explicación y, por su gesto y el tintineo cansino

de su pie, dedujo que se estaba impacientando.

—No sé por qué me da la sensación de que sabes quién mató a mi madre — siguió tuteándolo—. Ya te he dicho que tú no tienes esa cicatriz, por lo que supongo que es alguien tan parecido a ti que me ha hecho confundirlo.

Ray apretó la mandíbula y miró al suelo negando con la cabeza. No podía decirle la verdad, pero tampoco deseaba mentirle descaradamente.

—¿Quién mató a mi madre? —levantó la voz Morgan—. Te exijo que me expliques la verdad. Y no me digas que no lo sabes, pues tu rostro me indica

lo

contrario.

—Aún no puedo, lady Morgan.

—¡Déjate de formalismos conmigo, Ray! —vociferó al borde del llanto—.

Hace un rato parecías querer violarme, anoche me besaste y ahora me vuelves a

tratar con un respeto que no has tenido en otras ocasiones. ¡Quiero saber la verdad!

—Estás libre, Morgan —dijo finalmente Ray tras un largo silencio—.

Volverás al dormitorio de mi hermana.

La joven lo miró sin poder dejar de apretar la mandíbula. Tenía todo el derecho a saber lo que realmente había ocurrido, y sabía que Ray escondía algo

que no quería decirle.

—Aún no, Morgan —le pidió Ray con ojos suplicantes—. Te contaré la verdad, pero aún no puedo; no hasta que haya hecho unas investigaciones.

—Me lo contarás después —le dijo Morgan con seriedad e imprimiendo en sus palabras toda la frialdad que logró reunir—. Tienes hasta mañana. Si mañana

no me has dicho nada, enviaré un emisario a mi familia para que te cuelguen en

lugar del verdadero asesino.

Ray asintió en silencio y le indicó con la mano que lo siguiera a través del

pasillo para salir de las mazmorras. Cuando la joven pasó por su lado y se adelantó a él para dirigirse a las escaleras, le dijo:

—Lo siento, Morgan, pero no quiero precipitarme.

Sin embargo, la joven pasó de largo y apenas hizo caso a sus palabras. Lo precedió por el estrecho pasillo y podía sentir sobre su nuca la intensa mirada del atractivo escocés, del que apenas podía sentirse enfadada debido a la extraña sensación que le transmitía cuando ambos estaban solos en el mismo lugar, aunque no podía evitar sentirse dolida por su negativa a decirle el nombre que tanto ansiaba escuchar para que la memoria de su madre pudiera descansar por

fin en paz.

Cuando estaban a punto de comenzar a subir las escaleras, Morgan se giró hacia Ray y le dijo:

—Espero que cuando tengas bajo tu poder a esa persona, no la dejes marchar y pague por todo el daño que le ha hecho a mi familia. —La joven lo miró directamente a los ojos para ver su reacción—. Confío en tu criterio, así que espero que no me decepciones.

Ray no supo qué contestar. Aquellas palabras lo habían pillado de improviso y

no esperaba, después de todo, que Morgan le confesara que confiaba en él sobre un tema tan delicado. El joven asintió aún sorprendido y esperó a que Morgan subiera las escaleras.

La joven no sabía si llegaría a arrepentirse de sus palabras, pero de la misma forma que había sido totalmente sincera con otras cosas, deseaba serlo en eso.

Había algo en Ray que la tranquilizaba a pesar de todo y no deseaba verlo colgando de una soga por culpa de otra persona.

Morgan tragó saliva despacio. Su corazón latía apresuradamente a sabiendas

de que Ray subía tras ella. Por un momento, y escuchando únicamente a su corazón, deseó girarse hacia él y volver a besarlo. El joven estaba demostrando

que haría lo que fuera por ayudarla, aunque él también estuviera implicado, pero

podría haberse desentendido y huir de su hogar solo para salvar el cuello. Sin embargo, había decidido quedarse y descubrir toda la verdad, algo que nadie había hecho por ella, ni siquiera las personas que la rodeaban en Inglaterra y con las que hablaba continuamente en las fiestas a las que acudía asiduamente. Allí

cada persona intentaba por cualquier medio ganar algo para sí, pero en Escocia

había descubierto otra forma de vida. Allí todo el mundo se ayudaba y amparaba

en caso de haber algún problema, no existía esa frialdad que pululaba en todas

las casas de Inglaterra. Aquella cercanía escocesa la atraía, al igual que otras muchas cosas descubiertas durante esos dos años de vivir dentro de la cultura que su madre tanto había echado de menos.

Había aprendido a adorar la fiereza de su gente, y ese rasgo tan característico

en la forma de ser de Ray la atraía de una manera irrefrenable. Quería saber más

de él, deseaba estar más cerca de él en cada momento, volver a sentir la respiración del joven tan cerca de la suya, las manos callosas y fuertes de nuevo sobre su cuerpo, sus labios calientes recorriendo su cuello...

—¿Estás bien, Morgan?

La voz ronca de Ray la sacó de su ensimismamiento. Morgan no se había dado cuenta de que se había parado al borde de la escalinata y no continuaba caminando. Al mirarlo, sintió que se sonrojaba, pues pensó que Ray era consciente de los pensamientos impuros que vagaban por su mente cada vez más

caliente.

—Sí —contestó después de carraspear.

Morgan vio que Ray levantaba una ceja escépticamente y continuaba por el pasillo, precediéndola hacia las cocinas, donde había pensado ofrecerle una



buena comida.

Morgan admiró la anatomía espléndida de Ray. Un sofoco, seguido de una exclamación, le hizo agachar la mirada para evitar ser vista por el joven, que la miraba de reojo una y otra vez para intentar descubrir qué pasaba por su mente.

Un intenso calor se apoderó de su vientre cuando admiró la fortaleza de los brazos y el pecho de Ray, pero cuando este se paró frente a la puerta de la

cocina, la joven tuvo que volver a la realidad y dejar a un lado sus deseos más oscuros.

Después de dejar a Morgan en la cocina para que le prepararan una buena comida, Ray se dirigió hacia las caballerizas en busca de Archie. Necesitaba hablar con su amigo y confidente para llevar a cabo el plan que ya había iniciado Archie al enviar a un par de amigos a buscar a Elliot.

El tiempo corría en su contra y estaba seguro de que Robert, el padre de Morgan, ya había caído en la cuenta de su error y seguramente estaría en pocos

días de regreso y llamando a su puerta para colgarlo en lugar de su hermano.

Ray no estaba dispuesto a pagar por algo que no había hecho. Él siempre había mantenido un respeto por las decisiones de su padre y, si tenía una amante, era algo en lo que él no podía meterse. Además, su padre ya no estaba en este mundo para hacerle las preguntas que rondaban por su mente en ese momento.

Le habría gustado saber qué había visto en la madre de Morgan, desde cuándo la

conocía, si realmente la amaba o era solo un pasatiempo... Esas y otras más, lo

atormentaban mientras cruzaba el patio en busca de las caballerizas, que estaban

cerca de la orilla del lago, ya que así les sería más fácil a los caballos salir y buscar el agua que necesitaran.

Apenas saludó con un ligero movimiento de mano a los sirvientes que

trabajaban para él. Siempre le había gustado llevarse bien con ellos y ser cercano. No le gustaba tratarlos como si no fueran personas, algo que siempre había odiado de su amado padre, que los trataba como esclavos y no pensaba en

las necesidades que pudieran tener en ciertos momentos.

—¡Archie! —Ray levantó la voz para que su amigo lo escuchara desde el otro

lado de las caballerizas.

El aludido se giró cuando escuchó su nombre. Volvió a conducir a su caballo



hacia su cuadra y regresó junto a su amigo cuando este estuvo a su altura.

—Vamos a la orilla del lago —dijo Ray muy serio—. Ahí podremos hablar más tranquilos.

Archie asintió preocupado. Siguió a su amigo hasta la orilla, no sin antes mirar hacia todos lados para comprobar que no había nadie cerca de ellos.

—¿Qué ocurre?

—Ha confesado —expuso Ray—. Morgan ha revelado que la persona a la que

ella recuerda tiene una cicatriz que cruza su cara.

Archie suspiró.

—Elliot...

—Exacto, así que me alegro de que tus amigos lo traigan en pocas horas o mañana por la mañana porque el tiempo se nos está acabando. No quiero que quede ningún cabo suelto, Archie, ni que Elliot lleve hasta el final su

venganza y acabe con la vida de Morgan.

—¿Ahora la tuteas? —preguntó Archie elevando una ceja y con un asomo de sonrisa en los labios.

Ray carraspeó incómodo y cambió de tema sin contestar a su pregunta.

—Tengo un plan para sorprender a mi hermano y obligarlo a confesar, pero necesito tu ayuda y la de cuantos puedan.

Archie asintió.

—¿Qué hay que hacer?

Esa misma noche, Morgan era incapaz de dormir. A pesar de haber regresado al dormitorio que le habían cedido durante su estancia en el castillo y de tener un colchón más que acogedor, la joven no paraba de dar vueltas. Se encontraba realmente nerviosa. Ray apenas le había contado detalles sobre lo que había ideado para dar caza a esa persona misteriosa de la que todavía no tenía idea de

qué relación lo unía a Ray.

Sin embargo, Morgan no solo estaba completamente desvelada por el nerviosismo, sino también porque había algo en su interior que le pedía a gritos

que hablara con Ray para pedirle disculpas por su comportamiento y por haberlo

señalado como asesino. Sabía que lo había metido en un buen lío y que podía haber acabado en la horca si no hubiera escapado, y ella jamás habría conocido

lo que realmente ocurrió el día que murió su madre.

Finalmente, la joven se sentó en la cama y apoyó la espalda sobre el cabecero.

La chimenea aún tenía unas ascuas encendidas, por lo que el calor aún podía disfrutarse dentro de la estancia. No obstante, Morgan sentía frío dentro de ella.

Se encontraba tan nerviosa que temblaba por culpa de un frío inexistente.

Miró hacia la ventana y descubrió que una fina lluvia caía sobre el castillo, impregnando su alma de aún más frío si cabe. Tras varios minutos de reflexión,

decidió que no podía continuar así. Necesitaba hablar con Ray inmediatamente

de lo que su alma sentía en ese momento y de lo arrepentida que estaba por haberse equivocado con él. Su conciencia no le permitía dormir esa noche y, aunque lo había amenazado con acusarlo de nuevo si no encontraba al verdadero

asesino, en su interior sabía que finalmente no sería así, sino que lo dejaría marchar y haría lo imposible por limpiar su nombre.

Morgan se levantó de la cama y se calzó los zapatos. Buscó entre el baúl alguna bata que pudiera proporcionarle calor hasta que llegara a la habitación de Ray, sin embargo, solo encontró vestidos, nada útil que pudiera servirle en ese momento.

La joven se dirigió hacia a la puerta tras un suspiro. No quería perder el tiempo en vestirse adecuadamente y acicalarse para ir a hablar con Ray, ya que

tardaría demasiado, y sus nervios no serían capaces de esperar ni un solo minuto

más.

Abrió lentamente la puerta, temerosa de que Archie volviera a estar detrás de

esta para cortarle el paso e impedirle salir a esa hora de la madrugada. Sin embargo, suspiró cuando comprobó que el pasillo estaba desierto y tenía vía libre para salir del dormitorio. Mentalmente agradeció la confianza que Ray había depositado en ella en ese momento, ya que no le había gustado sentirse prisionera en ese lugar.

Intentando hacer el menor ruido posible, Morgan avanzó por el oscuro pasillo y a tientas intentó buscar el dormitorio de Ray. En la cocina, le habían comentado las sirvientas que la habitación del joven se encontraba a tan solo dos puertas de la que ella se encontraba, por lo que no le resultó demasiado difícil encontrarla entre la oscuridad que brindaba la noche.

Cuando estuvo a su altura, Morgan golpeó ligeramente la puerta con los nudillos. No sabía por qué su corazón latía a esa velocidad, y al ver que Ray no abría la puerta inmediatamente, estuvo a punto de abandonar su idea y salir corriendo en busca del calor que le brindaba su dormitorio. Sin embargo, la joven no tuvo tiempo de pensar en nada más, pues la puerta del dormitorio de Ray se abrió repentinamente y este apareció tras ella con el rostro

completamente extrañado, gesto que aumentó al verla en el pasillo con tan solo

un camisón casi transparente y que se ajustaba como un guante a las perfectas curvas de su cuerpo.

Tras unos segundos de confusión, Ray carraspeó y la miró directamente a los ojos, pues ese camisón era tan llamativo que cualquiera que la hubiera visto así

en la puerta de su dormitorio la habría hecho pasar y le habría hecho el amor sobre la cama. Sin embargo, el joven intentó centrarse y con voz susurrante le dijo:

—Morgan, ¿qué haces aquí a esta hora?

A pesar de que había intentado parecer amable, su tono de voz imperativo incomodó a la joven, que dio un paso atrás dispuesta a volver a su habitación y

no salir de allí hasta que volviera a recuperar la valentía.

—Yo... —tartamudeó nerviosa.

Morgan miró hacia un lado y hacia otro buscando las palabras exactas con las que expresar lo que rondaba por sus pensamientos, pero se había puesto tan nerviosa con la presencia de Ray que no sabía por dónde empezar. El joven se encontraba casi desnudo, tan solo llevaba puesto el kilt, pero su pecho estaba despojado de la camisa y había dejado sin palabras a Morgan.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Ray suavizando el tono de su voz.

Morgan lo miró sin saber qué responder. Desde luego, su madre jamás la había educado para que aceptara la invitación de un hombre a su alcoba, y estaba

segura de que en su círculo de amistades sería rechazada por algo así, y más si el individuo era escocés, pero el intenso calor que salía del dormitorio y el frío que recorría su cuerpo la convencieron para aceptar la invitación de Ray.

La joven intentó entrar sin tocar a Ray, y de hecho se apartó todo lo que pudo de él cuando este cerró la puerta tras sus pasos. Morgan estaba aún más nerviosa.

Miró a su alrededor y vio que la habitación era muy parca en decoración, pero

estaba claro que allí dormía un hombre, pues su olor a masculinidad que flotaba en el ambiente penetró por su nariz y la distrajo de su verdadera intención al abordar a Ray a esa hora de la noche.

—Perdona que te moleste —comenzó diciendo la joven mirando al suelo, aunque echando un reojo al escultural cuerpo de Ray—. No quería

despertarte.

—Tranquila, no estaba durmiendo.

Ray se aproximó a la mesa que había junto a la puerta y se apoyó en esta a la espera de que la joven reordenara sus pensamientos y le dijera finalmente a qué

había ido a su dormitorio.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó para animar a Morgan a que hablara.

La joven negó con la cabeza y, finalmente, lo miró, aunque no pudo evitar que

sus ojos se dirigieran hacia su pecho desnudo.

—Yo... no podía dormir. —Ray levantó una ceja, aunque Morgan estaban tan

metida en sus pensamientos que no fue consciente de ello—. Desde lo que ocurrió en las mazmorras solo pienso en dos cosas: una de ellas es encontrar cuanto antes al asesino de mi madre; y la segunda es... pedirte perdón por haberte causado tantos problemas.

La joven agachó la cabeza y se miró las manos, que comenzaron a sudarle debido al nerviosismo. Su orgullo le impedía mirar a Ray para ver su reacción,

pero si lo hubiera hecho, habría visto que el joven estaba tan sorprendido que durante unos segundos no supo reaccionar.

Ray tan solo la observaba con el ceño fruncido, intentando descubrir que sus palabras eran verdaderas y no parte de algún truco que se le hubiera ocurrido para volver junto a su padre. Sin embargo, en el rostro angelical de Morgan había solo sinceridad.

Morgan, esperando una respuesta por su parte, levantó la cabeza y lo miró.
Lo

que mostraban sus ojos azules cautivaron tanto a Ray que dejó su apoyo
sobre la

mesa y, de dos zancadas, se puso a la misma altura de Morgan, que lo
observaba

intentando adivinar lo que estaba pensando en ese momento. Sin embargo,
Ray

no le dejó opción de pensar nada más y la besó con pasión.

No fue un beso casto y puro, como siempre había soñado, sino que volvió a
ser salvaje y rudo como la noche anterior. Pero la atmósfera que reinaba en
ese

momento entre ellos era muy diferente a lo que ocurrió en su dormitorio. No
había rabia y rencor entre ellos, tan solo un deseo que ambos habían sentido
por

el otro desde que se habían conocido, pero que por orgullo no habían querido
mostrar hasta entonces.

Morgan sintió cómo en su interior despertaba un deseo irrefrenable que jamás

había sentido por nadie. Unas ansias terribles de que Ray la hiciera suya, de
disfrutar por primera vez del cuerpo de un hombre, de dejarse llevar por sus
sentimientos de una vez por todas en lugar de que la razón se interpusiera
como

siempre.

Morgan abrió la boca dócilmente y dejó que la lengua de Ray penetrara en
ella, saboreando cada rincón y haciéndola desear más.

Un intenso calor se apoderó de su cuerpo cuando las manos de Ray bajaron

hasta su cintura y la empujaron suavemente contra su pecho desnudo, un pecho

que estaba deseando tocar fervientemente, pero que su timidez e inexperiencia en lo que estaba viviendo en ese momento hicieron que mantuviera las manos posadas sobre los musculosos brazos de Ray.

El corazón de Morgan latía con tanta intensidad que, durante unos momentos, pensó que se saldría de su pecho. La joven solo había oído hablar a sus amigas

sobre lo que ella estaba viviendo en ese instante, jamás pensó que podría sentir

aún más de lo que sus amigas habían contado o bien estas se habían ahorrado detalles a la hora de describir su intimidad con sus maridos.

Morgan creía que su cuerpo estallaría por el fuego que la abrasaba por dentro y que iba a parar a la intimidad de su pubis. Con timidez, devolvió el beso a Ray, que lo aceptó mordisqueando ligeramente sus labios y apretándola más contra él.

Lentamente, la joven levantó las manos y las apoyó en los hombros de Ray.

Este la llevó poco a poco hacia la cama que presidía el dormitorio y que antes había pertenecido a sus padres. Cuando las piernas de Morgan chocaron contra el

colchón, Ray la levantó en volandas y la depositó con lentitud sobre el mullido

colchón y las sábanas blancas intentando que el peso de su propio cuerpo no le

hiciera daño.

Morgan lanzó un suspiro cuando Ray se dirigió hacia su cuello para besarlo.

La joven arqueó la espalda por el placer que le producían los labios de Ray, y se atrevió a llevar las manos a la espalda de él para acariciarlo con timidez. A pesar de que era la primera vez que se encontraba en una situación así, Morgan se dejaba llevar por lo que su corazón y su deseo dictaban a sus músculos. Dejó a

un lado lo que la razón quería que hiciera y tan solo hacía caso al fuego que la

consumía.

Ray se dedicó a acariciar sin prisa el cuerpo de Morgan. En un momento dado, el joven retiró el camisón que vagamente tapaba las curvas que tanto deseaba. Morgan dio un respingo al verse completamente desnuda ante él e

intentó llevar sus manos hacia sus pechos y pubis, aunque Ray las paró negando con la cabeza.

—No te tapes —dijo en un ronco susurro—. Eres tan hermosa...

¿Cómo era posible que una mujer tan hermosa y atractiva aún no estuviera casada? Ray sintió que su boca se secaba por el deseo de tocar el cuerpo esbelto

de la joven.

El escocés estaba ensimismado mirando el cuerpo de Morgan. La visión de este completamente desnudo le hizo sentir algo nuevo para él, algo que nunca había sentido con anterioridad y que no entendía en ese momento. Sin embargo,

era tanta la urgencia que latía dentro de él que no podía frenar esa necesidad de complacer a Morgan, de hacerla sentir la misma urgencia que corría en su interior. Su cuerpo y su alma necesitaban fundirse con la joven hasta ser uno solo.

Morgan se mostraba, por primera vez desde que la conoció, tímida e inocente,

sin saber qué debía hacer en un momento como aquel, y sus ojos reflejaban la lucha interna que la joven mantenía con ella misma. Aquella inocencia le provocó a Ray una placentera emoción que lo cautivó por completo, estimulando

aún más si cabe la tensión que experimentaba su entrepierna.

Sin poder dejar a un lado ese deseo que lo consumía, llevó las manos hacia los

pechos turgentes de Morgan, que lanzó un suspiro de placer cuando los dedos juguetones de Ray rozaban sus pezones. La joven solo tenía fuerzas para acariciar el pelo de su amante cuando este se dirigió a lamer uno de ellos.

Morgan no pudo evitar lanzar un gemido de placer cuando la boca de Ray succionó con fuerza sus pequeños pezones rosados, provocando que su cuerpo volviera a arquearse en busca de más y más placer.

Morgan sentía que su vagina estaba realmente húmeda, como jamás había estado, y tenía la imperiosa necesidad de llevar sus manos hacia ella para intentar calmar el ansia que la devoraba por dentro. Sin embargo, Ray frenó su

mano cuando esta se dirigía hacia su entrepierna y fue él quien llevó la suya hacia esa parte de la anatomía de Morgan y comenzó a acariciarla, provocando

un intenso gemido de placer que salió de la garganta de la joven.

—Ray... —ronroneó arqueando más su cuerpo.

Morgan se mordió los labios para no gritar de placer. Su cuerpo estaba recibiendo tantos estímulos que no se creía capaz de gestionarlos sin desfallecer entre los brazos del escocés.

—Shh... —siseó el joven en el oído de Morgan antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Ella le hizo caso y se limitó a seguir disfrutando del placer. Sus ojos se cerraron cuando los dedos expertos de Ray se introdujeron dentro de su cavidad.

Morgan gimió y clavó las uñas en la espalda de su amante. Sentía que su cuerpo

necesitaba más, que no podía aguantar tanto goce como sentía en ese momento,

por lo que comenzó a mover sus caderas al ritmo que marcaban los dedos de Ray

en busca de más deleite hasta que, finalmente, Morgan experimentó el primer orgasmo de su vida. Su boca estuvo a punto de lanzar otro gemido fuerte, pero

fue sofocado por la boca de Ray, que disfrutó tanto como ella de su llegada al orgasmo.

Después, sin dejar de besarla, pues sabía que era su primera vez, aproximó su latente pene hacia la humedad que lo esperaba aún sintiendo los espasmos del orgasmo anterior. Creía que estaba a punto de caer en la locura si no la hacía suya de una vez por todas.

—Ray... —intentó explicarle Morgan.

—Tranquila —dijo contra sus labios—. Iré con cuidado.

El escocés se quitó la poca ropa que aún llevaba encima y volvió a colocarse sobre el cuerpo de Morgan. Tal y como le había prometido, Ray se introdujo en

su cuerpo con tanta lentitud y cuidado que creyó morir de placer antes de que todo su miembro estuviera dentro de Morgan. La joven sintió una punzada de dolor al inicio de la penetración, pero al instante ese dolor se transformó de nuevo en un intenso placer, y buscó de nuevo ese deleite que hasta hacía unos

segundos había sentido. Morgan volvió a mover las caderas instintivamente al ritmo que marcaban las de Ray para volver a llegar al clímax.

La joven gimoteó de placer al sentir que un nuevo orgasmo estaba próximo a llevarla una vez más al más intenso goce que había experimentado en toda su vida. Las acometidas de Ray se hicieron más fuertes hasta que el joven no aguantó más y se derramó por completo dentro de ella uniendo su gemido al de

Morgan, en cuyas piernas sentía aún el temblor producido después de aquel acto

de amor que había experimentado con la persona a la que días atrás había señalado como asesino de su madre. Y en medio de aquella niebla de excitación

que aún sentía, creyó escuchar su nombre susurrado con dulzura de la boca de Ray, aunque cuando lo miró pensó que este había caído rendido por el cansancio

y el sueño.



CAPÍTULO 7

Cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana del dormitorio de Ray y dieron directamente sobre la cabeza de Morga, esta se despertó

lentamente, sintiendo cómo cada uno de sus músculos se destensaba y parecían

volver a la vida después de toda una noche casi en vela. Después de aquella primera vez, Ray le había vuelto a hacer el amor de nuevo, disfrutando aún más

si cabe que la primera vez.

El olor de Ray aún estaba caliente sobre las sábanas y aquello le recordó la noche de pasión que había tenido entre los brazos del escocés. Abrió los ojos sorprendida de sí misma y, al mismo tiempo, avergonzada por haberse liberado

de tal manera ante la persona que la había secuestrado de las mazmorras de su castillo y que había despertado en ella sentimientos que siempre creyó dormidos

o simplemente inexistentes.

Morgan miró a su lado y descubrió que Ray ya no estaba en la cama. Por una

parte, agradeció que no se encontrara allí, pues con el día recién amanecido sentía una tremenda vergüenza a cruzar siquiera una sola palabra con él. Sin embargo, por otro lado, habría esperado encontrarlo allí y admirar, con la luz del día, el poderoso cuerpo del escocés que le había hecho el amor con tanta pasión

que aún le temblaban las piernas.

Morgan se incorporó en la cama y descubrió que sobre la mesa que había justo al lado de la puerta se encontraba una bandeja de plata con el desayuno aún humeante. Y nada más verlo, sintió cómo su estómago rugía pidiendo comida para recuperar las fuerzas perdidas a lo largo de la noche.

—¡Pero qué...! —se sorprendió.

Cuando Morgan retiró las sábanas de su cuerpo para vestirse y comer algo, descubrió que estas estaban manchadas de sangre, y de nuevo la vergüenza se apoderó de ella al pensar que los sirvientes las verían cuando entraran en el dormitorio para hacer la cama.

Tragó saliva despacio y se convenció a sí misma de que no era más que una pequeña mancha de sangre sin importancia. Además, se dijo que dentro de poco

se marcharía a Inglaterra para seguir con su vida y no volvería a ver jamás a los sirvientes... ni a Ray... Ese pensamiento le produjo cierta tristeza sin saber por

qué y no pudo evitar arrugar el ceño. ¿Acaso en su interior había cambiado algo

desde que había hecho el amor? Siempre había creído que era solo un acto para

tener hijos y que se disfrutaba, pero que los sentimientos no tenían nada que ver.

No obstante, Morgan sentía que dentro de ella había cambiado algo o más bien

que la atracción que había sentido por Ray los días atrás se había incrementado

de tal manera que no concebía una vida en la que el escocés no estuviera con ella.

—¡Qué tonta! —se dijo a sí misma.

Apretó los puños con rabia al darse cuenta de que estaba soñando despierta

sobre algo que jamás podría ocurrir. Ella y Ray tenían vidas muy diferentes y el

escocés jamás se fijaría en ella más que para otra noche de pasión. Miró con asco las sábanas, esta vez al pensar que por aquella cama habían pasado demasiadas

mujeres que seguramente habían sentido lo mismo que ella y que habían hecho

planes para vivir junto a Ray el resto de su vida.

Ella no podía pensar en eso. Debía centrarse en encontrar al asesino de su madre y ajusticiarlo para volver a su ¿encantadora? vida en Inglaterra

completamente sola, ya que su padre volvería a viajar y la dejaría en casa con la única compañía de los sirvientes.

—Sola —susurró tras un suspiro.

Jamás se había planteado otra opción más que estar sola. Nunca había sentido

envidia por sus amigas, que vivían supuestamente felices con sus maridos y rodeadas de niños que no las dejaban solas ni un solo segundo. Sin embargo, en

ese momento, mientras se vestía con el vestido que alguien le había dejado a los

pies de la cama, veía las cosas de diferente manera.

Deseó poder tener todas las noches una compañía en su cama, alguien con quien compartir su vida, sus alegrías y sus penas; alguien en quien apoyarse cuando algo fuera mal. Desde hacía dos años su único objetivo había sido el mismo. No se había planteado otra cosa que no fuera cabalgar hasta la saciedad

por toda Escocia buscando a una persona que probablemente no estuviera ya en

esa tierra. No obstante, ese objetivo estaba a punto de llegar a su fin. ¿Y qué sería de su vida después de aquello? ¿Podría volver a Inglaterra como si nada hubiera pasado y olvidar todo lo vivido?

—Jamás —se respondió a sí misma.

Sentía que había puesto su mirada en la persona equivocada, una persona que nunca pondría la suya sobre ella, y se arrepentía. ¿Cómo iba a enamorarse de ella una persona como Ray? Alguien tan viril, fuerte y decidido no podría

enamorarse de una inglesa como ella. Estaba segura de que allí no la aceptarían

solo por tener mitad sangre inglesa, incluso en Archie había podido ver cierta reticencia a estar con ella.

Respiró hondo y sacudió la cabeza. No estaba dispuesta a seguir pensando en esas cosas. Desayunó todo lo que habían preparado para ella y salió del dormitorio dispuesta a hablar con Ray sobre lo que había pasado la noche anterior.

Su corazón latía desmesuradamente. No quería vivir como si nada hubiera pasado entre los dos, por lo que debían hablar sobre el tema, pero de nuevo volvía a tener esa timidez. Hablar de sexualidad con un hombre no era lo que había aprendido de su madre. La estricta educación a la que había sido sometida

no daba lugar a tratar temas de esa índole con nadie, ni siquiera con una amiga,

aunque en su círculo de amistades lo hacían cuando estaban solas, y siempre se

sonrojaban tanto que debían salir al balcón a tomar el aire.

Caminó con paso titubeante y lento por el pasillo hasta las escaleras. Estas las

bajó lentamente al tiempo que pensaba una y otra vez qué palabras emplearía para tratar un tema tan delicado con Ray. En eso se encontraba cuando vio cruzar

por el pasillo del piso inferior a Archie. Este pasó ante ella como una exhalación y sin apenas darse cuenta de su presencia. En su gesto veía una preocupación extrema, por lo que llamó su atención:

—¿Ocurre algo, Archie? —preguntó realmente interesada.

El aludido miró hacia su dirección y, con un gesto en la cara que Morgan no supo interpretar, negó con la cabeza repetidamente.

—¿Estás seguro? Se te ve preocupado.

—No pasa nada, señorita... —esta última palabra la dijo con un tono irónico que preocupó aún más a Morgan.

La joven terminó de bajar los pocos escalones que le quedaban al tiempo que Archie intentaba marcharse de allí. Sin embargo, una vez más llamó su atención.

—¿Sabes dónde está Ray?

Archie detuvo su paso y, aún de espaldas, giró levemente la cabeza y le dijo:

—Esta mañana se levantó temprano y se marchó.

—¿Se ha ido? —preguntó disgustada—. ¿A dónde?

Archie se giró enfadado y la miró a los ojos.

—Pues no sé. Dígamelo usted.

—Si lo supiera no te estaría preguntando —contestó ella lentamente sin

entender el porqué de la situación.

Archie dio un par de pasos hacia ella.

—Pues suponía que lo sabría después de haber estado toda la noche en su dormitorio... —dijo en un tono acusativo—. Primero lo acusa de asesinato, y ahora se acuesta con él... Curiosa educación la que reciben en Inglaterra...

Morgan tragó saliva. No esperaba una respuesta así por su parte, y menos dirigida con tanta crueldad e inquina. Miró a Archie durante unos segundos más

hasta que este se dio media vuelta y la dejó completamente sola al pie de las escaleras.

Morgan apretó las manos con rabia. Consideraba que no debía ser tratada como si fuera una simple furcia a la que visitar en cualquier burdel de la zona.

Así era como se sentía. Con lágrimas en los ojos, se dirigió hacia la puerta de salida, pero Archie había salido por allí y no deseaba encontrárselo en el patio.

No sabía qué hacer, a dónde dirigirse. Tan solo sabía que no quería estar con nadie. Necesitaba pensar en todo lo que había ocurrido y podría ocurrir de ahora

en adelante. Morgan recordó que desde la cocina podía salir del castillo, así que pensó que sería la mejor opción dadas las circunstancias.

Con paso lento y arrastrando los pies se dirigió hacia su objetivo. Deseó fervientemente que no hubiera ningún sirviente dentro de las cocinas, así no tendría que dar explicaciones por las lágrimas que, ahora sí, corrían por sus mejillas sin control.

La suerte estuvo de su parte. Nadie se cruzó por su camino y logró salir del castillo sin ser vista. Se aproximó a la orilla y se sentó sobre la hierba. Corría

un viento suave, pero fresco que le erizó la piel al instante. Sin embargo, el frío no era su mayor problema en ese momento. Se sentía realmente sucia, como nunca,

como si llevara meses sin haber lavado su piel para quitar el polvo del camino.



Pero no era ese tipo de suciedad la que la joven sentía a través de su cuerpo. Sino que era el mismo sentimiento que ella había experimentado al cruzarse con alguna fulana por el camino. Siempre las había considerado sucias, capaces de vender su cuerpo por cualquier motivo. Y ahora ella sentía que había vendido el

suyo para conseguir algo de Ray. Ese sentimiento es el que Archie le había transmitido, como si hubiera usado al escocés para conseguir su libertad o para

llevarlo al patíbulo. Y nada más lejos de la realidad, había pasado con él la noche porque lo deseaba de verdad, porque dentro de ella había un sentimiento al que

no era capaz de ponerle nombre, pues jamás lo había sentido. Un sentimiento que ahora la hacía sentir culpable por algo que no había hecho.

Morgan apretó los puños con fuerza. En los dos últimos años había sido una persona incapaz de sentir nada por nadie, ni siquiera por ella misma, pero ahora

habían despertado en ella esos sentimientos y no sabía cómo gestionarlos.

—Madre, ayúdeme —susurró la joven mirando al cielo encapotado en busca de alguna señal que su madre le enviara desde donde estuviera.

Morgan volvió a dirigir su mirada hacia el agua tranquila, un agua que parecía

no presagiar lo que estaba a punto de ocurrir, pero que en su interior sabía con

certeza que una tormenta se aproximaba...

Tras un largo día en soledad, Morgan se dirigió hacia su dormitorio.

Necesitaba prepararse para cenar, aunque no deseaba bajar al comedor para ver

la cara de odio de Archie. No sabía si Ray había vuelto después de todo el día desaparecido, pero escogió uno de los vestidos más bonitos que había dentro del

baúl.

Estaba a punto de terminar la trenza en la que se había recogido el pelo cuando unos nudillos insistentes llamando a la puerta la distrajeron.

—¡Puede entrar! —dijo con la confianza de que era una de la sirvientas que había subido a ayudarla a vestirse.

Sin embargo, el sonido de unas botas pisando fuertemente sobre el suelo llamó su atención y le indicaron que no se trataba de ninguna sirvienta.

Morgan se dio la vuelta despacio con el corazón a punto de salirse del pecho

y descubrió que Ray estaba allí aún con la ropa manchada por el polvo del

camino. Cuando lo vio, sintió cómo dentro de ella se encogía el estómago y surgían unos nervios propios de una novia virginal en su noche de bodas.

Intentó no mirar el cuerpo del escocés, cuyos músculos sobresalían por su camisa y bajo el kilt e incitaban a la joven a recordar los momentos vividos la noche anterior en el dormitorio de Ray. Dirigió su mirada hacia el rostro de este y no supo interpretar el gesto que había en él.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Morgan casi sin voz.

Ray dio un par de pasos hacia ella y cerró la puerta con un enérgico portazo.

La joven se amedrentó cuando escuchó el fuerte sonido y no pudo evitar dar un

paso hacia atrás de manera inconsciente.

—Sí —contestó Ray mirándola de arriba abajo sin pudor—. Hay algo que no entiendo.

Morgan tragó saliva y mantuvo como pudo la mirada en su rostro.

—¿Puedo saber qué?

Ray asintió seriamente.

—Me gustaría saber qué es lo que me has hecho, mujer —dijo tras unos segundos de silencio.

—Lo siento, pero no te entiendo.

—¿Se puede saber qué clase de embrujo has vertido sobre mí esta noche?

¿Acaso tu institutriz te enseñó a hacer brujería?

—Pero ¿de qué estás hablando? Yo no he hecho nada, Ray.

Morgan se aproximó a él e intentó poner una mano sobre su tenso brazo, pero

este se apartó como si la joven quemara.

—Me levanté esta mañana y lo único que deseaba una y otra vez, y así a lo largo de este maldito día, era tu cuerpo.

Un intenso calor recorrió el cuerpo de Morgan.

—Me has embrujado. Me has hecho algo que me impide sacarte de mi cabeza y olvidar lo que sentí anoche mientras estaba enterrado en tu cuerpo, mujer.

Morgan abrió la boca para decirle algo, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta. No podía creer las palabras de Ray. Él también había

sentido algo extraño dentro de él al tiempo que unían sus cuerpos.

—Yo no...



—Quiero saber qué demonios me has hecho —dijo con voz ronca mientras se acercaba lentamente hacia ella— para no poder olvidar tu pelo, el olor de tu piel

—Le tocó el rostro—, tu suavidad... Tu cuerpo.

Ray pasó una mano por la cintura de Morgan, que estaba totalmente embelesada por sus palabras, y se dejó hacer.

—Qué me has hecho para no poder olvidar tus labios —dijo, posando los suyos sobre los de la joven suavemente.

Ray besó a Morgan con una ternura que desconocía de sí mismo. Bebió de la suavidad que desprendían los labios de Morgan y le hizo el amor con la boca, haciéndola gemir cuando mordió sus labios levemente.

La joven correspondió a su beso de la misma manera, disfrutando

intensamente de ese beso y el abrazo que le proporcionaban los musculosos brazos de Ray, sintiendo el calor que el cuerpo del escocés desprendía.

—Qué me has hecho para desear ver tu cuerpo desnudo una y otra vez sobre las sábanas —dijo contra sus labios.

Con una valentía impropia de ella, Morgan llevó sus manos a los lazos que apretaban la tela de su vestido y lentamente los desató hasta deshacerse por completo de ellos. Lanzó un suspiro de alivio cuando su ropa dejó de rozar sus

sensibles pezones y se dejó acariciar por las hábiles manos de Ray, que intentaba contenerse a pesar de querer devorarla por completo.

Pronto, la molesta falda de Morgan acompañó al corpiño en el suelo,

quedando desnuda por completo ante los ojos devoradores de Ray. La joven ya

no sintió la vergüenza de la primera vez. No entendía por qué no sentía miedo o

timidez ante el escocés, pero parecía haber estado siempre así ante él.

—Eres hermosa —dijo Ray en un susurro antes de volver a besarla con avidez.

La pasión los cegó a ambos. Se dejaron llevar de nuevo entre las sábanas, esta

vez disfrutando más el uno del otro, sin prisa, descubriendo cada rincón del cuerpo que les era desconocido y placeres nunca vividos por ambos.

Alcanzaron

el clímax al mismo tiempo, dejándose llevar al instante por el cansancio.

Al cabo de una hora y después de que Archie fuera a buscar a Ray de mala

gana a la habitación de Morgan, la joven volvió a encontrarse de nuevo sola en su dormitorio. En su rostro podía notarse la felicidad en su rostro por haberse sentido amada nuevamente por Ray a pesar de que horas antes había estado llorando sin consuelo a la orilla del lago. No podía mentir a su corazón. Sí, estaba segura de que Ray solo la deseaba para tenerla en la cama durante unas horas, pero la joven no quería solo eso, sino más. Y a pesar de haber roto su propia promesa hecha horas antes, se sentía plena.

Volvió a dirigirse al baúl para ver los vestidos, pues el que se había puesto con anterioridad estaba totalmente arrugado en el suelo. Deseaba estar perfecta y cuando encontró un vestido azul de seda con bordado en negro supo que esa sería la vestimenta perfecta para aquella noche. Se miró en el espejo y vio que ya nada quedaba de la trenza que con tanto esmero se había hecho una hora antes,

por lo que volvió a peinarse y trenzarse el pelo.

—Así mejor —dijo para sí cuando vio el reflejo de su imagen en el espejo.

Decidida, Morgan salió del dormitorio para dirigirse al salón principal. Antes

de marcharse, Ray le había dicho que aquella noche sería especial y que tendrían

que tratar temas importantes, por lo que no podía evitar sentirse ligeramente nerviosa, pues no sabía si hablarían del asesino de su madre o de sus encuentros.

Bajó las escaleras despacio, aunque su corazón le pedía volar hacia el salón.

—Está preciosa, señorita —le dijo una de las sirvientas que la esperaba al final de las escaleras para acompañarla al salón.

Morgan respondió a la muchacha con una sonrisa sincera y la siguió con paso firme mientras era conducida al gran salón principal, que usaban únicamente cuando había alguna comida con alguien importante.

La joven carraspeó cuando la sirvienta abrió la puerta y entró en la estancia con la cabeza aún mirando al suelo. Estaba realmente nerviosa por ver de nuevo

a Ray y saber por qué tanto misterio para esa cena. Durante unos segundos pensó

que tal vez habían llamado a su padre para aclarar las cosas y decirle que todo había sido un error y el verdadero asesino de su madre estaba aún suelto. Sin embargo, cuando Morgan levantó de nuevo la mirada y la dirigió hacia el frente,

sus pies se quedaron clavados en el suelo y su corazón comenzó a latir tan deprisa que estuvo a punto de desfallecer y caer contra el frío suelo.

La joven no podía creer lo que sus ojos estaban contemplando. Por un momento, pensó que se trataba de una ilusión fruto de un trastorno oculto que había aparecido dos años atrás. Sin embargo, los ojos de Morgan pasaban

rápidamente de Ray al joven que había exactamente igual a su lado, que, al igual que ella, la miraba totalmente anonadado. Y fue entonces consciente de que lo que estaba ocurriendo frente a ella era totalmente real, especialmente cuando sus ojos vagaron por el rostro del invitado y descubrió, con horror, la espantosa marca que cruzaba su rostro. Marca que había recordado en su mente una y otra

vez desde hacía dos años. Esa marca que jamás creyó volver a ver, pues sus

esperanzas por encontrarlo se habían esfumado poco a poco con el paso del tiempo.

Después miró a Ray y descubrió en él casi el mismo gesto que su gemelo, aunque el de este último era casi terrorífico y poco amable, al contrario que el primero.

Morgan abrió la boca para decir algo, pero parecía que el tiempo se había detenido y todos parecían muñecos de cera que estaban petrificados en sus puestos. Archie carraspeó incómodo y otros hombres que no conocía mostraron

el mismo sentimiento ante esa escena.

Elliot también estaba sorprendido. Los hombres que fueron a buscarlo le habían dicho que su hermano quería protegerlo de las personas que hacía tiempo

lo buscaban y había caído por completo en la trampa. Cuando la puerta del salón

se abrió y dejó paso a Morgan la reconoció al instante. Hacía meses que seguía

su pista y la observaba. Aún recordaba su olor cuando asesinó a la madre de la

joven y estuvo a punto de hacer lo mismo con ella. Sin embargo, su belleza había

hecho que finalmente le perdonara la vida, aunque con el paso del tiempo se había arrepentido de haberlo hecho.

El joven se giró completamente encolerizado hacia su hermano y le dijo:

—¿Qué significa esto, Ray? —preguntó intentando contenerse.

—¿A qué te refieres? Tenemos una invitada en el castillo...

—No es una invitada cualquiera, hermano. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—preguntó mirando de un lado a otro intentando averiguar algo en los rostros de

los allí presentes.

Después fijó de nuevo sus ojos en Morgan que, sin pensar, dio un paso hacia atrás y tragó saliva. Ray, viendo su aturdimiento y nerviosismo, dio un paso firme hacia ella y le dijo:

—Lady Morgan, le presento a Elliot Logan, mi hermano gemelo.

Morgan asintió y miró de nuevo al invitado. No podía creer aún lo que

advertían sus ojos. Era la primera vez en su vida que veía a dos personas exactamente iguales delante de ella, aunque en el gesto del rostro eran completamente diferentes. Elliot no dejaba de mirarla sorprendido, nervioso y, al mismo tiempo, enojado y rabioso, prometiendo con su mirada hacerle pagar por

todo lo que le ocurriera a partir de ese momento.

—Elliot —intervino Ray de nuevo mirando esta vez a su hermano—, no sé si conoces a lady Morgan.

El aludido miró iracundo a su hermano y apretó los puños. Durante unos momentos, el silencio fue su única respuesta. Parecía debatirse entre decir la verdad y explicar qué fue lo que ocurrió o mentir descaradamente a pesar de que

era evidente que Morgan lo había reconocido nada más entrar al salón.

Finalmente, Elliot dio un paso al frente para dirigirse hacia la puerta y marcharse de allí, sin embargo, su gesto se interpretó como una forma de hacerle

daño a Morgan, por lo que los allí presentes se interpusieron ante él y la joven, que estaba petrificada en el sitio sin poder moverse de la impresión.

—Morgan —Ray llamó la atención de la joven—, ¿es él a quien llevas buscando desde hace dos años? ¿Es su rostro el que recuerdas o sigues pensando

que es el mío?

La aludida lo miró directamente a los ojos. Sabía, por la expresión que ella misma tenía en la cara, que no hacía falta confesión alguna. No obstante, Ray se

lo merecía y, finalmente, intentando que su voz sonara firme y decidida, dijo:

—Sí, es él.

Los demás no necesitaron prueba alguna más, ya que lo agarraron y lo condujeron hacia la puerta del gran salón.

—¡Esto no quedará así, hermano! —gritó Elliot—. Has vendido a los de tu propia sangre.

—Lo siento, hermano —contestó Ray en voz baja—, pero no voy a pagar por tus errores.

Elliot intentaba por todos los medios desasirse de los brazos de los hombres de su hermano y agredir a Morgan, que se había retirado de la puerta para dejar

salir a los que empujaban a Elliot fuera de allí.

—¡Maldita perra inglesa! —vociferó—. Tu mala sangre no ha traído más que desgracia a nuestra familia.

El joven intentaba frenar a los demás para escupir a Morgan todo el odio que guardaba en su interior.

—No sabes quién era en realidad la puta de tu madre. —Después señaló a Ray—. ¡Él lo sabe!

Morgan dirigió su mirada al señalado, que apretó los puños con rabia al verse descubierto.

—¿No te ha dicho mi querido hermano qué hizo tu madre? —Elliot se rió estruendosamente al ver la cara de estupefacción de Morgan—. Seguro que ha preferido meterte en su cama, como nuestro padre.

—¡Ya está bien, Elliot! —La voz atronadora de Ray se levantó y se hizo oír

entre los gritos de su hermano. No estaba dispuesto a seguir escuchando las palabras de su hermano antes de que Morgan supiera toda la verdad—. He enviado a un emisario en busca de Robert Beckett para que él decida cuál debe

ser tu castigo por asesinar a su esposa.

—Tu madre era una furcia, *sassenach* —gritó Elliot sin escuchar las palabras de su hermano.

—¡Llévalo a las mazmorras! —vociferó Ray enfadado.

Sus hombres obedecieron al instante. No querían sentir sobre ellos la ira de su

señor y abandonaron aprisa el salón, sumiéndolos en el más completo silencio.

Morgan respiraba con dificultad, aún sorprendida y herida por las palabras que había dicho Elliot sobre su madre. Siempre la había considerado un ejemplo

a seguir y jamás le había dado muestras de que su comportamiento no era el

adecuado. No quería creer sus palabras, pero la cara desfigurada de Ray al confesar su hermano lo que sabía sobre su madre le había confirmado que el joven sabía más de Elisabeth que ella misma. Y eso le dolía. Hacía solo un par

de horas que habían compartido nuevamente el lecho y ahora lo miraba sobrecogida por los acontecimientos.

Morgan no estaba segura de encontrarse más sorprendida porque Ray tuviera un hermano gemelo o porque había algo sobre su madre que desconocía, pero no

le era indiferente al joven.

Un torrente de lágrimas acudió a sus ojos, pero intentó retenerlas con todas sus fuerzas para evitar derramarlas delante de Ray. Quería mostrarse fuerte, que

aquello no le afectaba tanto como daba a entender, aunque su corazón estaba llorando tanto que sintió un leve mareo.

—¿Te encuentras bien, Morgan?

Ray acudió raudo a su encuentro y la sujetó con cuidado antes de que cayera

al suelo estrepitosamente. Rápidamente, le acercó una silla y la sentó sobre ella lentamente. La joven ya no aguantaba las lágrimas y las derramaba por sus mejillas sin consuelo. Sentía que su alma por fin descansaba después de tanta búsqueda sin descanso durante veinticuatro meses. Una búsqueda que la había llevado por todo el país a pesar de que la solución estaba a tan solo unas horas

del castillo de su familia materna.

Sin embargo, aún quedaba algo más por solucionar. El encuentro con el

asesino de su madre le había abierto nuevas incógnitas sobre lo que ocurrió

aquel día, y las palabras de Elliot le hicieron pensar que no fue un ataque elegido al azar, sino que habían ido a buscar deliberadamente los carruajes en los que viajaban rumbo a Inglaterra. Y por lo que Elliot dijo, además del rostro descompuesto de Ray, este sabía qué había ocurrido ese nefasto día.

Morgan lo miró cuando sus lágrimas le permitieron verlo con detalle y esperó a que el joven se sentase frente a ella para comenzar su explicación.

—Antes de nada, quiero aclarar que yo no sabía que tú estabas ligada de alguna forma a esa mujer. Yo jamás la vi, pero Elliot sí. Si lo hubiera sabido, todo esto habría acabado hace mucho tiempo. De hecho, no sabía que mi hermano estaba detrás de la muerte de esa mujer... de tu madre.

Morgan lo escuchaba en completo silencio. Deseaba fervientemente conocer toda la verdad, aunque doliera en lo más profundo de su ser. No entendía qué ocurría ni por qué Ray conocía una parte de la historia de su madre que ella desconocía por completo. Siempre creyó que su madre le había hablado de toda

su historia en Escocia antes de que fuera obligada a casarse con Robert.

Elisabeth le había inculcado su amor por Escocia y siempre había descubierto cierta nostalgia en su voz. Pero ¿qué tenía que ver su madre con la familia Logan? Jamás había oído hablar de ese apellido, ni siquiera sabía de la existencia de ese castillo. Pero al parecer su madre sí que conocía muy bien a esa familia. Y

la joven estaba a punto de conocer toda la verdad de boca del hombre del que creía estar enamorada.

—Hace dos años —comenzó Ray—, Elliot entró en mi dormitorio con el rostro descompuesto. Nuestra madre hacía años que había muerto y nuestro padre siempre nos dijo que jamás volvería a conocer a una mujer como ella. Pero

al parecer era mentira. Mi hermano me contó que lo había pillado en la cama

con

una mujer. —Ray dijo estas últimas palabras muy despacio para que Morgan las estudiara y archivara en su cabeza—. Esa mujer... era tu madre. Elliot escuchó a

tu madre hablar de ti y del castillo de su familia...

—No puede ser. —Morgan se levantó airada de la silla negando con la cabeza

repetidamente—. Mi madre estaba enamorada de mi padre. Yo los veía respetarse cada día y dedicarse palabras bonitas, Ray.

—Una palabra bonita no es símbolo de amor. Hay que demostrarlo y sentirlo de verdad en el corazón, Morgan. Lamento decirte esto, pero tu madre era la amante de mi padre. No sé cómo se conocieron ni sé cuánto tiempo llevaban viéndose a escondidas, pero Elliot los vio.

Morgan se giró enfurecida hacia Ray.

—No me creo lo que tu hermano el asesino diga de mi madre —dijo con ojos llorosos—. La conocía...

—Todo el mundo tiene secretos, Morgan. —Ray le habló intentando aparentar

calma—. Tu madre no te contaría jamás que tenía un amante. Eso es secreto. Si

lo hubiera hecho, corría el riesgo de que se lo contaras a tu padre y este la repudiara o... peor, la matara.

—¿Y no le preguntaste a tu padre por ella para conocer su identidad?

—Mi padre era libre de hacer lo que deseara. Elliot se marchó enfurecido de

mi dormitorio cuando le dije que no estaba dispuesto a meterme en su vida, y él

juró vengarse, pero nunca llegué a saber lo que él había hecho, pues a los dos días apareció por casa para recoger algunas cosas y marcharse. Hasta ahora.

Cuando me describiste su imagen y me confundiste con él, supe enseguida que

algo había hecho, y supuse que tu madre era la amante de mi padre. Por eso insistí tanto en que me dijeras qué me diferenciaba de la persona que tú viste aquel día en el prado.

Ray se alejó de ella y le dio la espalda.

—Es mi hermano gemelo, por Dios —se lamentó—. Nunca pensé que hubiera

sido capaz de matar a alguien a sangre fría solo por eso. Intenté convencerlo de

que mi padre podía hacer lo que quisiera, pero siempre fue muy obstinado.

Ray se dio la vuelta y la miró apenado.

—Me cuesta mucho delatar a la persona con la que compartí vientre, pero nuestro padre siempre nos enseñó que nuestros actos tienen consecuencias. Si actuamos bien, recibiremos lo mismo. Así que en este caso, en el que mi

hermano ha errado, deberá pagar por su crimen. Y llegaré hasta el final.

Morgan sentía un nudo en la garganta. Sus sentimientos hacia Ray le hacían

dudar sobre si deberían continuar con todo aquello y ajusticiar a Elliot o bien imponerle un castigo para que aprendiera. Sin embargo, pensaba en todo lo vivido durante esos dos años y no podía evitar sentir odio hacia la persona que

era exactamente igual que Ray, sus mismos rasgos, sus mismos gestos, pero

de

sentimientos tan diferentes.

La joven recordó el gesto de odio que le había dedicado Elliot minutos antes de que se lo llevaran. Ella no le había hecho nada ni era culpable del daño que

podría haberle hecho su madre en el pasado, pero sintió cómo su mirada la traspasaba y le hacía recordar lo vivido en el prado cuando se aproximó a ella para matarla.

—Ray, ojalá pudiera volver atrás y cambiar todo lo que ha ocurrido con tu hermano, pero no puedo. He estado mucho tiempo persiguiéndolo sin descanso.

Su rostro me quitaba el sueño y me perseguía una y otra vez.

—No quiero que cambies nada —dijo Ray acercándose a ella y mirándola a los ojos—. No tienes culpa de nada. Solo Elliot.

Morgan asintió con lágrimas en los ojos.

—No llores más, por favor —dijo Ray limpiándole las lágrimas con el ceño fruncido—. Será mejor que descanses. Tu padre llegará mañana alrededor de mediodía y será un día muy largo.

La joven dudó un instante, pero finalmente cedió y se marchó del salón, dejando a Ray en la más completa soledad. Ni siquiera escuchó cuando una de

las doncellas le preguntaba si quería cenar en su dormitorio. Se le había cerrado el estómago nada más ver a Elliot; y conocer la historia de su madre y el engaño

a su padre no ayudaba demasiado a calmar sus nervios. Le hubiera gustado

volver a ver a su madre una vez más para saber la verdad, para saber por qué engañó a su padre con aquel hombre y por qué jamás había confiado en ella para

contarle algo de tal transcendencia.

Pensando en todo eso y más, Morgan llegó a su dormitorio y se quitó la ropa.

Sin tan siquiera deshacerse la trenza, se metió en la cama completamente desnuda y suplicando que el sueño la venciera lo antes posible para intentar olvidar, al menos por unas horas, lo que había sucedido en el gran salón del castillo.

Morgan cayó rendida por el sueño sin saber que el día siguiente sería uno de los peores de su vida...



CAPÍTULO 8

Las primeras luces del alba sorprendieron a Morgan aún en los brazos de Morfeo. Había logrado dormir durante toda la noche y su cuerpo se resistía a abandonar el sueño tan reconfortable que la acunaba. Sin embargo, el ruido que

hacían los sirvientes de un lado hacia otro del pasillo terminó de despertarla. La joven se despezó y sonrió cuando las sábanas se deslizaron por su cuerpo desnudo y dejaron al descubierto sus pechos.

Morgan se resistía a levantarse. El día anterior había sido demasiado exhausto

para ella y repleto de información importante para su vida. A pesar de haber dormido durante toda la noche, sentía que su cabeza palpitaba ligeramente, provocándole un intenso dolor de cabeza que la hacía desear aún más la suavidad de las sábanas.

Un extraño ruido que parecía proceder de su misma habitación hizo que

Morgan abriera los ojos extrañada. Miró de un lado a otro del dormitorio, pero

no vio nada caído ni fuera de su sitio. Frunció el ceño y se incorporó en la cama.

Supuso que se había tratado de algún ruido cercano a la puerta de la habitación,

por lo que decidió levantarse y vestirse con premura para conocer los últimos detalles de Elliot.

Mientras buscaba algún vestido que ponerse, a la mente de Morgan regresaron

unas palabras con su madre que había olvidado por completo. La joven se quedó

quieta y rememoró ese instante como si hubiera ocurrido el día anterior: “Hija mía, nunca he querido a nadie como te quiero a ti, ni siquiera a tu padre”. ¿A qué se había referido su madre cuando le dijo aquello? ¿Tal vez al padre de Ray?

Aquellas palabras se las dijo antes de que la obligaran a salir del carruaje y la asesinaran frente a ella. ¿Tal vez su madre había querido decirle que tenía un

amante? En su momento no llegó a entender aquellas palabras, de hecho no las

había vuelto a recordar, pues creía que carecían de sentido. Pero después de conocer toda su historia, tal vez sí que tuvieran algún tipo de significado y su

madre se arrepentía de su error. De hecho, en ese momento, Morgan recordó la mirada de pánico y terror al parecer reconocer los colores del tartán de los Logan cuando los vio aparecer frente al carruaje.

En ese momento, entendió que Elisabeth se arrepentía de lo ocurrido y parecía

querer pedirle disculpas, aunque no hacía falta que lo hiciera. Morgan sabía que

no debía juzgar a su madre, pues estaba segura de que aquello no había sido más

que un error.

Finalmente, intentando olvidar aquellas palabras, la joven se acicaló con la jofaina que los sirvientes habían preparado para ella y se dirigió hacia la puerta.

Cuando esta se abrió, Archie apareció detrás con rostro incómodo y evitó mirarla

directamente.

—Lo siento, lady Morgan —comenzó—, el señor ha salido del castillo y me ha pedido que sea su protector.

—¿Mi protector? No necesito un protector —contestó.

—Lo siento, pero la seguridad se ha reforzado en el castillo debido a la presencia del señor Elliot en él.

—¿Y a dónde ha ido Ra... el señor? —se corrigió a sí misma.

—No puedo contárselo, señorita. Lo sabrá a su debido tiempo.

Morgan sintió un intenso calor en las mejillas. De nuevo volvían a encerrarla en su dormitorio sin salir y solo porque el asesino de su madre estaba encerrado

en las mazmorras.

—Le repito que no necesito protección, Archie —dijo Morgan dando un paso hacia adelante—. Quiero salir de aquí.

—El señor me ha dado órdenes expresas de hacer lo que haga falta para impedirlo... —Carraspeó incómodo—. Por favor, lady Morgan...

Por primera vez desde que habían comenzado a platicar, Archie la miró a la cara y, dejando atrás la expresión de odio al no quererla allí entre esas cuatro paredes, le pidió con los ojos que lo dejara estar. No quería meterse en problemas con su mejor amigo y no quería decepcionarlo al no saber actuar y ejercer presión sobre la joven inglesa indómita que había cautivado a muchos en

aquel castillo gracias a su obstinación por buscar a un asesino durante años.

Morgan apretó los puños. No deseaba quedarse en el dormitorio, sino que quería participar en todo lo relativo a la sentencia de Elliot. Sin embargo, tras un

suspiro, cedió y asintió en silencio mirando a Archie. No quería que el joven tuviera problemas con Ray por su culpa a pesar de que la relación que había tenido con él no era precisamente la mejor. No quería mostrarse como una niña

malcriada, sino como la mujer en la que se había convertido en los últimos años.

—Espero que se me informe de todo en cuanto Ray regrese —dijo antes de cerrar la puerta de un portazo y sin esperar la respuesta de Archie.

Morgan se cruzó de brazos y suspiró largamente. Estaba realmente enfadada.

Ray se había marchado del castillo sin decirle nada y hacia un rumbo que desconocía por completo. Deseó que fuera en busca de su padre y lo llevara al

castillo lo antes posible. Necesitaba verlo, preguntarle por su madre y contarle toda la verdad. Sabía que le dolería, pero no podía callarse eso después de que su madre perdiera la vida y su padre se preguntara continuamente el porqué.

Con paso lento se aproximó hacia la ventana. El día se había levantado nublado y el cielo prometía lluvia intensa en las próximas horas. Su alma deseaba abrir la ventana y gritar con todas sus fuerzas. La historia de su madre

con el padre de Ray le dolía más de lo que pudiera pensar y querer, pero la vida

había transcurrido así y debía aceptarla tal y como era.

Los minutos pasaban y todo a su alrededor era silencio. No había

absolutamente nadie en el patio, pues parecía que Ray se había llevado con él a

varios de sus hombres; ni siquiera en el pasillo se escuchaban los pasos acelerados de los sirvientes. Todo parecía haberse quedado en calma para que la

joven intentara poner en orden sus ideas. Sin embargo, el mayor de los peligros

rondaba a tan solo unos metros de ella.

Morgan no era consciente de que unos ojos la miraban en silencio tras ella y

que la habían estado observando durante gran parte de la noche. Unos ojos devoradores que habían ardido nada más descubrir que la joven estaba desnuda

bajo las sábanas y que no había nada más en el mundo que llamara tanto su atención como las femeninas curvas de Morgan. Sin embargo, había preferido esperar y disfrutar solo con mirarla. Deseaba hacerla suya cuando estuvieran lejos de aquellas paredes que solo le traerían dolor y muerte.

Una imagen que lo perseguía durante dos años era el cuerpo de aquella sucia inglesa cabalgando sobre el cuerpo desnudo de su padre en la habitación que había compartido con su madre durante tantos años. Aquella imagen volvía a su

mente una y otra vez y, aunque había acabado con el problema, no lograba olvidarla. La hija de aquella mujer, que lo había cautivado por su increíble

belleza aquel día en el prado, se encontraba a solo unos pasos de él. No había logrado olvidar aquellos ojos que lo miraron con tanto pánico ese día, sino que

habían logrado traspasar su corazón y su mente, volviéndolo casi loco por desear

volver a verlos y tenerlos cerca de él, algo que, por otra parte, odiaba por pertenecer a la hija de la mujer que había llevado a su casa tanto dolor. No podía dejar que aquella muchacha lo volviera tan ciego como había estado su padre con Elisabeth, ni tampoco podía dejar que cualquier otros ojos se posaran sobre

ella. Finalmente, se decidió y caminó lentamente hacia ella.

Morgan suspiró nuevamente. Su corazón estaba a punto de calmarse y olvidar el enfado inicial al saberse privada de libertad nuevamente. Intentó comprender

los motivos que habían llevado a Ray a aquel extremo y una parte de ella

sintió

nerviosismo al comprobar que se seguía preocupando por ella.

Un asomo de sonrisa quiso vislumbrarse en la comisura de sus labios al recordar a Ray, sin embargo, esta quedó congelada al ver aparecer detrás de ella

la imagen de Elliot reflejada en la ventana. Morgan abrió desmesuradamente los

ojos ante la incredulidad de la imagen que tenía ante ella.

La joven se giró rápidamente, sin embargo, Elliot fue más veloz y pasó un brazo por su cuello y la empujó contra su pecho para después taponarle la boca antes de que la joven pronunciara sonido alguno.

Morgan intentaba desasirse de sus brazos, pero la musculatura de Elliot era casi idéntica a la de Ray y apenas logró nada para su beneficio. La joven dirigió de nuevo su mirada hacia el reflejo de ambos en el cristal y fulminó con la mirada al hermano gemelo de Ray.

—Será mejor si estáis calladita, señorita Beckett —dijo Elliot a unos

centímetros de su oído—. ¿No querréis acabar como vuestra madre? También podéis elegir la opción de silenciaros con mis propios labios y dejar que mi cuerpo desnudo mantenga el vuestro totalmente inmóvil.

El corazón de Morgan se disparó al escuchar esas últimas palabras. Su vida estaba en peligro, pues estaba segura de que finalmente Elliot iba a acabar lo que no pudo hacer dos años atrás.

Nuevamente, Morgan intentó patlearlo, pero no consiguió nada, tan solo una

exclamación de dolor por su parte. Numerosas preguntas se agolpaban en su mente en ese momento, aunque la más importante de todas era cómo había podido escapar de la celda en la que su hermano lo había metido, además de burlar la seguridad que le habían puesto para que no saliera de allí.

—¡Qué imbécil mi querido hermano! —dijo susurrante—. No puedo creer que te haya dejado sola y se marchara del castillo.

Morgan clavó cruelmente las uñas en la mano de Elliot, pero este pareció no sentir dolor en ellas, aunque apretó aún más la mano sobre su boca.

—Eres tan fiera como tu madre —dijo tuteándola—. ¿Te ha contado ya mi hermano que tu querida madre se fornicó a mi padre? La muy perra merecía morir.

La mano libre de Elliot recorrió la cintura de Morgan, provocando en la joven un deseo ferviente de golpearlo. Aquellas manos, a pesar de ser exactamente idénticas a las de Ray, no dejaban de ser las manos de un asesino de inocentes y

le repugnaba enormemente que la tocara de esa manera.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no sois tan zorra como vuestra madre? —La mirada de Elliot se paseó por todo su cuerpo—. Vaya, qué atributos más bonitos tengo entre mis manos, lady Morgan. Sin lugar a dudas, disfrutaré muchísimo cuando

por fin pueda saborearlos. Algo bueno deben tener las zorras de vuestra familia

que tanto atraen a los miembros de la mía...

Morgan abrió la boca, tanto como la mano de Elliot le permitió, y lo mordió con todas sus fuerzas, sintiendo cómo sus colmillos rompían la barrera de la piel y se clavaban con ímpetu en su carne.

Elliot ahogó un gruñido de dolor para evitar que Archie lo escuchara desde fuera y durante unos segundos aflojó la presión que ejercía sobre el cuerpo de Morgan, que lo empujó para intentar escapar y avisar a Archie de su presencia en

la habitación. Sin embargo, Elliot fue más rápido y la agarró del brazo, tirando

con fuerza de ella hacia él, para después empujarla contra la pared. Tal era el impulso con el que Morgan fue lanzada que, sin ser consciente de la proximidad

de la pared, no tuvo tiempo de parar y su cabeza chocó contra la piedra que adornaba el tabique. La joven perdió la consciencia al instante, derrumbándose después contra el frío suelo enmoquetado.

Elliot esperó unos segundos para comprobar que fuera no se escuchaba movimiento alguno, y soltó todo el aire contenido cuando pasaron los segundos

y todo siguió igual. El escocés se miró la mano herida y maldijo en silencio cuando unas gotas de sangre cayeron a la moqueta, manchándola por completo.

Aprisa, rasgó una parte de las sábanas y la lió alrededor de la mano para evitar

que siguieran cayendo gotas que pudieran conducir a Ray hacia la salida que iba

a tomar. Después, asió el cuerpo inerte de Morgan, de cuya frente salía un hilo



fino de sangre. La cargó en su hombro y se dirigió hacia la chimenea, lugar por

el que había logrado entrar.

Sonrió mientras apretaba una de las piedras de la chimenea para abrir el pasadizo. Su querido hermano no había pensado que él también había vivido en

ese castillo y conocía todas y cada una de las entradas y salidas secretas del mismo, y gracias a eso había logrado escapar de las mazmorras y llegar hasta la

habitación que un día había pertenecido a su hermana.

Se introdujo en la oscuridad del pasadizo, aunque enseguida encontró una antorcha con la que poder guiarse a través de esa oscuridad. Miró hacia atrás cuando la puerta de la chimenea se cerró y dejó escapar una risa maléfica. Su plan para terminar lo que un día comenzó acababa de empezar y su hermano no

había podido impedirselo...

Ray era incapaz de soltar la empuñadura de la espada. Cada poco tiempo miraba de reojo hacia Robert y el resto de sus hombres para comprobar que todo

estaba tranquilo y realmente habían creído sus palabras cuando llegó hasta ellos

y les dijo que habían apresado al verdadero asesino de su mujer. En un principio, Robert estuvo a punto de matarlo allí mismo por secuestrar a su hija, pero intentó aplacar la ira que sintió cuando Ray le comunicó que estaba sana y salva

protegida en Kirklog.

Tras meditar las palabras del escocés y hablarlo con sus hombres de

confianza, Robert accedió a ir al castillo de Kirklog para sentenciar a la persona que lo había traído de cabeza desde hacía dos años, aunque igualmente seguía sintiendo la misma desconfianza que al principio.

Ray los condujo a través del bosque con prisa. Quería acabar con todo aquello

lo antes posible y limpiar su nombre por fin, pues sabía que los demás señores de toda Escocia no confiarían jamás en él si no se resolvía el problema. No obstante, había una parte dentro de él que no quería que llegara a su fin, una parte que desconocía por completo y que no entendía qué motivos tenía para desear aquello. Sabía que cuando todo acabara, Morgan desaparecería de

Kirklog y regresaría a Inglaterra para seguir con su vida. Jamás volvería a verla y estaba seguro de que allí se casaría con otro y sería feliz. Pero esos pensamientos le provocaban cierta ansiedad. Quería lo mejor para ella, y más

después de todo lo que su hermano la había hecho sufrir, pero no deseaba olvidarla ni que ella lo borrara de su mente.

Ray no entendía la maraña de pensamientos que lo carcomían por dentro una

y otra vez mientras atravesaban el bosque en silencio. Al igual que le había dicho a ella misma, quería saber qué le había hecho para tenerla todo el tiempo

en su pensamiento, qué le había hecho para no ser capaz de olvidar su cuerpo y

qué le había hecho para no ser capaz de ver su vida sin la presencia de la joven

en ella.

—¿Acaso está pensando en cómo acabar con nosotros cuando lleguemos a

Kirklog? —La voz pastosa de Robert interrumpió sus pensamientos y le hizo dar

un respingo.

Ray se compuso enseguida y carraspeó incómodo. Le habría gustado decirle que realmente estaba pensando en su hija, pero estaba seguro de que su vida habría acabado antes de acabar de hablar.

—Mi padre me educó siempre en la lealtad, pues nadie querría confiar en alguien que traiciona a sus semejantes —respondió Ray con tono duro—. Lo único que deseo es que esto acabe y usted haga lo que tenga que hacer con el culpable.

—Ahora que habla de nuevo del culpable... ¿Mi hija lo ha reconocido o estaba equivocada con sus recuerdos?

Ray respiró hondo. No era fácil para él acusar a la persona con la que había compartido tantas cosas a lo largo de su vida, pero debía pagar por sus crímenes.

—Lo ha reconocido al instante... Y usted se sorprenderá de su apariencia.

—¿Por qué?

—Porque es mi hermano gemelo.

Robert lanzó una exclamación de sorpresa y miró a Ray intentando dilucidar si aquello era una broma macabra, pero el rostro serio y preocupado del joven le

indicó que, efectivamente, podría existir ese hermano gemelo.

—Cuando su esposa murió, Elliot desapareció de Kirklog. Se llevó lo

imprescindible y no regresó, ni siquiera cuando nuestro padre falleció. Yo no sabía lo que había hecho hasta que su hija me señaló en su lugar. Yo sabía que no había matado a nadie, así que si estaba tan segura de sus palabras era porque había alguien exactamente igual a mí que había llevado a cabo el asesinato.

—Comprendo —dijo Robert lentamente intentando asimilar sus palabras—.

Lamento la situación, Logan. Haré que mi hija le pida disculpas en cuanto la vea, no le quepa duda.

Ray sonrió de lado al volver a recordarla.

—No se preocupe, señor Beckett, su hija ya lo ha hecho.

Robert levantó una ceja sorprendido.

—¿Morgan? ¿Está seguro de que hablamos de la misma persona? Pedir disculpas no ha sido nunca su mayor virtud...

Ray se encogió de hombros.

—Supongo que su hija habrá cambiado, señor. Y sí, me pidió disculpas.

El cuerpo del escocés reaccionó cuando recordó el momento en el que

Morgan fue a su dormitorio a pedirle disculpas, además de lo que sintió cuando

la vio con tan poca ropa encima. Apretó los dientes con fuerza y se obligó a volver al momento presente. No podía dejar que en un momento así el recuerdo

de Morgan desviara sus pensamientos de lo verdaderamente importante en ese momento.

—Bienvenido a Kirklog —le dijo a Robert cuando divisaron el castillo a solo unos minutos de ellos.

—No se imagina cuánto deseo llegar a él, Logan —contestó el padre de Morgan.

Ray asintió. Estaban cada vez más cerca de su destino, por lo que espoléó al caballo para que cabalgara más deprisa. Estaba ansioso por llevar a Robert ante

su hermano gemelo y que dictara sentencia cuanto antes.

Todos sus hombres y los de Robert, incluido este, hicieron lo mismo que Ray e instigaron a los caballos para atravesar en pocos minutos la senda que los separaba del castillo.

Ray fue el primero en cruzar la puerta de la fortaleza. Se sentía ligeramente nervioso. No estaba seguro de si su fallecido padre aceptaría que entregase a su

hermano a la justicia por un caso así. Siempre lo había educado según las leyes y si en algún momento hacía algo fuera de esa ley era castigado sin piedad por su

propio padre. Sin embargo, ya no había vuelta atrás. Era él o Elliot.

Condujo a Robert y a varios de sus hombres por los pasillos hasta llegar al salón, donde envió a un sirviente al piso superior para que avisara a Archie de que habían llegado. Asimismo, envió a otro de sus sirvientes para que avisara al carcelero de Elliot y llevaran a su hermano hasta el salón.

—Lo invito a una copa del mejor whisky de la zona —dijo Ray para romper el hielo mientras esperaban esos minutos.

Robert aceptó seriamente. Estaba deseando volver a ver su hija y comprobar con sus propios ojos que la joven se encontraba en perfecto estado. Además, estaba deseoso de ver al gemelo de Ray ante él y poder preguntarle cara a cara el motivo que lo llevó a asesinar a una mujer desprotegida e intentar matar también

a Morgan.

Ambos estaban a punto de llevarse las copas a la boca cuando Archie abrió la puerta de golpe y entró en el salón con el rostro descompuesto. Solo le hizo falta a Ray una mirada de su mejor amigo para saber que algo terrible había ocurrido.

El escocés dejó la copa a un lado tan deprisa que estuvo a punto de caer al suelo y hacerse añicos. De solo dos zancadas llegó a la altura de Archie y colocó ambas manos sobre los hombros de su amigo. Su corazón latía con fuerza, pues

estaba seguro de que a Morgan le había ocurrido algo y no se perdonaría jamás

que fuera culpa suya.

—¿Qué ocurre? —preguntó mirándolo a los ojos.

Archie apretó la mandíbula con fuerza. Se sentía culpable de lo que había ocurrido y no sabía cómo contárselo a Ray, pues sabía que tenía ciertos sentimientos hacia Morgan.

—¡Hable ya, muchacho! —intervino Robert a punto de estallar.

—No está —dijo nervioso—. No sé qué demonios ha hecho, pero no está en su dormitorio.

Ray se separó de él con el ceño fruncido, pero siguió mirándolo a los ojos.

—¿Te has ausentado de la puerta?

—¡No! —contestó Archie indignado—. Esta mañana intentó salir, pero le dije

que tenía órdenes de mantenerla a salvo en el dormitorio. Ella se... alteró.

Archie miró de reojo a Robert, pues no quería hablar mal de Morgan delante de su padre.

—Y hasta ahora nadie ha entrado ni ha salido, Ray. Es como si se hubiera esfumado.

—¿Puede que haya salido por la ventana?

—Está cerrada, y con esa altura no habría sobrevivido. Además, he visto restos de sangre en la moqueta.

Robert tiró la copa contra la pared. La rojez que mostraba su rostro indicaba que estaba enfurecido. Respiraba con dificultad y miraba a Ray en busca de alguna respuesta por su parte.

—¿Se puede saber qué ocurre, Logan? —gritó—. ¿Me ha traído aquí para decirme que mi hija ha desaparecido? ¿Acaso no dijo que estaba sana y salva entre las paredes de este maldito castillo?

Ray abrió la boca para contestar, pero otro de sus hombres entró de la misma forma que Archie al salón. En su rostro se podía leer que algo más había ocurrido, y nada bueno.

Ray lo miró esperando una explicación, pero el rostro ensangrentado del carcelero de Elliot le indicó la respuesta que esperaba a la pregunta formulada en su propia cabeza: su hermano había escapado.

—Lo siento, señor —dijo con voz casi temblorosa esperando la ira de Ray—.

No sé cómo ha logrado salir de la mazmorra. Estaba todo muy bien cerrado.

—¿Se puede saber qué ocurre, Logan?

Ray cerró los ojos y se llevó una mano a la cabeza. A pesar de que el día acababa de comenzar apenas unas horas atrás, el escocés estaba exhausto.

Conocía a su hermano y la habilidad que siempre había tenido para abrir cerrojos

y candados, pero siempre pensó que la seguridad de las celdas era máxima y ni

siquiera una persona como él podría salir de allí sin ser interceptado.

—Señor Beckett —comenzó Ray muy serio—, mi hermano ha escapado de las mazmorras donde estaba preso a la espera de su sentencia.

—¿Y qué tiene que ver con la desaparición de mi hija si estaba custodiada por

él? —preguntó señalando despectivamente a Archie.

—Me temo que Elliot aún recuerda los pasadizos y cámaras falsas que tiene este castillo y ha aprovechado esa información para acudir al dormitorio donde

estaba su hija y llevársela.

Robert apretó la mandíbula con fuerza hasta que rechinaron sus dientes. Se sentía humillado y engañado por aquellas personas que tenía ante él. Se creía un

imbécil por haber caído en la trampa de esas personas y no estaba dispuesto a dejarlo pasar. A un movimiento suyo de cabeza, él y sus hombres sacaron las espadas y apuntaron a los tres hombres que había delante de ellos ante la

incredulidad de Ray:

—Señor Logan, me parece que usted es una persona demasiado astuta, lo reconozco. Me sedujo con palabras bonitas sobre mi hija para atraerme hasta aquí y engañarme con palabrería sobre un supuesto hermano gemelo suyo que,

casualmente, ha desaparecido. No lo creo, señor. Y no estoy dispuesto a dejarme

engañar más por usted. ¿Quiere que le diga lo que creo? Ha matado a mi hija y

pretende matarme a mí también, pero, necio de mí, la culpa ha sido mía por haber confiado en un sucio escocés que debería besar el suelo por el que pisamos

los ingleses.

Archie dio un paso al frente con el rostro rojo de ira, sin embargo, Ray lo frenó a tiempo antes de que los hombres de Robert acabaran con su vida. El joven también se sentía tentado de retar al padre de Morgan para que se tragara

las palabras que acababa de pronunciar, no obstante, la vida de la joven estaba en peligro en manos de Elliot, que seguramente acabaría con lo que comenzó ese día en el prado.

Ray intentó mantener una calma que no encontraba en ese momento en ninguna parte. Como siempre había hecho, miró directamente a los ojos de su adversario y se adelantó unos pasos intentando no hacer algún movimiento brusco que turbara aún más a Robert y ordenara atacarlos a pesar de estar en clara minoría.

—Señor, le juro que lo que le he contado es verdad. Su hija ha estado protegida por mis hombres en todo momento y le aseguro que ella misma reconoció que el asesino de vuestra esposa llevaba una cicatriz en el rostro a pesar de ser idéntico a mí. Ese, señor, es mi hermano gemelo. Se lo aseguro. No

he querido engañarlo, de hecho, soy yo el que me siento engañado y enfurecido

con mi hermano.

—No me valen sus palabras, Logan —escupió Robert—. Solo hechos...

—Entonces déjeme jurarle una cosa, señor Beckett —dijo Ray lentamente a sabiendas de que lo que estaba a punto de decir podría llevarlo a la muerte—.

Deme un par de días para encontrar a mi hermano y traerle su cabeza en bandeja,

además de a su hija sana y salva. Si no lo encuentro, me pondré en su lugar y moriré por él.

—¡Ray, no! —vociferó Archie intentando disuadirlo.

—Confíe en mis hombres y en mí. Encontraremos a Elliot antes de que Morgan sufra más junto a él.

Robert respiró profundamente al tiempo que observaba el rostro valeroso del joven que tenía ante él. Sopesó las posibilidades de que estuviera mintiendo de

nuevo y pudiera llevarlo a la muerte. Sin embargo, una vocecilla interna, que parecía ser la propia voz de su esposa, le suplicó que lo creyera y dejara hacer

las cosas a la manera del escocés. Finalmente, Robert asintió y bajó la espada lentamente. Después, alargó la mano derecha y esperó a que Ray la estrechara.

—Y si no los encuentra, usted morirá en su lugar.

Ray asintió con firmeza y estrechó con fuerza la mano de Robert. El escocés estaba dispuesto a llegar hasta el final para encontrar a su hermano y a Morgan

sana y salva. No iba a dejar que Elliot le hiciera daño alguno mientras él estuviera vivo. Y fue en ese momento, en el que durante un segundo pensó que

jamás volvería a ver a Morgan, cuando se dio cuenta de que estaba
perdidamente

enamorado de ella.



CAPÍTULO 9

Cuando Morgan comenzó a recuperar la conciencia, no sabía qué había

ocurrido. Por la dureza del lugar en el que estaba apoyada dedujo que se encontraba sobre un lecho de rocas, pero se sentía incapaz de abrir los ojos para comprobarlo por sí misma. La cabeza le dolía terriblemente y un intenso mareo

le impedía volver en sí para descubrir lo que había pasado.

A su mente regresó la última imagen que había guardado en su memoria.

Recordó que Elliot, sin saber cómo, había escapado de la celda y estaba en su dormitorio. Recordó que lo mordió en la mano y después intentó escapar, pero sus recuerdos se acababan en ese preciso instante.

Lentamente, abrió los ojos. La oscuridad era casi reinante a su alrededor y no

reconocía el lugar en el que se encontraban. Miró a su alrededor y descubrió que

estaban metidos en lo que parecía ser una cueva. Le pareció escuchar el sonido

de un goteo cercano a donde se encontraba, que era lo único que rompía el silencio en ese lugar.

—Vaya, vaya, lady Morgan ha despertado. —La voz de Elliot la sobresaltó y giró la cabeza en la dirección desde donde provenía el sonido.

Un rayo de dolor atravesó su cabeza y tuvo que cerrar los ojos durante un instante. Cuando logró abrirlos, Elliot se había acercado a ella y la miraba en silencio. Morgan intentó incorporarse, pero los pliegues de su falda le impedían

moverse ligera; además, en ese momento se dio cuenta de que sus manos estaban

atadas a su espalda.

La joven intentó soltarse de las cuerdas, pero estas parecieron hacer lo contrario y se clavaron cruelmente en sus muñecas, provocando que su rostro se

contrajera en una mueca de dolor.

—¿Qué pasa, lady Morgan? —preguntó irónicamente—. ¿Acaso mi hogar no es de vuestro agrado?

La joven miró a su alrededor y descubrió, para su sorpresa, que había innumerables ropajes dignos de un señor, además de varios artilugios que no pudo distinguir debido a la oscuridad reinante en la cueva.

—¿Os sorprendéis? —Elliot le agarró con fuerza el mentón—. ¿Veis dónde he

tenido que vivir todo este tiempo? Encerrado en una cueva porque una sucia señorita *sassenach* me andaba buscando por toda Escocia.

Elliot le soltó la cara de golpe y se levantó.

—Cuando me dijeron mis hombres que me andaban buscando, supuse que se trataba de la guardia inglesa o incluso los hombres de mi padre. —El escocés se

giró hacia ella y la miró con asco—. Pero no, al parecer, la joven a la que estuve a punto de asesinar aquel día aún recordaba mi rostro y no cesaba en su empeño

por encontrarme. Reconozco que vuestra valentía y perseverancia me encandilaron.

Elliot abrió los brazos y le dijo:

—Aquí me tenéis, lady Morgan. —Sonrió—. ¿Qué vais a hacer ahora que me habéis encontrado?

Elliot calló durante unos instantes para que la joven pensara una respuesta.

Sin embargo, los segundos pasaban y solo obtuvo el silencio.

—¿Acaso vuestra valentía acaba en el momento en el que os quedáis sola? Os recuerdo que aquel día en el prado fuisteis la única superviviente.

Morgan apretó los puños tanto como las cuerdas le dejaron, levantó la cabeza y lo miró a los ojos:

—Si me quitas las cuerdas —dijo tuteándolo—, te mostraré lo que había pensado hacer durante estos dos años.

Elliot la observó durante unos segundos y después dibujó en sus labios una sonrisa. Finalmente, sus hombros comenzaron a sacudirse y estalló en

carcajadas. Unas carcajadas que retumbaban entre las frías y húmedas paredes de

la oscura cueva.

—Reconozco que vuestra valentía aún me tiene encandilado —dijo

aproximándose a ella lentamente sin dejar de mirarla de arriba abajo—. Y esa mirada decidida también... —dijo poniéndose de cuclillas ante ella—. Lo más extraño es que mi hermano no haya caído rendido a vuestra belleza.

Elliot la observó duramente durante unos segundos para ver su reacción.

Morgan sintió cómo su corazón comenzaba a latir más deprisa y se le secaba la boca. Tragó saliva ruidosamente y fue la respuesta que el escocés necesitaba.

—Así que las mujeres de esta familia vuelven locos a los hombres de la mía... Interesante.

Morgan miró hacia otro lado en silencio. La cabeza le dolía terriblemente y era incapaz de pensar con claridad.

—¿Y mi hermano ya ha probado de vuestra miel?

Elliot se acercó peligrosamente al cuello de Morgan y respiró profundamente su olor.

—¿Y le habéis hecho lo mismo que vuestra madre a mi padre? ¿Tal vez fue esa maldita furcia la que os lo enseñó?

Morgan no pudo reprimirse más y le escupió en la cara, provocando la ira del escocés, que le propinó una bofetada en la mejilla izquierda. Morgan apretó

la mandíbula para aguantar las lágrimas que habían acudido a sus ojos debido al dolor, y cuando por fin pudo contenerlas, volvió a mirarlo de nuevo.

—La gran diferencia que os separa de vuestro hermano y vuestro padre es que

ellos sí que saben tratar a una mujer —se arriesgó a decir la joven—. Mi madre

siempre fue feliz, así que supongo que fue por vuestro padre.

Elliot apretó con fuerza los puños. Se debatía internamente sobre si debía darle la paliza que Morgan merecía, pero la atracción que sentía por ella desde

hacía años era tal que poco a poco sus músculos se fueron relajando hasta que abrió la palma de las manos.

—No os imagináis, lady Morgan, cómo me gustaría golpearos para que sintáis

lo mismo que yo aquel día que vi a vuestra madre con mi padre en el lecho. Sin

embargo, estáis de suerte. No quiero ver ese precioso rostro lleno de moratones

antes de haber saciado mi placer, de lo contrario, el deleite sería menor...

—Me dais asco, Elliot —dijo Morgan entre dientes—. Apenas os parecéis a vuestro hermano a pesar de ser gemelos.

El aludido respondió mostrando una amplia sonrisa malévola, aunque después

sus labios volvieron a su posición.

—Espero que vuestra valentía os dure hasta que acabe con vuestra vida —

dijo

con severidad—, aunque déjeme decirle, lady Morgan, que ese momento llegará

cuando yo quiera. Y voy a explicarle otra cosa: hasta ese momento, estará en mis



manos y hará lo que yo diga...

Ray reunió a una quincena de sus hombres en el patio de armas de Kirklog en

el menor tiempo posible. No podía retrasarse, pues cualquier error podría llevarlo a la tumba. Además, varios hombres que habían acompañado a Robert

también se unieron a la búsqueda, aunque otros tantos habían recibido la orden

de permanecer en el castillo a la espera de noticias.

—Elliot ha vuelto a poner en un brete a mi familia. No solo está acusado de asesinato, sino que ha secuestrado a lady Morgan. —Al pronunciar su nombre sintió un vuelco al corazón—. No podemos dejar que se salga con la suya, soldados.

Un murmullo de aprobación se levantó a su alrededor. Se sintió orgulloso de tener de su lado a todos los hombres que habían servido con anterioridad a su padre.

—Mi hermano piensa que no sé dónde está la guarida en la que se ha mantenido oculto durante todo este tiempo, pero está muy equivocado. —Ray le

habló a sus hombres levantando la voz—. No podemos permitir que se salga con

la suya y otros paguen por sus actos.

De nuevo, sus hombres estuvieron de acuerdo con él.

—Debemos partir de inmediato al norte. No sabemos si los que lo ayudaron en el asesinato de Elisabeth Beckett están de nuevo junto a él, así que debemos

tener cuidado y extremar la precaución para que no hagan daño a lady Morgan.

Todos asintieron y comenzaron a marchar hacia el puente. Ray se quedó

rezagado para esperar a Robert, que había estado escuchando todo desde un puesto más retrasado. Cuando Ray lo miró, descubrió que llevaba varios minutos

observándolo.

—¿No está de acuerdo con mis órdenes, señor Beckett? —Su voz ronca sonó acusadora.

El rostro de Robert se relajó para dejar paso a una mueca que Ray no supo interpretar.

—Y dígame, señor Logan —dijo lentamente pensando mucho en las palabras que iba a decir—, ¿la belleza que posee mi hija también lo ha encandilado a



usted?

—No sé a qué se refiere —contestó Ray mirando hacia adelante y espoleando al caballo para que fuera más deprisa.

El escocés escuchó una risa detrás de él, pero no miró hacia el dueño de ella, pues sabía que provenía de Robert.

—Muchos hombres han intentado casarse con ella en Inglaterra, pero mi hija siempre los ha rechazado. Morgan tiene la misma belleza salvaje que poseía su

madre. Eso es algo que no podemos negar...

Ray carraspeó incómodo, pero no mostró intención alguna por contestar a sus palabras.

—Me parece un buen hombre, Logan. Es muy valeroso y protector, además de haber sido educado en leyes.

—Gracias, señor —contestó Ray con sinceridad.

—Y por si se lo está preguntando, aceptaría que usted cortejara a mi hija después de salvarla.

Ray asintió con la cabeza, pues no le salían las palabras. Se sentía demasiado

turbado al hablar de algo así con el mismísimo padre de Morgan. Sin embargo,

algo dentro de él saltó de alegría al saber que tenía el consentimiento de Robert para dar un paso más hacia Morgan, aunque no estaba seguro de si su padre sería

igual de benévolo con él si descubría que ya habían compartido lecho.

Hacía ya varios minutos que Morgan se encontraba sola dentro de la cueva.

Desde allí podía escuchar un murmullo que provenía de la propia entrada de la

misma. Sin embargo, no lograba acertar el tema sobre el que estaban hablando.

Supuso que Elliot no se encontraba solo en la idea de secuestrarla y acabar con

lo que había comenzado dos años atrás y llegó a la conclusión de que los que hablaban con él también habían participado en el asesinato de su madre.

Se sentía asustada y con los nervios a flor de piel, no obstante, intentó convencerse a sí misma de que debía mantener la fortaleza, la frialdad y la fuerza que la habían caracterizado durante todo ese tiempo. Sabía que su mente debía estar despejada para evitar hacer algo que pudiera perjudicarla hasta que su padre o Ray fueran a rescatarla. Aunque durante unos momentos se preguntó por

qué Ray se jugaría la vida para salvarla si no eran nada, lo cual la angustió aún más si cabe.

Y fue en ese instante en el que, en lo que ella consideraba un brote de locura,

le pareció ver la imagen de Ray frente a ella tal y como lo había visto por última vez. Su rostro parecía sonreírle e infundirle los ánimos que le faltaban para sobrellevar el secuestro. Sus ojos la miraban penetrantes y la hicieron recordar los momentos vividos en la intimidad de su alcoba, sus manos

invisibles la recorrían, infundiéndole fuerza y determinación. Y su cuerpo... su musculoso y

poderoso cuerpo quería abrazarla para consolarla y liberarla de las dudas y el miedo que la atenazaban.

¿Volvería a verlo alguna vez? ¿Escaparía de las manos de Elliot antes de que

la matara para regresar junto a Ray una última vez? ¿Sería capaz de expresarle

sus sentimientos la próxima vez que lo tuviera ante ella? A Morgan le habría gustado gritar en ese momento que estaba perdidamente enamorada de Ray, que

jamás había sentido lo que él transmitía cuando estaban juntos. Y habría deseado

tenerlo frente a ella para transmitirle lo que adoraba y odiaba de él a pesar de conocerlo desde hacía poco tiempo.

Un nudo en la garganta amenazó con hacerla llorar desconsoladamente.

Intentó tragarse las lágrimas hasta que el dolor que le produjo ese nudo en la garganta desapareció y volvió a resurgir la idea de permanecer fuerte ante la tormenta que se le avecinaba.

Morgan regresó a la realidad cuando las voces procedentes de fuera volvieron

a escucharse en la cueva. Aprovechó ese momento para intentar soltarse de las cuerdas que oprimían sus muñecas con tanta fuerza. No obstante, estaban tan apretadas que le resultó imposible. La joven miró a su alrededor en busca de algo puntiagudo con lo que poder frotar las cuerdas hasta romperlas, y tras mucho observar logró ver el saliente de una roca que parecía afilado.

Morgan agudizó el oído para comprobar que Elliot aún hablaba fuera de la cueva y aprovechó ese momento para aproximarse a su objetivo intentando no hacer ruido alguno que pudiera alertar a su secuestrador sobre sus movimientos.

Cuando por fin tuvo la piedra tras sus manos, Morgan frotó con fuerza la cuerda

contra ella hasta que, tras unos minutos de angustia y los que su frente se perló en sudor, la cuerda se soltó y logró liberar sus muñecas de la fuerte presión que ejercía el amarre sobre ellas.

—Interceptadlos antes de que nos encuentren —escuchó la joven.

Morgan miró hacia la entrada de la cueva cuando la voz de Elliot se hizo más nítida y cercana a donde ella se encontraba. La joven dio un salto en la casi oscuridad de la cueva y se internó todo lo que pudo entre las sombras para protegerse de la presencia del gemelo de Ray. Buscó desesperadamente una piedra con la que poder golpearlo para salir de allí, pero no encontró absolutamente nada que pudiera servirle de ayuda, tan solo un trozo viejo de madera descansaba a solo unos centímetros de su pie derecho.

Con cuidado de hacer el menor ruido posible, Morgan se agachó y agarró con fuerza el trozo de madera.

Cuando la sombra de Elliot se proyectó sobre las paredes de la cueva, Morgan

tembló ligeramente por el miedo a ser descubierta y asesinada. Sin embargo, una

fuerza superior a ella la hizo sujetar con fuerza el artilugio y levantarlo por encima de su cabeza. Cuando Elliot apareció por fin, Morgan se precipitó sobre

él para golpearlo, aunque este fue más rápido que la joven y se giró a tiempo de

poder detener la estocada que la joven pretendía propinarle por la espalda.

—Vaya, vaya —dijo al tiempo que tiraba de la madera hacia él para

arrebatársela—, además de bella tenéis agallas, lady Morgan.

Elliot tiró el trozo de madera a un lado y se acercó lentamente hacia la joven, que dio un paso atrás, pero enseguida chocó contra la dura y fría piedra de la pared.

—Espero que esta sea la primera y última vez que intenta atentar contra mi vida, lady Morgan —dijo con voz seseante—, si no, me veré obligado a enseñarle cómo debe comportarse una verdadera dama.

Elliot la acorraló contra la pared y acercó su cuerpo demasiado al de la joven, tanto que Morgan estuvo a punto de vomitar cuando el aliento a whisky del escocés penetró por su nariz.

Elliot aproximó su cara al rostro de Morgan. La joven creyó por un momento que tomaría sus labios a la fuerza, aunque se mantuvo quieto y la miró directamente a los ojos.

—Esto —dijo señalando el trozo de madera— hace que mi deseo por ti aumente, querida. No veo el momento en el que pueda disfrutar de tu cuerpo y

de los placeres que puedas darme. Sin embargo, eso será cuando nos alejemos del malnacido de mi hermano, querida.

Elliot se separó de Morgan, aunque no quitó la vista de encima, y la agarró



del brazo con brusquedad.

—Lady Morgan, hay un barco cerca de aquí que la espera para marchar a las Américas —dijo con una sonrisa—. Y no se preocupe, viajaré conmigo.

—No iré contigo a ninguna parte, asesino. —La joven intentó soltarse de su mano, pero este la agarraba con tanta fuerza que sintió cómo sus dedos se clavaban ferozmente en su carne—. Tu hermano te encontrará antes de lo que piensas.

Elliot se rió y apretó aún más los dedos.

—Querida, mi hermano siempre ha sido un mujeriego. Jamás arriesgaría su vida por la de una maldita furcia *sassenach*. Le has calentado la cama, nada más.

Y llegará el momento en el que calientes la mía hasta que me canse.

Elliot tiró de ella con fuerza hacia la salida de la cueva. No se molestó en apagar las pocas brasas que aún humeaban, ni siquiera quiso coger los ropajes que un día había lucido en las fiestas que su padre organizaba. Tenía un plan en

mente, y nadie lograría detenerlo antes de cumplirlo.

Ray cabalgaba veloz junto a Robert. El padre de Morgan se sentía cansado, pues desde que había pisado suelo escocés no había parado de cabalgar sin descanso día tras día buscando a la misma persona que en ese momento tenía en

la cabeza, solo que entonces no sabían dónde se encontraba, y ahora sí.

El escocés se sentía cada vez más impaciente. A cada segundo que pasaba, Morgan estaba cada vez más lejos y en mayor peligro en manos de su hermano.

Conocía a Elliot y estaba seguro de que sería capaz de hacer cualquier cosa

para

conseguir su objetivo, que seguramente no era otro que acabar lo que comenzó

años atrás. Al pensar que Morgan podría morir, el corazón de Ray se encogía por

momentos, pues desde que había descubierto que aquella joven valiente y tozuda

había logrado un hueco dentro de él no se veía capaz de seguir su vida sin ella a su lado.

—¿Conoce a ese hombre, Logan?

La voz de Robert lo sacó de sus pensamientos y miró en la dirección que la mano del inglés marcaba. Efectivamente, a una centena de metros se aproximaba

a ellos un hombre cabalgando a toda prisa. En un primer momento, no lo reconoció, pues desde allí no lograba distinguir los colores de su tartán. Sin embargo, cuando el hombre estuvo a una distancia más cercana a ellos, descubrió que los colores pertenecían a un clan amigo, los Cameron, cuyo jefe se

había casado hacía ya unos cuantos años con su querida hermana.

Al ver las prisas con las que cabalgaba, se impacientó y clavó las espuelas en el lomo de su caballo para adelantarse al resto de hombres que lo acompañaban,

pues aquello solo podía significar una cosa: que su hermana corría peligro.

—¡Señor! —La voz aflautada del hombre que se aproximaba a ellos llamó su

atención.

Ray lo reconoció al instante. Se trataba de Sam Cameron. Lo había conocido en la boda de su hermana y lo habían presentado como la mano derecha de su cuñado. Aquello solo incentivó su angustia por conocer qué había ocurrido.

—¡Sam! ¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo con urgencia—. ¿Qué ocurre?

El aludido tiró de las riendas de su caballo cuando llegó a la altura de Ray y, tras unos segundos para recuperar el aliento, metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta y le mostró un anillo.

—Señor, lamento molestarlo, pero han atacado a mi señor y a su esposa cuando viajaban hacia Kirklog.

—¿Iban de visita a mi casa? —se extrañó Ray—. No he recibido carta alguna anunciando su llegada.

—Lo sé, señor. Su hermana me dijo que deseaba darle una sorpresa, pues hacía mucho tiempo que no lo veía. Por eso no quiso avisarlo.

—¿Y qué les ha ocurrido? —preguntó Archie, que se había unido a la conversación cuando también reconoció el rostro de Sam.

—Los han atacado en un bosque cercano, a tan solo un par de millas de aquí —dijo señalando la dirección que traía—. Están heridos, señor.

Ray se preocupó al instante por la salud de su hermana. Sabía, por medio de una de sus cartas, que estaba en estado, pero había algo en todo aquello que no

cuadraba dentro de sus pensamientos, y Archie al parecer pensaba lo mismo que

él, pues se adelantó y preguntó.

—¿Y tú, por qué no estás herido?

Sam tragó saliva visiblemente y carraspeó incómodo. Se revolvió inquieto en la montura de su caballo y finalmente, tras pensar una respuesta rápida, dijo:

—Yo me había ausentado del campamento para lavarme en el río.

Ray levantó una ceja asombrado. ¿Esa era la mejor excusa que había encontrado? Por su cara, estaba más que claro que no se la creía ni él, ya que todo aquello le parecía a Ray demasiado extraño.

—¿Ocurre algo, Logan?

Robert se había aproximado a ellos y los observaba atento a sus palabras. La presencia del inglés incomodó sobremanera al recién llegado, ya que no se había

imaginado que Ray contaba con la ayuda de uno de los señores más ricos de toda

Inglaterra.

Notando su perturbación, el caballo de Sam comenzó a moverse inquieto y aquello fue lo único que necesitó Ray para comprender lo que realmente estaba

pasando.

—¿Podrías pasarme el anillo, Sam? —le pidió con extrema suavidad.

El aludido le entregó lo que pedía y esperó pacientemente intentando aparentar una calma que realmente no sentía.

—Señor Beckett, este hombre es Sam Cameron, uno de los hombres de mi
cuñado, y me acaba de comunicar que mi hermana y su marido han sido
atacado

a dos millas de nuestra posición.

—Efectivamente, señor —intervino Sam—. A dos millas en dirección Este.

—¿Dirección Este? —se sorprendió Robert—. Eso nos desvía de nuestro
camino, Logan. Ya sabe que si no logra encontrar a su hermano antes del
tiempo

acordado, usted pagará por él.

—Lo sé, señor Beckett —contestó Ray muy lentamente midiendo las
palabras

al tiempo que daba vueltas al anillo una y otra vez en su mano—. Por eso,
vamos

a seguir nuestro camino.

Sam levantó la mirada y lo observó atónito. Se había quedado sin palabras y
no sabía qué contestar. Estaba seguro de que aquella excusa sería perfecta
para

que Ray se desviara de su camino y no siguieran a Elliot, pero algo debió de
notar el escocés para llegar a esa determinación.

—Señor, su hermana...

—Mi hermana está tan tranquila en su hogar disfrutando de la inminente
llegada de su vástago. Este anillo no es suyo.

Ray tiró el anillo a los pies del caballo de Sam. Robert estaba atónito con

aquellas palabras y Archie solo pudo asentir a lo que su amigo y señor había comunicado, ya que él también había desconfiado de la llegada de ese hombre.

—Señor, le juro por mi vida que es verdad —intentó defenderse.

Ray esbozó una ligera sonrisa, aunque en ella demostraba la peligrosidad que lo recorría en ese momento por dentro.

—¿Y cuándo dices que han atacado a mi hermana y mi cuñado antes o después de que te echaran de su lado por robo y sedición?

Sam abrió desmesuradamente los ojos. No podía creer que Ray estuviera al tanto de lo que había ocurrido hacía dos años. La sombra de la sospecha y la culpa lo perseguían desde entonces, pero no podía dejar en la estocada a Elliot

después de lo ocurrido en el prado aquella mañana.

Sam tragó saliva visiblemente y Ray pudo ver cómo caía por su frente una gota de sudor y se perdía en sus ropajes.

—Mi hermana me escribió para comunicarme el disgusto que tenían contigo,

Sam. No podían creer que después de tantos años a su lado los abandonases. ¿Y

ahora vienes con un anillo que pretende ser idéntico al que le regaló mi padre a

mi hermana el día de su boda y que había pertenecido a mi familia durante generaciones? ¿Qué creías, que no lo iba a reconocer?

Ray sacó la espada del cinto y lo apuntó directamente a la garganta.

—¿Quién te envía? —Esperó unos segundos antes de decir—. No, espera, no

contestes: Elliot. Hace dos años que te echaron de tu trabajo y seguramente fuiste en busca de mi hermano. ¿Acaso tú también participaste en la matanza del

prado?

Sam respiraba dificultosamente. Estaba completamente atrapado por ellos. El

plan de Elliot no había funcionado y estaba seguro de que su vida pendía de un

hilo.

—No sé de qué me habla, señor.

Ray soltó el aire con un asomo de sonrisa irónica. Después envainó la espada y miró a Archie.

—¡Detenedlo!

—¡Pero, señor, yo no he hecho nada! —se quejó con fiereza.

—Serás juzgado junto a Elliot por asesinato —sentenció Ray sin mirarlo.

Ray se giró hacia Robert, que lo miró agradecido y orgulloso de su talento. El escocés intentó quitar hierro al asunto, pero las palabras de Sam lo dejaron helado antes de que pudiera hablarle al padre de Morgan.

—¡Te arrepentirás de lo que has hecho! —vociferó—. Esa asquerosa *sassenach* recibirá su merecido.

Robert sacó la espada del cinto y se giró en la dirección de Sam dispuesto a sacarle toda la información que pudiera proporcionarles. Sin embargo, la mano

grande y firme de Ray lo detuvo. El inglés se giró en su dirección con ojos

interrogantes, sin embargo, Ray mantuvo la mirada en Sam, quien comenzó a temblar y a arrepentirse de sus palabras, pues conocía el carácter del nuevo señor de Kirklog.

—Si no regreso antes del anochecer, mi señor le rebanará el pescuezo a esa furcia inglesa —amenazó Sam.

—Te equivocas —contestó Ray lentamente al tiempo que desenvainaba una daga del cinto y se aproximaba lentamente a él tras bajarse del caballo para estar a su altura—. Serás tú quien llegue a la noche con el cuello cortado si no nos dices dónde se encuentra el desgraciado de mi hermano y hacia dónde se dirige.

Archie clavó su puño en el estómago de Sam tras unos momentos de silencio.

Sin embargo, cuando volvió a incorporarse, Sam soltó una risotada malévola.

Miró fijamente a Ray y se mantuvo en silencio.

—Ya me dijo Elliot que habías caído en la red de esa zorra *sassenach* —dijo Sam—. Jamás volverás a verla, señor de Kirklog.

Tras una mirada de Ray, Archie volvió a repetir el golpe, esta vez más certero,

provocando que Sam se doblara sobre sí mismo y cayera dolorido sobre la hierba. Un ataque de tos lo mantuvo con la mirada fija sobre el suelo durante unos momentos que a Ray le parecieron cada vez más angustiosos.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó enfatizando en cada sílaba.

Sam levantó la mirada y no se amedrentó a pesar de ver la daga de Ray cada vez más cerca de su cuello.

—Jamás te lo diré. Y no volverás a ver a esa zorrita *sassenach*.

Ray intentó no perder la paciencia. Acercó la daga a la garganta de Sam y

apretó sin piedad contra la piel. Sin embargo, a pesar de sentir que un hilo de sangre se escapaba de su cuello, Sam apretó la boca sin emitir sonido alguno.

—Habla o tu sangre regará hoy la hierba que tienes a tu alrededor...

—No hablaré a menos que tenga una alternativa.

—De acuerdo —dijo Ray con un suspiro.

Tras esto, el joven escocés le abrió la garganta a su interlocutor para sorpresa de Robert, que lanzó un gruñido de espanto al ver la escena y al creer que su hija correría la misma suerte que aquel desgraciado.

—Ahí tienes tu alternativa.

Ray limpió la sangre de la daga en la ropa del moribundo y le dio la espalda dispuesto a marcharse de ese lugar cuanto antes. Ya habían perdido demasiado tiempo en atender la mentira que Elliot había urdido para retrasarlos, por lo que no deseaba perder más el tiempo.

—¿Se puede saber qué haces, Logan? —vociferó Robert volviendo a montar su caballo—. Ese hombre podría habernos dado una pista sobre el paradero de Morgan.

—Señor, la única pista que habría dado ese hombre sería falsa —contestó al tiempo que subía a su caballo y cuadraba los hombros con el rostro serio.

—Pero...

—Conozco a mi hermano, señor Beckett —lo interrumpió cortante—. No me jugaría la vida en vano.

Después se giró hacia Robert y lo miró directamente a los ojos. El inglés vio

que algo en él había cambiado. Descubrió en sus ojos una determinación y una

frialdad propias de un espléndido guerrero que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para ganar en la batalla. Y no supo si debía sentir miedo...

—Señor Beckett, le hice la promesa de localizar a Morgan y devolvérsela sana y salva. Y créame, haré lo imposible para conseguirlo. De eso no le quepa

ninguna duda... No pienso parar hasta encontrarla.

Sin esperar respuesta por su parte, Ray tiró de las riendas e instó al caballo a volver al galope. Se repitió a sí mismo las últimas palabras que le había dicho a Robert: “No pararía hasta encontrarla”...



CAPÍTULO 10

Morgan se sentía tan exhausta que pensó que en cualquier momento caería sobre la hierba para no volver a levantarse jamás. Durante más de dos horas habían cabalgado por caminos llenos de piedras para huir del seguimiento que les hacían Ray y sus hombres. Sin embargo, Elliot había decidido, como

castigo

por intentar matarlo, que Morgan iría caminando un buen trecho del camino para

que aprendiera lo que él llamaba “modales”.

De esta manera, la joven estaba cansada y a punto de desfallecer sobre la hierba cuando decidieron por fin parar a recuperar fuerzas. Morgan sentía que sus pies estaban llenos de heridas que sangraban ligeramente. Se dejó caer sobre

una dura piedra para revisarlos y vio con horror que sus zapatos estaban rotos y

multitud de espinas se le habían clavado en las plantas de los pies.

Mientras los demás descargaban los bártulos de los caballos y hablaban de ella como si no estuviera delante, Morgan se quitó una a una las espinas hasta que por fin logró dejar sus pies limpios con el agua que había cogido del riachuelo que cruzaba el prado en el que habían decidido descansar.

Mientras volvía a calzarse sus zapatos rotos, Morgan sintió un golpe seco en su espalda. Se giró con el ceño fruncido y comprobó que lo que había chocado

contra ella era una de las alforjas que llevaban en los caballos con víveres para el camino.

— *Sassenach*, ahí tienes un barreño con whisky —dijo Elliot señalando hacia un árbol cercano a donde descansaban los caballos—. Las copas están dentro de

ese morral que te acabo de pasar. Así que levántate y sírvenos.

Morgan apretó los dientes con furia. Jamás se había sentido tan humillada como con en manos del hermano de Ray. Los que acompañaban a Elliot

comenzaron a gritar y a exigir sus copas de whisky mientras hacían movimientos

obscenos hacia ella.

—¿Qué pasa, *sassenach*, quieres sentir primero nuestros cuerpos sobre el tuyo?

—¡Sí! —vitreó el resto incitándolo a llevar a cabo sus palabras.

Morgan se levantó, no sin antes hacer una mueca de dolor cuando plantó por completo los doloridos pies sobre el suelo. Por fin había recuperado parte del aliento perdido durante el camino, aunque el desmayo que sentía en el cuerpo aún era fuerte y creyó morir cuando sus pies aguantaron el peso de su esbelto cuerpo.

—Yo no soy tu sirvienta, Elliot —contestó mordaz intentando aparentar una valentía que creyó perdida en el momento en que se vio secuestrada por aquellas

personas que asesinaron a su madre.

—¡Uh! —se rieron los demás esperando la respuesta por parte de Elliot.

El aludido se levantó de su asiento y se aproximó lentamente hacia ella sin apartar la mirada de su rostro. Cuando por fin se quedó quieto a tan solo unos pasos de Morgan, levantó una mano y la abofeteó.

—He dicho que nos sirvas. Me da igual si eres sirvienta o no. Solo haz lo que te he dicho, maldita furcia.

La agarró del brazo y, antes de que la joven pudiera contestar, la arrastró hacia el barril de whisky y la empujó contra él.

—Llena las copas y tráelas.

Elliot la dejó allí tirada sobre la hierba y volvió hacia donde se encontraban sus compañeros.

Morgan pensó durante unos segundos que lo mejor sería quedarse allí tirada y que la matasen cuanto antes, pues no podía soportar más cansancio acumulado en sus doloridos huesos. Sin embargo, la rabia que sentía por dentro al verse maltratada le hizo clavar las uñas en la tierra y apretar con tanta fuerza que por un momento pensó que haría un hoyo profundo en la misma.

—Maldito seas —refunfuño para sí misma—. Pagarás muy caro...

Con rabia, arrancó la hierba bajo su mano antes de levantarse y jurarse a sí misma no desfallecer ante los ojos de aquellos bárbaros escoceses que solo pretendían humillarla antes de matarla.

Con parsimonia, pues sus pies no le permitían ir más deprisa, Morgan llenó las copas y las llevó una a una hacia los cinco hombres de la comitiva que la había secuestrado. Supo, por las conversaciones que mantenían durante el camino, que uno de ellos había cabalgado hacia donde se encontraban Ray y sus

hombres para intentar desviarlos del camino y rezó con todas sus fuerzas para que no los engañaran, pues también había descubierto que se dirigían al puerto

más cercano para embarcar en un barco hacia las Américas, donde habían pensado venderla en el primer burdel que encontraran.

—Muy bien, lady Morgan —dijo Elliot cuando la joven le entregó su copa—.

Si haces lo que te diga, todo irá mejor...

Morgan decidió no contestar a sus palabras, pues lo primero que le había venido a la mente era escupirle. Deseó con todas sus fuerzas tener entre los pliegues de su falda un pequeño bote de veneno para echarlo al whisky. Sin

embargo, se convenció a sí misma de que ella no era como aquellos hombres y

que Ray estaba más cerca de lo que pensaba para rescatarla y volver a poner su

vida como estaba.

Con todos bebiendo de sus copas, Morgan aprovechó para descansar una vez

más cerca de los caballos. La tranquilidad que mostraban estos la calmaba y la

hacía visualizar en su mente una escapatoria que probablemente estaba más cerca de lo que pensaba.

Poco a poco, su cuerpo fue relajándose y soltando lentamente sus músculos contraídos por el esfuerzo. Sus ojos se fueron cerrando pesadamente hasta que por fin entró en un sueño ligero repleto de pesadillas. En esa pesadilla se encontraba Elliot y la llamaba insistentemente dándole puntapiés en las nalgas.

No obstante, aquella voz no solo formaba parte de su pesadilla, sino también

de la realidad, y el verdadero Elliot la llamaba a voces reclamando, una vez más, que llenara sus copas de whisky.

—¿Qué pasa, *sassenach*, acaso te has cansado de servir a estos pobres escoceses que solo quieren llenar sus sedientos estómagos?

Morgan abrió los ojos de golpe. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Se sentía desorientada en un principio, aunque las risas procedentes del corro de hombres que vitoreaban a Elliot por sus obscenas palabras la devolvieron a la realidad y le hicieron girar la cabeza en la dirección del griterío.

—¡Señores! —gritaba Elliot ligeramente borracho—. Creo que nuestra

querida Morgan Beckett se ha cansado de servirnos el whisky que tanto

necesitamos.

Se alejó unos pasos de sus hombres en dirección a Morgan. La joven temió que la temeridad de quedarse dormida la llevase a recibir otro golpe en el rostro.

Sin embargo, en la cara de Elliot no vio ningún signo de violencia, al contrario, el escocés dejó su copa a un lado y abrió la parte superior de sus pantalones, mostrando así su entrepierna a la joven.

—¿Tal vez mi lady quiere probar otros manjares antes de continuar sirviéndonos?

Elliot se llevó la mano a su entrepierna y se la mostró a Morgan, que, asqueada por aquella visión, giró la cabeza en dirección contraria y se negó en

rotundo a contestar a aquellas provocaciones.

—¿Qué pasa, lady Morgan, acaso lo que tengo en mi mano no es igual que la de mi hermano? Le recuerdo que somos gemelos... Si él la ha hecho disfrutar, imagínese conmigo y con todos estos hombres dispuestos a regalarle un

momento de pasión.

—¡Eso! —coreaban al tiempo que soltaban risotadas—. ¿Quieres probar a un hombre de verdad?

Morgan apretó las manos con fuerza. Estaba asqueada y asustada al mismo tiempo por el cariz que estaba tomando la conversación. Quería creer que esos hombres no la utilizarían como si de un trapo se tratase, sin embargo, sus actuales palabras y el gesto obsceno de Elliot le hizo ver que estaba equivocada, que esas personas no conocían el honor de una persona y desde luego no estaban

dispuestos a mantenerlo intacto, pues estaba en clara desventaja ante ellos.

Finalmente, y para sorpresa y agradecimiento de Morgan, Elliot volvió a colocar su ropa en la misma posición y se aproximó a ella.

—Ni se te ocurra tocarme —dijo una valiente Morgan.

Elliot dibujó en su rostro una sonrisa macabra, pero contestó a sus palabras mostrándole de nuevo la copa que había sostenido antes.

—Esa lengua está demasiado afilada, mi lady —dijo entre dientes—. Y no se imagina cómo disfrutaré bajándole los humos en la calidez de una habitación en

cuanto tengamos ocasión...

—Ray te matará por todo esto —lo amenazó la joven.

Elliot respondió con risas.

—Mi hermano debe de estar ya de camino hacia la casa de nuestra

queridísima hermana. Siempre se preocupó demasiado por ella el bueno de Ray... —dijo suspirando sin quitar de su rostro la sonrisa—. Es tan imbécil que

habrá caído en la trampa sin tan siquiera pensarlo.

El escocés soltó una risotada.

—Ray es muchísimo más inteligente de lo que crees. Sin duda, mucho más que tú.

El comentario le valió otra bofetada, pero la joven no se arrepintió de haberlo

hecho, pues el gesto de Elliot había cambiado por completo en ese momento, mostrando que ese era uno de los puntos débiles del joven.

Morgan intentó no mostrar sentimiento alguno de dolor cuando recibió el golpe. Al contrario, algo dentro de ella le hizo sonreír y girar la cara para volver a mirarlo. Sentía que su valentía volvía a estar dentro de su ser y decidió utilizarlo para minar la moral de aquel hombre, aunque aquello le valiera una paliza.

Cuando Elliot vio la sonrisa en el rostro de Morgan estuvo a punto de volver a

golpearla, pero apretó con fuerza los puños hasta que sus uñas se clavaron vilmente en la palma de su mano, haciéndolas sangrar levemente.

El silencio era atronador a su alrededor. Elliot luchaba contra su furia para no golpear hasta la muerte a aquella muchacha de rostro angelical en la cual había

puesto su mirada hacía dos años en el prado después de matar a su madre. Su rostro lo había perseguido cada noche desde entonces y no pararía hasta poder disfrutar de las mieles que la joven pudiera ofrecerle.

—No quiero follarme a una furcia con el rostro lleno de golpes —dijo entre dientes.

El escocés intentaba convencerse una y otra vez de que aquello que sentía por ella no era más que una atracción que lograría calmar en el momento en el que

pudiera disfrutar de su cuerpo. No estaba dispuesto a dejarse llevar por unos sentimientos que había enterrado tiempo atrás y por los que se juró a sí mismo

no caer jamás en las garras de una mujer.

Además, el hecho de haber descubierto que su hermano ya había disfrutado de

aquella joven, le hizo desear con más fiereza su cuerpo, tenerla bajo el suyo para calentarla en las noches de frío.

Elliot volvió a apretar las manos cuando se dio cuenta de que estaba demasiado metido en sus pensamientos. Morgan seguía esperando un golpe que



no llegó jamás, tan solo se limitó a agarrarla del brazo y arrastrarla de nuevo hacia el barril.

—No pienso repetirme más veces que nos llenes las copas, así que atente a las consecuencias —dijo cerca de su oído para que únicamente lo escuchara ella.

Morgan intenta contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos en ese momento. Quería desfogar la rabia e impotencia que sentía en ese momento

y descargarla contra algo cercano, sin embargo, intentó aplacar sus nervios y volvió a servirles las copas.

—Espero que os atragantéis —quiso gritar cuando les entregó nuevamente el whisky.

Ray y el resto de hombres esperaban pacientemente mientras sus caballos recuperaban fuerzas. Archie había salido a cabalgar para otear el horizonte en busca del grupo formado por Elliot y sus hombres.

Robert aún seguía callado por la ferocidad y frialdad con la que Ray se había

deshecho de Sam. A pesar de haber estado durante años sirviendo en el ejército

nunca había aprobado la violencia por la violencia. Siempre prefirió un juicio justo, aunque finalmente la muerte fuera el destino del preso.

Le pareció que aquellos escoceses eran unos salvajes, sin embargo, quiso entender el motivo por el que Ray había decidido asesinar a Sam, pues había intentando desviarlos del buen camino.

—¡Hora de irnos, muchachos! —vociferó Ray al tiempo que volvía a montar su caballo.

El resto de hombres hizo lo mismo que él y lo siguieron en silencio. Todos estaban expectantes ante las noticias que pudiera traer Archie, a quien Ray vio cabalgar en el horizonte hacia ellos con extrema rapidez.

Ray intentó descifrar lo que el rostro de su amigo desprendía, sin embargo, la distancia que aún los separaba le impedía hacerlo. No obstante, cuando estuvieron a solo unos metros de distancia y Ray detuvo el caballo en seco, por

fin vio en el rostro de su amigo preocupación y al mismo tiempo esperanza.

—Habla, amigo —lo instó Ray.

—No están en la cueva. Lo que me sorprende es que se han dejado parte del equipaje, es como si hubieran salido de prisa de allí.

—Tal vez sus informantes sabían que estábamos buscándolos y por eso enviaron a Sam para entretenernos.

—Exacto —contestó intentando aún recuperar el aliento por la intensa

cabalgata—. Pero tengo buenas noticias, Ray.

El aludido lo instó a que hablara sin demora.

—Hay huellas en el terreno y aún están frescas. La lluvia ligera de estos días ha dejado la tierra un poco blanda y han dejado un rastro de huellas inmenso. Por lo que he podido comprobar, hay unos cinco hombres.

Por el rostro de Archie cruzó una sombra de duda.

—¿Qué ocurre? —preguntó un preocupado Ray.

—Ya te he dicho que he seguido un poco las huellas. Todas son de caballos excepto una... Parecen las huellas de una mujer.

Ray apretó la mandíbula con fuerza. Deseó fervientemente estar delante de su hermano para golpearlo ferozmente si lo que pensaba en ese momento era real.

—¿Tú crees que...? —sintió miedo de formular la pregunta completa.

—¿Si la han obligado a caminar? —terminó Archie la pregunta—.

Totalmente.

—Malnacido —dijo Ray entre dientes—. ¿A cuánta distancia calculas que podrían estar?

Archie pensó la respuesta durante unos segundos hasta que, finalmente, dijo:

—Creo que a tan solo una hora si nos damos prisa. Ya conoces a tu hermano, y si lady Morgan ha tenido que caminar, habrán parado para recuperar el aliento.

—Y a Elliot le encanta beber... —contestó Ray deseando que efectivamente fuera así.

—Exacto —dijo Archie.

Ray volvió junto al resto de sus hombres para contarles lo que habían descubierto y los pasos a seguir a partir de entonces. Conocía a su hermano y sabía de lo que era capaz para conseguir lo que deseaba, así que les advirtió de

sus fechorías y les instó a extremar las precauciones y a preparar sus espadas para atacar.

—Esta vez no vas a escaparte —dijo Ray para sí como si de un susurro al viento se tratase.



CAPÍTULO 11

Después de casi una hora cabalgando sin descanso, Ray estaba a punto de perder la esperanza de encontrar a Elliot y a Morgan sana y salva. Ya no le importaba perder su propia vida a manos de Robert, sin embargo, en su mente

no

cabía la posibilidad de que aquella joven tan bella, intrépida y arrogante muriera a manos de su hermano y él no pudiera salvarla antes de morir.

No. Definitivamente, no.

Ray no se daba por vencido y por eso había vuelto a enviar a Archie para que inspeccionara el terreno que supuestamente podría quedarles hasta dar con el campamento de su hermano.

Nunca se había alegrado tanto de que Elliot tuviera la mala costumbre de emborracharse desde que era casi un niño. Siempre intentó que dejara la bebida,

pero su mente enferma no se lo permitía. Y solo en ese momento dio gracias por

aquella forma de ser.

—¡Ray!

La voz de Archie se escuchó cercana a ellos. El aludido escudriñó el horizonte

y vio aparecer con una sonrisa en el rostro a su mejor amigo, por lo que, sin esperar a que los alcanzara, espoleó a su caballo para ir a su encuentro.

—¡Están a poco más de una milla! —le comunicó intentando recuperar el aliento—. Se encuentran cerca de un bosque, así que podemos bordearlo y así no

nos verán llegar.

Ray sintió que su alma por fin lograba respirar de nuevo, ya que había sentido todo su cuerpo en tensión desde que habían descubierto que Morgan había

sido

secuestrada.

—¿Y ella? —preguntó en voz baja, ya que el resto de hombres se había unido a ellos.

—Está con ellos —contestó en voz baja.

—¿Qué ocurre con mi hija, Logan? —La voz aflautada de Robert interrumpió la alegría del momento.

Con el recorrido de millas, Ray había olvidado por completo la presencia de Robert. Tan solo recordaba que este se encontraba cerca de él cuando tosía o llamaba su atención en algún momento dado. Sin embargo, no lo consideraba su

amigo a pesar de ser el padre de Morgan, sino la persona a la que le había entregado su vida si no encontraban a Elliot.

—Su hija se encuentra a una milla de nuestra posición, señor —dijo Ray con voz calmada—. Deje que yo solucione el problema. Esto es entre mi hermano y yo.

Robert lanzó una carcajada.

—¿De verdad piensa eso, Logan? Mi hija está en peligro por culpa de su hermano. Y no pienso permitir que me deje a un lado. ¿Me comprende? No voy

a dejar que me vuelvan a engañar los de su familia...

Ray apretó los dientes con fuerza. Nada quedaba del hombre amable que le

había dado su consentimiento para cortejar a su hija cuando salieron de Kirklog.

Ahora volvía el soldado inglés a quien solo le preocupaba dar muerte al mismo

que se la dio a su mujer y tenía secuestrada a su hija.

—¿Ha pensado en cómo atacar a su hermano? —prosiguió Robert.

Ray tragó saliva. La rabia que sentía en ese momento lo corroía por dentro, pero intentó aplacarla respirando hondo antes de contestar.

—Por supuesto. Nunca dejo ningún cabo suelto —contestó.

Después se volvió hacia Archie y contó lo que había pensado. Sabía que Robert estaba escuchando, pero sus dudas hacia él y el hecho de haberlo metido

en el mismo saco que a su hermano le hicieron obviar su presencia y hablarle exclusivamente a su mejor amigo y la única persona en la que confiaba.

—¿Está claro todo? —Ray se volvió hacia Robert esta vez y le hizo la pregunta directamente al inglés.

El aludido asintió seriamente, y no veía el momento en el que por fin marcharan hacia el campamento y arrestaran de una vez por todas al que le había

causado tantos quebraderos de cabeza durante dos años.

Tras hablar con el resto de sus hombres y darles las instrucciones necesarias

para que todo saliera a la perfección y sin fallos, todos se desviaron hacia el bosque cercano al campamento de Elliot. Intentaron hacer el menor ruido posible, ya que podrían alertar a los hombres de su hermano y eliminar el factor

sorpresa.

Recorrieron una distancia prudente entre los árboles y cuando llegaron a una linde en la que desde allí podrían ver los caballos, todos los hombres desmontaron y ataron los caballos a los árboles más cercanos.

Ray sentía dentro de él un nerviosismo que jamás había experimentado. No sabía con exactitud a qué se debía, ya que podría ser por enfrentarse por primera vez a su hermano, pues siempre lo había querido como tal y no le habría deseado

ningún mal, o bien podría deberse a que la vida de Morgan estaba en juego y cualquier fallo de él o de sus hombres podría causarle un daño irreparable en la

joven y perderla para siempre.

En su mente no entraba la posibilidad de perder aquel día. Solo tenía una opción, y esta era ganar lo antes posible para olvidar todo aquello para siempre y comenzar una nueva vida sin su hermano gemelo, al que perdería tarde o temprano para pagar por sus infames actos.

Ray avisó a sus hombres con el movimiento de una mano para que avanzaran lentamente por el bosque. El viento húmedo corría a su favor, aunque una ligera

llovizna comenzó a filtrarse entre las hojas de los árboles.

Ray maldijo en silencio al tiempo que sacaba su espada del cinto. Estaban a menos de cincuenta metros de su objetivo y no veía el momento de atacar de una

vez por todas. Su corazón latía deprisa, aunque este se desbocó cuando vio que

Morgan era obligada a servirles whisky a unos hombres que ya estaban borrachos.

El escocés apretó con fuerza la empuñadura de la espada cuando vio que su hermano Elliot le daba un cachete a Morgan en la nalga derecha. Desde su posición podía ver con exactitud el rostro amargado de la joven, que parecía pedir a gritos que la sacara de allí cuanto antes.

Además, maldijo a su hermano cuando Morgan giró la cara y vio en su rostro la señal de una bofetada. Juró una y otra vez que el malnacido que le hubiera puesto la mano encima pagaría por todo el daño sufrido por la joven. Deseó y rezó para que ni su hermano y ningún otro de sus hombres hubieran tocado a la joven de la manera en la que estaba pensando.

Ray volvió a centrarse en los hombres que había en el campamento y



descubrió que los hombres de Elliot eran menos de los que él pensaba. Sonrió de

lado al darse cuenta de que estaban en clara ventaja sobre su hermano y volvió a

ponerse en marcha.

Morgan sentía que las fuerzas le fallaban nuevamente. Apenas había logrado sentarse más de cinco minutos para descansar y las heridas de los pies le molestaban a cada momento que pasaba. Elliot y sus hombres no la habían dejado en paz y tuvo que servirles más whisky cada poco tiempo.

Había pasado ya más de una hora desde que habían parado a descansar y

estaban más que borrachos. Dos de ellos yacían sobre la hierba con claros síntomas de no poder mantener los ojos abiertos por mucho más tiempo.

Una parte de Morgan agradecía que hubieran caído presos del alcohol

ingerido durante todo ese tiempo, sin embargo, su parte más racional no podía quitarle de la cabeza que tal vez entonces decidieran llevar a cabo todas y cada

una de las palabras que le habían dedicado durante todo ese tiempo.

Morgan se sentía desprotegida completamente. Estaba en manos de unos

hombres borrachos que le doblaban la fuerza y podrían hacer con ella lo que quisieran. Sin embargo, había escuchado a Elliot darles instrucciones de que ninguno de ellos la tocara hasta que él no hubiera probado su cuerpo. Así que mientras el hermano de Ray no la tocara, la joven se sentía a salvo.

Al ver que casi todos estaban entrando en un dulce sueño inducido por el whisky, Morgan reparó en la posibilidad de poder aproximarse a un caballo y escaparse de ellos. Sin embargo, Elliot dio signos de aguantar como ningún otro

el alcohol del whisky y aún estaba despierto.

La joven se enfureció cuando este le dio un cachete en la nalga y sintió un profundo asco cuando el escocés le dijo:

—Se acerca el momento, lady Morgan...

La aludida cerró los ojos y rezó como nunca para que fuera liberada cuanto antes de las garras de Elliot, pues estaba segura de que no aguantaría mucho más

aquel trato humillante por parte del hermano de Ray y sus hombres.

Morgan se alejó unos metros de ellos y se dejó caer contra un árbol. Logró soltar un profundo suspiro cuando sus huesos pudieron descansar sobre la fina

hierba que comenzaba a mojarse debido a la incipiente lluvia que caía sobre ellos. La joven encogió las piernas todo lo que pudo para así guardar más el calor de su cuerpo y protegerse de la lluvia, que parecía no molestar a los que dormían por culpa del alcohol.

Desvió la mirada de Elliot, pues sabía que este la observaba detenidamente y sentía sobre ella la mirada pícara y obscena del joven. No quería hacer nada para provocar más su deseo, ya que estaba segura de que se encontraba cerca de obligarla a mantener relaciones con él.

Morgan tragó saliva y cerró los ojos momentáneamente. Respiró hondo el aire

puro y mojado que los rodeaba y disfrutó en profundidad de aquel olor a tierra

mojada que flotaba en el ambiente. Le habría gustado correr por el bosque al tiempo que levantaba la mirada y sentía cómo las gotas caían por su rostro para

fundirse con su blanca piel.

Sin embargo, lo único que consiguió sobre su rostro fue la sombra de una persona que se encontraba de pie junto a ella. Morgan abrió los ojos sorprendida, ya que no había escuchado aproximarse a nadie y su cuerpo se agitó cuando vio

que Elliot la miraba con esos ojos vidriosos por el alcohol.

—El momento ha llegado, *sassenach*.

El corazón de Morgan se sobresaltó e intentó ponerse de pie a pesar de la infinidad los dolores que recorrían los músculos de todo su cuerpo. Sin embargo,

a pesar de la borrachera, Elliot fue más rápido y la agarró del brazo con fuerza, clavando cruelmente los dedos en su piel. El rostro de Morgan se contrajo de dolor, pero el escocés no tuvo piedad con ella.

Los pocos hombres que aún estaban despiertos lo vitorearon mientras la arrastraba fuera del campamento hacia unos setos que les darían la intimidad que el joven necesitaba.

—¡Suéltame, sucio escocés! —gritó Morgan intentando soltarse en vano.

—Lo siento, señorita Beckett, pero quiero probar lo que tienen las mujeres de su familia que tanto atraen a los hombres de la mía...

La empujó con fuerza hacia los setos, sin embargo, no logró llegar a su destino.

—¡Ahora! —Una voz ronca muy conocida procedente de los árboles atrajo su atención.

Los ojos de Elliot necesitaron apartar el alcohol que recorría su sangre para enfocar a las personas que se acercaban a ellos corriendo con las espadas en alto.

Al instante, reconoció a su hermano entre ellos, ya que fue el primero en llegar

al campamento y dirigirse directamente a él.

El resto de sus hombres se desviaron hacia los borrachos que apenas podían levantarse para protegerse del filo de sus espadas, y aquel día su sangre tiñó de rojo la hierba que antes les había dado asiento para descansar sus doloridos cuerpos.

—Estás solo, Elliot —dijo Ray—. Será mejor que te entregues.

El aludido, al verse atrapado por su propio hermano, utilizó como escudo a Morgan, que lloraba de alegría al sentirse a salvo ante la presencia de Ray. A lo lejos vio que aparecía su padre con varios de sus hombres, aunque el rostro que

la animó a aguantar el momento fue el que tenía ante ella y apenas le quitaba la

mirada de encima.

—¡Qué sorpresa, hermano! —dijo Elliot claramente ebrio.

—Será mejor que la dejes marchar, hermano. No compliques más las cosas y entrégate.

—¿Entregarme? —dijo al tiempo que sacaba una daga del cinto y la ponía en la garganta de Morgan.

La joven tragó saliva cuando sintió la presión que ejercía el filo de la hoja contra su cuello y apretó los dientes con fuerza cuando la temblorosa mano de Elliot le provocó un pequeño corte.

Un hilo de sangre corrió lentamente por su cuello hasta la base del mismo, perdiéndose por completo entre los pliegues de su vestido.

Ray apretó con más fuerza la empuñadura de su espada. Estuvo a punto de asesinar a su hermano allí mismo por haberle causado daño a la mujer de la que

se había enamorado. Sin embargo, él solo quería apresararlo y ponerlo en manos

de Robert para que fuera este quien le diera el castigo que merecía por sus malos actos.

Las espadas habían dejado de escucharse a su alrededor y el lugar se había sumido en el más completo silencio.

—No voy a dejar que me mates, hermano —dijo Elliot dando un paso hacia atrás—. ¿Por qué no vuelves a tu querido castillo y me dejas ir? No te has molestado en buscarme durante todo este tiempo y ahora recorres toda esta distancia solo por una furcia inglesa.

—Morgan no es ninguna ramera, hermano —contestó Ray apretando los dientes.

Elliot soltó una risotada y aproximó su boca a la oreja de Morgan.

—¿Has oído eso, zorra? Creo que le importas demasiado a mi hermano...

—Eres un malnacido —contestó Morgan.

Elliot tiró del pelo de la joven hasta que esta gritó de dolor. Ray dio un paso hacia ellos, pero la daga de Elliot lo frenó de golpe, ya que la llevó directamente hacia la entrepierna de la joven.

—¿No me vas a dejar probar esto que os vuelve tan locos, querido hermano?

Padre y tú habéis podido disfrutarlo. Deja que al menos yo también pueda hacerlo.

—No sé de qué me hablas, Elliot. Deja a Morgan en paz.

El aludido sonrió de lado y apretó con fuerza la daga contra la entrepierna de Morgan, que suplicó con la mirada a Ray.

—¡Ray, por favor! —gritó.

Este alargó una mano tranquilizadora hacia la joven y le dijo:

—Tranquila, estoy aquí. No va a pasar nada.

—¡Oh! ¡Qué bonito! —intervino Elliot con voz tierna, aunque a la vez risueña

—. Vais a hacer que vomite como el día en el que vi a la zorra de tu madre follándose a mi padre.

—¡Elliot, ella no tiene nada que ver con lo que nuestro padre hizo con su madre! Morgan es también sufridora de eso.

—¿Sufridora? —se carcajeó—. ¿También sufría cuando se metió en tu cama o

gritaba de placer tanto como su madre?

La mano de Elliot temblaba de rabia cada vez más. A cada minuto que pasaba,

su nerviosismo era evidente. Apenas quedaba rastro de la embriaguez que hacía

solo unos minutos lo embargaba. Ahora volvía a ser el tirano y colérico hombre

por cuyas venas corría la sed de venganza.

—Esta zorra me ha seguido los pasos durante dos años. —Volvió a llevar la daga hacia la garganta de Morgan—. Me ha buscado sin descanso, haciendo que

yo tuviera que moverme de un lado a otro sin parar y evitando ser visto por otros. Ha hecho de mi vida un infierno, y ahora vienes tú, mi querido hermano, a

defenderla e intentar salvarla de una muerte más que merecida.

Ray volvió a acercarse a su hermano lentamente, intentando no hacer ningún movimiento extraño o rápido que pudiera poner en peligro a Morgan.

—Ella solo buscaba a quien le quitaba el sueño todas las noches. No debiste

tomar la justicia por tu mano. Debiste preguntar a padre antes de matar a su amante.

—¿Preguntar? ¿Crees que padre iba a escucharme? Jamás lo hizo. —La daga volvió a hacer un corte en el cuello de Morgan, que lanzó un quejido lastimero

por el dolor—. No. Hice lo mejor para nuestra familia, hermano. Y aquel día debí matar también a esta maldita zorra.

—¿Y por qué no lo hiciste, hermano? —intentó averiguar Ray—. Estaba desarmada, igual que ahora.

Elliot calló durante unos instantes. Momentos que aprovechó Ray para observar su rostro con detenimiento y llegar a una conclusión que le sorprendió enormemente.

—No pudiste, ¿verdad? —El silencio de Elliot y su mirada de odio confirmaron lo que temía—. Te enamoraste de ella en el mismo instante en que

la viste. ¿No es así, hermano?

—¡Cállate! —vociferó Elliot—. Jamás me enamoraría de una maldita *sassenach*.

—Sí, por eso la odias —contraatacó Ray a sabiendas de que estaba dando en el clavo—. Prefieres verla muerta antes de afirmar que tus sentimientos hacia ella son verdaderos. Antes de darle la razón a nuestro padre con su enamoramiento.

Elliot cerró momentáneamente los ojos y los apretó con fuerza. Su hermano lo

conocía demasiado bien y no quería darle la razón en eso, pues desde hacía dos

años no lograba olvidar el rostro de la joven que ahora estaba entre sus brazos llorando de impotencia y de miedo al saber que podría morir.

Y ese simple gesto fue lo que lo llevó a la perdición. Cuando Ray vio que su hermano había cerrado los ojos aprovechó para acortar la distancia que lo separaba de él y clavar en su costado su espada.

—¡Desgraciado! —gritó Elliot.

El dolor que le produjo el corte en el costado hizo que soltara de golpe a

Morgan, que se alejó unos pasos de su secuestrador y se colocó detrás de Ray, salvaguardada por su seguridad.

—No hagas esto más difícil, hermano —dijo Ray—. Yo no quiero que esto acabe así. ¿Por qué no me escuchaste aquel día y lo dejaste pasar?

Morgan sintió el dolor que transmitían las palabras de Ray al hablar con su hermano. Descubrió que realmente lo quería y no deseaba aquella situación. Ella

tampoco quería que por su culpa muriera el hermano de Ray, pero él mismo fue

quien se llevó al patíbulo el día que asesinó a su madre a sangre fría.

—Claro, escuchar al siempre sabio Ray —contestó con ironía—. Tú siempre has sido el favorito de padre. No me habrías oído, pues estabas de su parte.

Elliot intentó agredir a su hermano con la misma daga que a Morgan, sin embargo, el dolor del costado le impedía moverse con agilidad, por lo que

Ray

logró apartarse a tiempo sin ser herido.

—¿Por qué no te entregas sin más? —preguntó Ray levantando su espada hacia Elliot.

—¡Jamás! —gritó este—. Aquella zorra merecía morir. ¡Y su hija también!

Elliot se giró hacia Morgan y se acercó a ella lo más rápido que pudo.

—¡Las mujeres de vuestra familia no volverán a encandilar a los de la mía!
—

vociferó al tiempo que levantaba la daga contra la joven.

—¡No! —gritó Ray al tiempo que corría hacia su hermano y hacia una petrificada Morgan, que se había quedado totalmente quieta por la impresión.

El joven escocés levantó la espada que sostenía en su mano derecha y la clavó

sin piedad en el corazón del que hasta ese momento había sido su hermano gemelo.

Elliot abrió desmesuradamente los ojos cuando sintió contra su piel y su carne

el filo cortante de la hoja de la espada de su hermano. Su mano se había quedado

congelada a solo unos centímetros del cuerpo de Morgan. Sus ojos aún estaban

clavados en la mirada de la joven y un rictus de dolor cruzó su rostro antes de que su pecho comenzara a sacudirse por una tos incontrolable y escupiera

sangre.

Morgan se apartó de él para evitar que le salpicara su sangre, aunque seguía igual de sorprendida que hacía unos segundos. Miró hacia el pecho de Elliot, del

que sobresalía la espada de Ray, que había atravesado por completo su corazón.

Sin embargo, la joven no pudo ver más, pues Ray rodeó a su hermano y se acercó a ella corriendo.

—No mires, por favor —dijo abrazándola y obligándola a esconder la cabeza entre su pecho.

Morgan sintió cómo toda la tensión acumulada en su cuerpo desde por la mañana volvía a florar entre los poros de su piel y sus cuando volvió a sentir el olor de Ray sus hombros comenzaron a sacudirse por el llanto.

—Ya está, Morgan —susurraba Ray en su oído al tiempo que posaba sus brazos alrededor del cuerpo de la joven para transmitirle calor.

Morgan escuchó los últimos estertores de Elliot tras ella hasta que finalmente el hermano gemelo de Ray cayó sobre la hierba.

—Ya no volverá a hacerte daño —dijo Ray con suavidad.

La joven se olvidó de la presencia de su padre cerca de ellos y se atrevió a alargar sus brazos y abrazar con toda naturalidad a Ray. En sus brazos se sentía

por fin segura y fuera de peligro. Durante todo el día la imagen de Ray fue la que la salvó de no caer en la locura de verse secuestrada y sin saber si lograrían encontrarla antes de que Elliot cumpliera su promesa.

—Gracias, Ray —dijo Morgan levantando la cabeza y mirándolo fijamente a los ojos.

El aludido asintió levemente con la cabeza y se dedicó a observar los preciosos ojos azules de la mujer que lo había cautivado. Parecía que el tiempo

se había detenido a su alrededor. No eran conscientes de los hombres que aún seguían allí y que, por complicidad con su señor, habían apartado la mirada para

darles intimidación.

Morgan también se quedó mirando a Ray fijamente. Deseaba seguir

abrazándolo, besarlo y volver a sentir el cuerpo del escocés sobre el suyo. Lo que profesaba por él había aumentado a lo largo del día. Y después de comprobar que había recorrido Escocia para salvarla de las garras de su hermano

su deseo por él no había hecho más que aumentar. La joven se mordió el labio

intentando que su deseo no fuera demasiado evidente, sin embargo, ese fue el gesto que llamó al deseo del propio Ray, que no pudo resistirse y se acercó lentamente a los labios de Morgan para besarla.

Sin embargo, la mirada de uno de los hombres estaba fija sobre ellos. Una mirada que intentaba no fijarse en lo que sus ojos veían. Aquella era la mirada de

un padre que había temido por la vida de su hija, y sabía que entre los brazos de aquel hombre estaría segura para siempre.

—¿Te encuentras bien, hija?

La magia creada entre ambos jóvenes desapareció de repente, y Morgan se separó de Ray como movida por un resorte. Un intenso rubor rojizo apareció

en

sus mejillas. Había olvidado por completo la presencia de su padre en el lugar.

Intentó componer el vestido y se pasó una mano por el pelo para alisárselo.

Después se giró hacia su padre con un intento de sonrisa, aunque la vergüenza

que sentía por haber sido descubierta provocó que la joven desviara la mirada hacia el mojado suelo.

—Claro que sí, padre. Gracias.

—No debes dármelas a mí, hija —contestó su padre abrazándola.

Un asomo de sonrisa apareció en la comisura de sus labios y, sin mirar a Ray, le dijo:

—Debes dárselas al señor Logan.

Morgan levantó la mirada y carraspeó para girarse de nuevo hacia Ray.

—Sí, Gracias, señor Logan. Lamento haberlo acusado falsamente.

Ray asintió con seriedad y carraspeó incómodo.

—Será mejor que volvamos a Kirklog. Ordenaré que preparen una cena en su honor.

Robert asintió agradecido y Morgan siguió a su padre aún con el rubor en las mejillas.

Morgan suspiró tranquila. Por fin todo había acabado. ¿Todo? Eso quería decir que tendría que volver nuevamente a Inglaterra para continuar con su

aburrida vida repleta de fiestas y reuniones a las que no le interesaba acudir. Sin embargo, no se sentía con la suficiente valentía para decirle a su padre que no quería regresar, que quería continuar su vida en ese país que le había traído tantas aventuras y deseos que jamás pensó que existían. Deseaba vivir una vida

junto a Ray, pero ¿estaba segura de que él también querría lo mismo?

Ese día le había demostrado delante de todos que su preocupación por ella era real, pero tal vez todo era una estrategia para engañar a Elliot y rescatarla.

Morgan montó en el caballo aún metida en sus pensamientos. A su alrededor,

los hombres cavaban tumbas para los muertos, pero decidió no mirar. Ya había sufrido suficiente, aunque estaba segura de que el verdadero sufrimiento vendría

cuando tuviera que despedirse de Ray para siempre.



EPÍLOGO

Castillo Kirklog, cinco días después

El castillo se había convertido en un hervidero de sirvientes. A pesar de todo lo ocurrido, Ray había decidido festejar que toda aquella pesadilla había llegado a su fin. Por fin había logrado limpiar su nombre en toda Escocia y habían castigado al que realmente lo merecía.

Nadie sabía el motivo que había llevado a Elliot a cometer aquel asesinato.

Tan solo los más cercanos conocían la verdad, aunque Morgan aún tenía serias

dudas sobre si su padre había llegado a enterarse de todo después de las palabras de Elliot antes de ser asesinado.

Por primera vez en dos años, Morgan había logrado conciliar el sueño a la primera y había alargado su reposo durante días mientras los sirvientes del castillo preparaban la fiesta a la que habían sido invitados los señores de los castillos más cercanos, como, por ejemplo, la familia materna de Morgan.

Ray había dispuesto todo para que no faltara de nada durante el festejo e incluso había enviado a un emisario para que buscara a la mejor costurera de la

zona para que le cosiera, en el menor tiempo posible, un vestido apropiado a Morgan.

La joven aún se encontraba en su dormitorio descansando durante gran parte de la mañana. Durante los días posteriores a la muerte de Elliot apenas había logrado cruzar más de dos palabras con Ray, pues este se encontraba dando órdenes a todos los sirvientes y a sus hombres.

El día anterior lo había visto desde la ventana de su dormitorio y descubrió en su rostro una felicidad y un regocijo desconocidos para ella. No parecía la misma persona. A Morgan le dio la sensación de que por fin Ray se había quitado un lastre que arrastraba durante demasiado tiempo y por eso ahora quería disfrutar.

Sonrió aún entre las sábanas mientras recordaba ese momento vivido en su



ventana y se deserezó lentamente para ponerse en marcha aquel día. La joven

había desechado la idea de que una peluquera le arreglara el pelo para la ocasión, pues ella siempre había preferido peinarse y arreglarse el pelo a su gusto. Sin embargo, no pudo evitar echar un vistazo para la impresionante obra de arte que

la costurera había confeccionado para ella.

Se trataba de un vestido de raso de color azul turquesa —había elegido este color para que coincidiera con el color de sus propios ojos— bordado con flores

en tonos crema y violeta. Además, la joven había decidido hacer honor al anfitrión del castillo llevando como cinturón un trozo de tela de tartán con los colores del clan Logan. En un principio, había considerado que el escote del vestido era demasiado atrevido, pues siempre había escondido mucho su piel y

había decidido que era el momento de ser un poco más atrevida para llamar la atención de Ray, aunque la costurera pensó que se trataba de una joven demasiado descocada.

Morgan estaba deseando que la hora de la fiesta llegara para poder ponérselo

y encandilar a Ray. Como no habían podido hablar durante todos esos días, la joven llegó a la conclusión de que, efectivamente, ella solo había sido un pasatiempo para el joven señor de Kirklog y no pensaba, bajo ningún

concepto,

mantener una relación con ella para casarse.

Aquel pensamiento la entristecía, pero no deseaba marcharse del castillo sin haberlo intentado, sin haber llamado su atención... Sin embargo, Morgan no había pensado en la opinión que su padre podía tener sobre ella después de ver

ese vestido, aunque siempre había confiado en ella y en su criterio.

Las horas del día pasaron rápidamente para Morgan. Había logrado reunir su pelo en un precioso semirecogido en el que había dejado varios mechones sueltos de pelo rizado estratégicamente colocados alrededor de su cabellera.

Lentamente, sin prisa, aunque con los nervios a flor de piel, la joven se vistió y comprobó en el espejo del dormitorio que estaba realmente bella con aquel vestido. Ni siquiera necesitaba ayuda de nadie para abrocharlo, pues los botones

se encontraban en la parte delantera del mismo, donde destacaban, sin duda, sus

sensuales pechos alrededor de la puntilla de color blanco que recorría todo el escote.

Cuando por fin comprobó que todo estaba a la perfección, salió del cuarto y se dirigió a las escaleras para ir hacia el gran salón principal del castillo, donde se llevaría a cabo la cena y posterior fiesta. No obstante, por el camino se encontró con la figura de su padre, que caminaba ligeramente cabizbajo y con el

rostro lleno de una profunda tristeza.

—¿Le ocurre algo, padre? —preguntó Morgan intrigada y preocupada.

—No, hija, es solo que... —Robert dejó las palabras en el aire como si

quisiera pensar las que vendrían a continuación. Sin embargo, sacudió la cabeza

y se encogió de hombros intentando disimular la tristeza con una sonrisa—.

Estás preciosa, hija.

Morgan asintió y le agradeció el cumplido, aunque no olvidó el gesto cambiado de su padre. Le había preocupado verlo así, pero calló por el momento

y decidió preguntarle más tarde cuando tuviera ocasión.

Juntos bajaron las escaleras y se dirigieron en silencio hasta el salón. Los numerosos sirvientes del castillo no daban abasto para satisfacer a los invitados de Ray, al que aún no había logrado ver Morgan desde que entraron en el salón.

La joven echó un vistazo a su alrededor sin éxito, tan solo veía rostros poco o nada conocidos para ella que hablaban animadamente a lo largo de todo el salón.

—Discúlpame, hija, voy a hablar con Archie.

Morgan asintió y se soltó del generoso brazo de su padre para dirigirse hacia un punto del salón que estaba menos concurrido. Desde allí veía claramente el acceso de la estancia para comprobar si entraba Ray. Sin embargo, pasaron los minutos y solo entraban y salían invitados o sirvientes.

En un momento dado, mientras se servía una copa de vino, sintió una poderosa mano sobre su cintura y un escalofrío la recorrió por completo al aspirar el aroma de Ray.

—Está preciosa, lady Morgan —dijo el escocés junto a su oído cuando vio que nadie los estaba observando.

Morgan se giró hacia él y se quedó de piedra al verlo. Él también estaba guapísimo. Había dejado a un lado el kilt que siempre vestía para llevar ahora con una elegancia increíble un traje en tonos grises. Bajo este, una camisa blanca perfectamente entallada y pegada a su cuerpo dejaba entrever los músculos del escocés que tanto hacían suspirar a Morgan. A su cuello, llevaba anudada una cinta de color negro. Para rematar, se había peinado el pelo como solían hacerlo

en la corte y en las fiestas a las que tanto había acudido Morgan.

Lo vio extremadamente guapo y atractivo, aunque no tanto como solía verlo a diario, con ese aire salvaje y bárbaro.

Morgan se había quedado sin habla y no supo qué contestar a sus palabras, ya que sentía la garganta completamente seca por la impresión. Por eso, llevó su copa de vino a los labios y bebió un trago largo de ella para intentar recuperar la capacidad de hablar.

—Tranquila, lady Morgan. La noche es larga —dijo con una sonrisa de lado que no hizo más que aumentar el deseo que sentía la joven por besarle allí mismo—. Espero que la fiesta sea de su agrado.

—Sí —dijo tras un carraspeo—. Aunque no hacía falta montar todo esto.

—Bueno... —comenzó intrigante—. Hoy hay muchas cosas que celebrar.

Morgan lo miró a los ojos. Este le dirigió una sonrisa enigmática y la dejó para marcharse a hablar con unos amigos recién llegados. La joven lo siguió con

la mirada aún sin haberse recuperado del último comentario del escocés. No sabía a qué se refería con esas palabras, aunque supuso que solo estaría jugando

con ella para que lo adivinara.

Dejó la copa a un lado y salió por una de las puertas que conducían fuera del castillo. Necesitaba recuperarse de la impresión sufrida al ver a Ray vestido de

aquella manera y con esa luz que desprendía por la felicidad que sentía en su interior. Respiró el aire fresco de la noche, dejando que sus pulmones se llenaran de ese olor a tierra mojada que flotaba en el ambiente.

Corría una ligera brisa, aunque Morgan sentía que su cuerpo ardía de deseo y amor por Ray. ¿Por qué no se veía capaz de decirle lo que sentía? ¿Por qué prefería marcharse a Inglaterra con la duda de saber si él también la amaba?

Desde que lo había conocido, la joven tuvo la sensación de poder decirle cualquier cosa a Ray, sin embargo, no era capaz de expresarle sus sentimientos,

de decirle que le dolía el corazón al saber que se tendrían que despedir en unos

días para volver a su aburrida rutina.

Morgan se abrazó a sí misma para intentar infundirse ánimos y apretó con fuerza los labios y los ojos para detener las lágrimas que pugnaban por salir y correr por sus mejillas, arruinando por completo la poca cantidad de polvos blancos que se había dado en la cara para iluminar el rostro.

—¿También quieres alejarte del bullicio, hija? —La voz de su padre la sobresaltó y la sacó de sus pensamientos al instante.

Morgan abrió los ojos y se giró hacia él intentando vislumbrar su rostro con la

poca luz que las lámparas de aceite derramaban sobre los invitados, que seguían

disfrutando de una buena charla con whisky y vino.

—Solo necesitaba un poco aire, padre —contestó al tiempo que intentaba descifrar su rostro—. ¿Qué le ocurre?

Robert suspiró y dirigió la mirada hacia el interior del castillo. Su mirada triste pareció acrecentarse en esos momentos.

—¿Sabes? Cuando me dijiste que el asesino era Ray no podía creerlo, aunque tampoco me sorprendió —comenzó con voz lenta y pausada, como si estuviera

buscando las palabras exactas—. Yo no lo conocía a él, pero sí a su padre.

Morgan levantó las cejas con sorpresa, ya que jamás había pensado que su padre conocía al que había sido amante de su madre.

—Cuando tu madre y yo éramos unos adolescentes, nuestros padres nos comprometieron. A mí realmente me daba igual, pues jamás había pensado en casarme. Sin embargo, tu madre se puso hecha una fiera. —Sonrió con tristeza

—. Dijo, delante de mí y mi familia, que estaba enamorada de Robbie Logan desde hacía años y que solo se casaría con él. Después de declarar su amor por

Logan, salió corriendo del salón de sus padres y no la volví a ver hasta unos meses más tarde, cuando regresamos para ultimar los detalles de la boda.

Robert paró su historia durante unos segundos y respiró hondo.

—Su familia no la encontraba y me ofrecí a ir a buscarla por los alrededores del castillo. —Morgan vio cómo apretaba la mandíbula—. Fue entonces cuando

la descubrí retozar con él. La vi con una felicidad que después no consiguió hasta que tú naciste. Yo intenté regresar al castillo sin ser visto y me juré no

contarlo jamás. Yo ansiaba por todos los medios que me aceptara y me quisiera

como a Logan, pero no lo logré. Sus viajes a Escocia eran cada vez más frecuentes y estaba seguro de que seguía viéndose con él.

—¿Y nunca le dijiste nada? —preguntó sorprendida.

—Yo solo quería que fuera feliz. Tal vez no lo era conmigo, así que si lo era con el padre de Ray, lo acepté.

—Pero, padre...

Robert levantó una mano para acallar la respuesta de su hija.



—Me sentía culpable por haberme interpuesto en su camino. Tal vez yo no la obligué a casarse conmigo, pero tampoco hice nada por negarme. Estaba escalando puestos en el ejército y solo me preocupaba eso, no un absurdo casamiento por interés familiar. Desde que tu madre murió me siento culpable por no haber hecho algo para restablecer su felicidad junto al hombre que verdaderamente amaba. Yo solo he sido un lastre para ella... Pero no quiero serlo para ti, hija mía.

Robert se acercó a Morgan y posó sus manos sobre los hombros de la joven.

—Yo no quiero obligarte a casarte con nadie. Eres libre de hacerlo o no con quien tú desees, pero elige correctamente. Hagas lo que hagas, estaré ahí para apoyarte.

Robert le dedicó una sonrisa a su hija y la abrazó. Morgan se dejó hacer, pues estaba tan sorprendida por la noticia de que su padre conocía el secreto de su madre que no vio lo que escondían las palabras de su padre. Sin embargo, a lo

largo de la cena lo descubriría...

Todos los invitados estaban alrededor de las mesas que habían sido preparadas especialmente para la ocasión. Disfrutaban de un buen cochinitillo asado y charlaban animadamente, armando un gran bullicio a su alrededor.

Morgan y su padre compartían mesa con Ray, y estaban sentados en la mesa que presidía el gran salón. A cada momento, Morgan desviaba la mirada hacia Ray, pues no se veía capaz de mirar su plato sin disfrutar de las maravillosas vistas del hombre al que amaba. Este charlaba animadamente con Robert y Archie y cada vez que estiraba el brazo para tomar su copa, la ropa se ajustaba

tanto a su musculoso brazo que la tela parecía que iba a romperse en cualquier

momento.

En un momento dado de la cena, antes de que sirvieran el postre, Ray se levantó de su silla y llamó la atención de todos dando unos golpes contra su copa casi vacía. Poco a poco, las voces del salón fueron apagándose y todos dirigieron su atención al señor de Kirklog.

Morgan también hizo lo mismo. Soltó todos sus cubiertos y esperó impaciente

a que Ray se decidiera a hablar.

—Señores, quisiera agradecerles su presencia hoy en este castillo, pues para mí es una noche de auténtica celebración. Por fin he logrado limpiar mi nombre

de una acusación falsa —Miró de reojo a Morgan con una sonrisa— y el verdadero asesino ha recibido su merecido castigo.

Los allí presentes levantaron sus copas y vitorearon a Ray. Este, sin quitar la sonrisa de los labios, levantó sus manos para aplacar a sus invitados, pues deseaba decir unas palabras más.

—Quisiera agradecer también a Robert Beckett el beneficio de la duda y su ayuda para buscar a mi hermano Elliot. —Levantó la copa en su honor—. Sin embargo, hay un motivo más para llevar a cabo esta celebración, y aunque lo diga al final, para mí es el más importante de todos. Quiero hacer un brindis por una mujer que Dios puso un día en mi camino.

Ray dirigió su mirada exclusivamente a Morgan y esta creyó que en cualquier momento iba a desfallecer debido al nerviosismo. Sintió que un intenso calor se

apoderaba de su cuerpo al tiempo que las manos comenzaron a temblarle con fuerza. La joven sintió un ligero codazo de su padre, instándola a levantarse de

su asiento.

Morgan retiró la silla de la mesa y, lentamente, pues sus piernas no la sostenían con suficiente firmeza, se levantó, poniéndose a la misma altura que Ray, que levantó de nuevo la copa, esta vez dirigida a ella.

Los demás invitados hicieron lo mismo que el anfitrión y bebieron de sus copas en honor a la joven.

—Y quisiera aprovechar este momento y vuestra presencia en mi casa para hacer algo. —Ray buscó algo entre los bolsillos de su chaqueta—. Lady Morgan

Beckett, ¿me haría el extraordinario honor de convertirse en mi esposa?

El silencio se extendió por todo el salón esperando la respuesta de la joven,

que se había quedado de piedra al ver el increíble anillo que Ray le presentaba

en su mano derecha. Durante los primeros segundos, Morgan creyó estar en medio de un sueño que siempre deseó que fuera real. La joven abrió la boca para

decir algo, pero las palabras parecían haberse quedado atascadas en su garganta.

Miró fijamente a los ojos de Ray, que la miraba con una mezcla de diversión y

nerviosismo por esperar una respuesta por su parte.

—Por supuesto que sí —contestó con apenas un hilo de voz.

Ray sonrió ampliamente y le colocó en el dedo el anillo de compromiso que había pertenecido a su difunta madre.

Tras la respuesta de la joven, los invitados lanzaron vítores hacia el futuro matrimonio de los jóvenes, incluido Robert, que abrazó fuertemente a su hija para darle la enhorabuena por su futura boda.

—Me alegro de que tú sí puedas casarte con quien amas, hija. Tienes mi bendición.

Morgan sonrió y no pudo evitar que las lágrimas bañaran su rostro repleto de felicidad. No podía creer lo que estaba sucediendo. Sus más intensos deseos acababan de hacerse realidad. En ese momento se dio cuenta de que Ray la quería de verdad, no solo para pasar el rato con ella en la cama, sino para compartir su vida con la joven.

—No sé qué me has hecho, mujer, pero estoy perdidamente enamorado de ti,

Morgan —le dijo en voz baja mientras los demás volvieron a disfrutar de los manjares de la comida—. Pienso dedicar todos y cada uno de mis días a

hacerte

la mujer más feliz de este mundo...

Morgan sonrió feliz y se dejó llevar por Ray a un lugar más apartado del salón

para evitar que los invitados fueran espectadores del beso más bonito, dulce y apasionado que la joven había recibido jamás.

Document Outline

- [Maqueta ebook Lady Morgan](#)